

ABRAXAS

un viaje por la psicodelia

Pablo Paniagua



ABRAXAS

un viaje por la psicodelia

Pablo Paniagua

Derechos Reservados - Copyright © 2014 Pablo Paniagua

<http://literaturaindie.mex.tl/>

ABRAXAS

Pablo Paniagua

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido de la presente obra en cualquier forma, sea electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer tiene que romper el mundo. El pájaro vuela hacia Dios, el Dios se llama Abraxas.

Hermann Hesse, *Demian*

Es que aún no conocía a los hombres. No volveré a creer nunca lo que dicen, lo que piensan. De los hombres, y de ellos sólo, es de quien hay que tener miedo, siempre.

Louis-Ferdinand Céline, *Viaje al fin de la noche*

La aniquilación es renovación, porque al final de ella, la vida (esa eterna inmortal) vuelve a resurgir... Si tuviese el poder destruiría al hombre, limpiaría de la Tierra su huella y la dejaría libre para que la naturaleza recupere lo que siempre ha sido suyo, y quizá, en un futuro lejano, la evolución haría que un nuevo ser inteligente poblara este planeta, porque no considero que el hombre sea un ser superior, ni inteligente, creo que es un ser peligroso por su gran (casi ilimitada) capacidad de contaminación, y su carente capacidad de creación, allí donde toca, la caga, dejando un montón de mierda a su paso.

Émile Cioran, *El inconveniente de haber nacido*

Ser uno con todo lo viviente, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza, ésta es la cima de los pensamientos y alegrías, ésta es la sagrada cumbre de la montaña, el lugar del reposo eterno donde el mediodía pierde su calor sofocante y el trueno su voz, y el hirviente mar se asemeja a los trigales ondulantes... ¡Ojalá no hubiera ido nunca a vuestras escuelas! La ciencia, a la que perseguí a través de las sombras, de la que esperaba, con la insensatez de la juventud, la confirmación de mis alegrías más puras, es la que me ha estropeado todo. En vuestras escuelas es donde me volví tan razonable, donde aprendí a diferenciarme de manera radical de lo que me rodea; ahora estoy aislado entre la hermosura del mundo, he sido así expulsado del jardín de la naturaleza, donde creía y florecía, y me agosto al sol del mediodía...

Friedrich Hölderlin, *Hiperión*

*Parece que fue ayer,
pero fue hace mucho,
Janey era adorable, era la reina de mis noches,
ahí, en la oscuridad con la radio sonando bajo,
y los secretos que compartimos,
las montañas que movimos,
atrapados como en un incendio fuera de control,
hasta que no hubo nada a la izquierda que quemar
nada a la izquierda que probar.*

*Y recuerdo lo que ella me dijo,
cómo juró que nunca terminaría,
recuerdo cómo me sostuvo tan fuerte,
desearía no saber ahora lo que no sabía entonces.*

*Contra el viento,
corríamos contra el viento,
éramos jóvenes y fuertes,
corríamos contra el viento.*

*Los años pasaron lentamente por delante,
y me encuentro a mí mismo solo,
rodeado de extraños que creí eran mis amigos,
me encuentro más y más lejos de mi hogar.*

*Y supongo que perdí mi camino,
había tantos caminos,
estaba viviendo para correr y corriendo para vivir,
nunca preocupado de pagar ni de cuánto debía.*

*Moviéndome ocho millas por minuto durante meses a la vez,
rompiendo todas las reglas que se doblarían,
empecé a encontrarme a mí mismo buscando,
buscando refugio una y otra vez.*

*Contra el viento,
algo pequeño contra el viento,
me encuentro a mí mismo buscando refugio contra el viento.*

*Esos días vagabundos quedaron en el pasado para mí,
ahora tengo mucho más en qué pensar,
plazos y compromisos,
que dejar entrar, que dejar salir.*

*Contra el viento,
sigo corriendo contra el viento,
soy viejo ahora, pero aún corro contra el viento.*

*Contra el viento,
sigo corriendo contra el viento...*

Bob Seger, Against the wind

ABRAXAS

1.

Mi padre, con catorce años, fue el ayudante del doctor Josef Mengele en la enfermería del campo de concentración de Auschwitz II Birkenau, Polonia. Muchos alemanes, cuando Adolf Hitler llegó al poder, repudiaban a los judíos porque los creían no asimilables, además de racistas, pues generalmente sólo se mezclaban por consanguinidad con los suyos, no abandonaban sus costumbres, vivían en sus propias barriadas, tenían sus colegios, su forma de vestir, una cultura diferente y permanecían en Alemania sintiéndose judíos antes que alemanes. En los tiempos posteriores a la Primera Guerra Mundial, con la devaluación del marco y la desocupación laboral, ganaron peso en la economía del país mientras que el grueso de los ciudadanos empobrecía, y el pueblo judío alemán era percibido, en consecuencia, como un grupo extraño que aumentaba su poder a costa de una Alemania derrotada. A esto había que sumar la afirmación de “ser el pueblo elegido de Dios”, algo que podría interpretarse como un insulto, como si cualquier habitante de la Tierra fuera inferior a ellos, y dicha creencia, por tanto, resultaba a todas luces racista. Así no es extraño que un lunático, como Adolf Hitler, alcanzara democráticamente el poder con los argumentos de la supremacía racial de los arios, y con ello el odio estaba servido y alentado como excusa para aquellos alemanes.

Aquí están expresadas las razones para comprender el sentir de los que enfrentaron el racismo judío con otro tipo de racismo, y por ello puedo entender a mi padre cuando, a la edad de doce años, se afilió a las Juventudes Hitlerianas. Era un acto de patriotismo motivado por la guerra. ¿Qué podía saber y sentir un jovencito bajo la presión propagandística del Tercer Reich y de su propia familia? Markus Heinz era su nombre y a continuación se va a narrar su historia, pues su vida, al fin y al cabo, fue necesaria para que yo existiera tal como fui concebido a partir de las teorías y experimentos de mi padre.

De su infancia no tengo muchos datos. Sé que nació en Baviera, en la ciudad de Munich. Su padre era un próspero comerciante que con la crisis prácticamente se arruinó; y su madre, en situación similar, pertenecía a una familia con cierto abolengo venida a menos. Ambos eran muy rubios, de piel clara, ojos azules, y a su imagen y semejanza nació

Markus: de pura raza aria. No tenía hermanos y asistió a una buena escuela de valores germánicos, donde sus compañeros provenían de familias de la alta burguesía. Con la llegada de Adolf Hitler al poder, su padre se afilió al Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, y más tarde, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, entró a formar parte como teniente en las Waffen-SS, de tal modo que Markus, ante el ejemplo de su padre, no tardó en incorporarse a la Juventudes Hitlerianas. Tampoco tardaría mucho en interesarse por la pureza y superioridad de los arios, desde una perspectiva eugenésica (muy en boga en aquel tiempo), y así, en 1943, tras la muerte de sus progenitores en un bombardeo aliado, llegó como huérfano consentido a la enfermería del campo de concentración de Auschwitz II, para estar a las órdenes del doctor Josef Mengele, y es a partir de entonces, prácticamente, cuando aparecen las primeras anotaciones y comentarios en sus cuadernos escritos años más tarde.

2.

Me llamo Markus Heinz. El 12 de septiembre de 1944, al amanecer, con tan sólo catorce años, llegué al campo de concentración de Auschwitz II. Mis compañeros de viaje, en el segundo vagón del tren, eran algunos soldados y cuatro oficiales de las SS. Nuestro cargamento: varios centenares de judíos y gitanos capturados en Italia por mediación de la Iglesia Católica. El tren aminoró la marcha y entró en Auschwitz con el resoplar del vapor y el girar de las bielas. Sonó el silbato con estruendo. Los soldados y custodios ya estaban dispuestos con los perros. Abrieron los portones y comenzaron a salir los prisioneros, que dividían en dos grupos: los que iban directamente a las cámaras de gas y los seleccionados para trabajar, que luego separaban entre hombres, mujeres y un número reducido de niños. Así era el panorama y yo lo percibía normal. Mis padres habían muerto en un bombardeo y yo era alemán. ¿Acaso podía eludir mi destino? Europa ardía y lo que estaba ante mis ojos, aquellos prisioneros, eran los enemigos de la patria, un cáncer para Alemania. Así me lo dijeron.

Josef Mengele era uno de los médicos que seleccionaban a los recién llegados, y allí estaba de pie, con su uniforme impecable, las altas botas relucientes, el brazo extendido y el pulgar como un emperador romano concluyendo quién debía morir. Se apreciaba como un

coloso, como un ángel exterminador del pueblo judío. Me acerqué a él, solté el equipaje y en posición de firmes hice el necesario saludo militar.

–¿El capitán Josef Mengele? –pregunté–. Soy el soldado Markus Heinz, ordenaron presentarme ante usted.

Comenzó a hablar sin mirarme, con el rostro imperturbable, elevado bajo su gorra de oficial de las SS, mientras proseguía en su labor...

–Estos seres inferiores sobran del mundo, nuestro deber es limpiar la tierra de su rastro, son una raza perniciosa, un pueblo de usureros... Acércate a ellos para olerlos, para reconocerlos, y si encuentras hermanos gemelos los pones frente a ese muro –dijo, mientras me indicaba el lugar con un gesto–. Anda, acércate para sentir el miedo en sus miradas –concluyó.

Dejé el equipaje junto a sus pies. Vestido con mi uniforme de las Juventudes Hitlerianas, sintiéndome en aquel instante superior, caminé hacia los prisioneros. Aparecían como una mancha gris, cabizbajos, con la impotencia en la mirada, cubiertos con abrigos largos, cargando el equipaje que les sería inservible en un viaje sin retorno. La muerte, su seguro destino, se palpaba como un aura, en el gesto, algunos con lágrimas en los ojos, con el hambre, el cansancio y un nudo en el corazón por haber arribado al infierno terrenal. Me sentía poderoso con las manos tras la espalda, estirado y tratando de imitar la figura de Josef Mengele. Me verían como un enviado de Satanás, un jovencito cuyo cometido era, nada más, sentir su miedo y localizar gemelos para los experimentos del doctor Mengele, el Ángel de la Muerte. Ellos bajaban la cabeza para no mirarme, humillados. Fácil el papel del opresor cuando no se siente la culpa, cuando se justifica el objetivo, cuando se es un jovencito sin experiencia en la vida y con el ejemplo de sus mayores. Esos gitanos y judíos eran seres inferiores, un fallo de la naturaleza, un mal para cualquier sociedad. Debíamos acabar con tal degeneración de la especie humana, purificarla para soñar con el futuro. Así se entendía la guerra: un medio para que la raza aria dominara el planeta en pos de la utopía del orden, de la superioridad otorgada por la perfección genética. El superhombre ostentaba el derecho de dominio sobre todas las especies y sobre el resto de los humanos, y ellos, por supuesto, a nuestro servicio. Pero los judíos y otras razas inferiores no tenían derecho a la existencia, eran un error que el superhombre debía solventar. Así, repito, me lo habían enseñado. Y aquellos infelices, en mi recorrido, evitaban mirar a los ojos de un muchacho

de catorce años. Me sentía tranquilo tras el fondo de los gritos en alemán, los ladridos, los llantos, algunos murmullos y el miedo, siempre el miedo, atenazando sus esperanzas. Yo seguía mirándolos fijamente y, de pronto, unos ojos oscuros encontraron los míos. Eran los de una chiquilla de piel clara, con el pelo negro medio ondulado y por encima de los hombros. Esa mirada detenida me quebró, tuve que esquivarla, quizá por pudor, y me sentí desconcertado y algo nervioso. Yo, el superhombre, vencido por la mirada de una chiquilla. La volví a mirar y sus ojos seguían clavados en los míos, pero sin ningún rastro de odio ni temor, serenos, tal vez con un deseo inscrito. Noté un nudo en el estómago, los latidos del corazón. Algo me unía con esa mirada, una chispa de cordura que en aquel momento no supe reconocer... Ya se desnudaban los prisioneros, que luego debían arrojar la ropa en la parte trasera de un camión. Los soldados se reían. Ella sin ropa se veía hermosa, con la piel blanca, incipientes pechos con pezones oscuros y el vello púbico resaltando sobre su cuerpo. Me sentí conmovido al observarla, sin que ella eludiese buscar mis ojos ahora con cierta vergüenza, agachando un poco la cabeza. Después de fumigarlos les entregaban una especie de uniforme, un distintivo para ponerse en el pecho y esperaban a que les tatuaran un número en el brazo izquierdo. Con la cabeza rapada aún se veía hermosa. Sentí el asco y la contradicción por ese natural apego hacia un ser inferior, una simple judía. Pensé en desenfundar la pistola para ultimarla de un balazo. No tuve valor.

–Gracias a Pío XII nos entregaron a estos desgraciados –dijo Josef Mengele cuando regresé para recoger el equipaje–. Es una lástima que sólo llegasen dos parejas de gemelos... Ven, acompáñame, te llevaré a tu nuevo alojamiento.

Según caminábamos daba órdenes a los soldados, siempre al tanto de cualquier detalle, de guardar la perfección, el control preciso para el funcionamiento de un campo de exterminio. No cesaban de llegar prisioneros y la maquinaria debía de estar afinada para consumir su objetivo: muchos de los recién llegados pasaron desnudos hacia unas duchas simuladas donde el vapor del veneno los aniquiló. Allí, afuera de ese recinto, se podían escuchar los gritos de la muerte tras la presencia omnipotente de las altas chimeneas, que expulsaban el humo de la carne quemada; entonces, Josef Mengele dijo con sorna:

–Huele a cerdo asado...

Y se permitió sonreír por la ocurrencia. No contesté, pero le correspondí con una sonrisa. En realidad admiraba a ese hombre, prototipo del buen oficial, fiel seguidor del

ideario de nuestro Führer. Josef Mengele era simpático, de carácter agradable y cumplía su cometido con el deber de su rango militar: era lo propio bajo la influencia del nazismo en tiempos de guerra, se sabía partícipe de la construcción de un nuevo mundo, un acto de honestidad, ser un patriota. Así no resultaba extraño que yo lo admirase, más cuando mis padres estaban muertos.

–Markus, hay que servir a la patria con honor y dignidad, con valentía –agregó–. Nosotros, los arios, tenemos el compromiso de promover un salto en la evolución de la especie humana, por eso hemos de vencer en esta guerra. ¡Cambiaremos el mundo! ¡Escribiremos una página por siempre recordada!

Sus palabras sonaban como las de un profeta, con la clarividencia de los elegidos, una nueva civilización bajo el mando de hombres como él, y me resultaba fascinante, con tan sólo catorce años, estar ahí, a su lado. Josef Mengele era como un nuevo Prometeo, benefactor que me entregaba el fuego de la fuerza, la claridad necesaria para guiarme con rectitud por la vida, con la Cruz de Hierro que pendía a la altura de su corazón, la gorra de las SS, el águila, la calavera y el uniforme impecable; pero además era un hombre de ciencia, un médico que trabajaba con el propósito de mejorar la especie humana. Eso, al menos, es lo que creí en un principio.

Luego, al percatarse de que a duras penas yo caminaba con el equipaje, ordenó a un prisionero hacerse cargo de él. Continuamos y al pasar frente a un edificio de dos plantas, construido con bloques de piedra (donde a un costado una larga fila de prisioneros esperaba para sacarse las muelas de oro), me indicó que ésa era la enfermería, nuestro lugar de trabajo, pero, por deferencia, aclaró que yo dormiría en el pabellón de los oficiales, al ser mi padre un héroe caído en defensa de la nación alemana; aunque el capitán Mengele, por tener un cargo directivo en el campo, disponía de una casa exclusiva para él.

Allí, cerca de la puerta, un teniente sacó su Luger de la cartuchera, extendió el brazo y le pegó un tiro en la cabeza a una gitana que cargaba dos cubos con agua. Cayó al suelo doblando las piernas. Los sesos le asomaban por un orificio, mientras que con los ojos abiertos parecía mirar al cielo. El teniente ordenó a unos prisioneros que se la llevaran y, al pasar junto a nosotros, le comentó al doctor Mengele: “Me miró a los ojos.”

3.

Desde el principio los oficiales me trataron bien, con bromas de por medio, y en conjunto parecían buenas personas, cada cual con sus rarezas pero disciplinados para cumplir con sus obligaciones, comprometidos con su país. El teniente Weiss, el que mató a la gitana, siempre estaba serio y no hablaba demasiado. La primera noche me obsequiaron con una polaca de dieciséis años, rubia y muy guapa. Se quedó a dormir conmigo hasta el amanecer y cumplí según lo esperado. Durante el acto regresó a mi mente la niña judía. En la leve oscuridad imaginé hacerlo con ella. No sentí culpa ni vergüenza, tan sólo fue una figuración, un secreto que ahora, al escribir estas líneas, se devela. Era una judía, sí, un pecado para un nazi copular con ella, pero no creí contravenir mis principios por el simple hecho de que, en realidad, estaba entre las piernas de una joven polaca; tal vez sentí un poco de desconcierto, aunque no hasta el grado de hacer algo prohibido, era un residuo en la mente, nada más, un acto calenturiento guiado por el instinto que se sobreponía a la razón. Así, fue mi primera vez. En el desayuno los oficiales me recibieron con alegría. Cantaron una canción tradicional y dijeron que me había convertido en un hombre. El teniente Weiss jamás sonrió.

En mi primer día de trabajo, el doctor Mengele atendió a algunos enfermos y prosiguió con los experimentos. Sus estudios estaban orientados hacia la eugenesia racial, dentro del proceso evolutivo de la especie humana a determinar según la forma del cráneo y, en especial, de la mandíbula. La raza aria, según él, estaba más alejada del hombre primitivo y de otras razas humanas, pues con la evolución había logrado aclarar la piel, los ojos y el cabello. Como buen discípulo de Otmar von Verschuer, para él tenían especial interés los gemelos como una réplica a partir de la cual modificar el modelo original, y trataba de cambiar, por ejemplo, el color de los ojos inyectando diferentes sustancias, así como el tipo de pelo, la estructura ósea o física. También intentó crear siameses mediante cirugías, realizó esterilizaciones con inyecciones en úteros y testículos, nuevas técnicas para inutilizar o retirar los órganos sexuales, lobotomías, mediciones para saber cuánto tarda un recién nacido en morir por inanición o al ser expuesto a temperaturas progresivas de frío. Era muy metódico en sus experimentos, con el registro de las debidas anotaciones, y creía estar desarrollando una labor científica trascendental. Yo le acercaba los utensilios y le ayudaba a preparar las inyecciones de fenol, amoníaco o cloro, que aplicaba directamente

en el corazón, a través del espacio intercostal, para provocar muertes instantáneas. Ese día el doctor Mengele extrajo los ojos a una joven (de los cuales tenía, expuestos en la pared, una colección que ordenaba según su gama cromática), hizo una operación de apendicitis, extirpó los pechos de una madre lactante, realizó mediciones en el proceso de cambio de varios gemelos, tres comparativas de esterilizaciones femeninas mediante inyección, cinco eutanasias y la castración de un niño. Así lo recuerdo por ser mi primer día de labores, un día terrible por lo que vi, pero con el paso de las semanas llegué a acostumbrarme a aquellos experimentos y a la angustia de los pacientes, sumidos en la locura de un campo de exterminio. Y yo me lo creía, sí, me lo creía, porque eran judíos y gitanos: seres inferiores.

4.

A ella la veía con regularidad, en la distancia, sin valor para acercarme. Nos mirábamos a los ojos sin ninguna sonrisa, sin ningún gesto. Así era nuestro contacto, nuestra relación. Era hermosa a pesar de su delgadez, vestida con harapos, con el rostro demacrado y su extrema blancura. Ni siquiera me arriesgaba a entregarle un mendrugo de pan por lo que pudieran pensar mis superiores, sólo me limitaba a mirarla furtivamente y, en las noches, a masturbarme pensando en ella. Fue el primer amor de mi vida, amor secreto e imposible, una vulgar judía. Y el remordimiento al acecho, la contradicción de un nazi enamorado de la inconveniencia, de la vergüenza; pero esa mirada era mucho más poderosa que mis convicciones, más poderosa que la apropiación de cualquier pensamiento ajeno, el instinto de algo tan natural, un amor, en este caso, infectado por el odio y la muerte, y entre dichas sensaciones me desenvolvía bajo el presente de un mundo en guerra. Yo era un joven que se abría a la vida en medio del desastre, pero con mejor suerte, desde luego, que nuestros prisioneros y los que murieron en las cámaras de gas, aunque realmente nadie gozaba de la libertad, todos éramos víctimas del caprichoso destino de una mortífera guerra de tantas en la historia de la Humanidad. Somos una especie violenta y el superhombre era su máxima expresión. Todavía no era consciente de este fundamental detalle, pero la duda, ante las evidencias, se agrandaba con el paso de los días.

Hubo una epidemia de tifus, debido a las precarias condiciones de salubridad, y el doctor Mengele actuó, como oficial médico en jefe, con la determinación de su rango militar. Mandó a las cámaras de gas a todos los infectados, aproximadamente mil gitanos, y así se terminó de manera taxativa con la epidemia. Fue felicitado por ello, pues la enfermedad podía haberse extendido de manera inevitable. En aquel entonces no se conocían medicinas para paliar dicho mal y no debía de andarse con remilgos cuando estaba a cargo de la sanidad de Auschwitz II. El doctor Mengele también ensayó vacunas y medicamentos contra el tifus, inoculando a personas sanas para comprobar la progresión de la enfermedad y la efectividad de sus remedios. Los gemelos y otros pacientes con deformidades estaban instalados en un área especial de la enfermería conocida como “el zoológico”; en principio tenían mejor trato que el resto de los prisioneros, pues eran las cobayas humanas del doctor Mengele, “los niños de Mengele”, que recibían raciones dobles de comida, se les permitía mantener su pelo e incluso sus ropas, aunque más tarde les tocaba lo peor... El conglomerado de empresas de la IG Farben proveía los químicos para los experimentos, incluso el Zyklon B de las cámaras de gas, y tales sustancias debían utilizarse bajo las indicaciones de sus fabricantes. El doctor Mengele ejecutaba los protocolos con apego científico sobre seres humanos, como un médico disciplinado que, como buen militar, ponía la obediencia hacia sus superiores por encima del Juramento Hipocrático. No tardé de darme cuenta, en verdad, de que había ido a parar a un campo de exterminio humano: el superhombre decidía, para purificar el planeta, sobre la vida de los seres menos evolucionados. A este respecto, los médicos debían seleccionar quiénes iban a las cámaras de gas, y Josef Mengele no era el único que cumplía con tan ingrata labor: todos los soldados y oficiales de Auschwitz II, más de mil personas en total, tenían que cumplir las directrices marcadas por Heinrich Himmler para la Solución Final del problema judío. El doctor Mengele sólo era un militar, uno de tantos dentro de una maquinaria infernal, aunque lo de pertenecer a las SS de algún modo lo condicionaba.

5.

Con el arribo del invierno y el frío la situación sanitaria de los prisioneros empeoró; ya no eran los piojos, las chinches y el tifus, ahora eran las enfermedades pulmonares

agravadas por el hambre y la carencia de ropas para soportar el duro clima polaco. Los barracones no disponían de ningún tipo de calefacción y los prisioneros dormían amontonados para recibir el calor del cuerpo ajeno. Un día Josef Mengele sorprendió a un joven de diecisiete años que había robado un puñado de carbón. Sacó su Luger y le disparó en ambas rodillas. El muchacho gemía. Luego, le alzó la cabeza y dijo: “Robar está prohibido y ustedes deben respetar las reglas de este lugar.” Después le metió una bala en la frente, guardó la pistola y salió caminando con su porte elegante. En ocasiones seleccionaba a alguna mujer judía, de exquisita belleza, para invitarla a cenar con el trato que merece una dama, con todo tipo de atenciones, incluso tocar el piano y cantar para ella, pero tras la velada, después de dormir juntos, jamás se volvía a saber de ella.

Yo ya intuía que algo no estaba bien, era la guerra, sí, pero tanta violencia comenzaba a herirme la razón y yo carecía, a pesar de la muerte de mis padres, de cualquier instinto de venganza, sólo era un espectador de catorce años en medio de una locura provocada por los hombres, mediatizado por el nazismo y sus circunstancias. Yo, simplemente, carecía de maldad y, sin saberlo, sentía lástima por aquella gente.

Ella cada vez se veía más flaca, con el signo de la fatalidad; su mirada seguía siendo la misma, impresa en la mía con ese descaro, como preguntando qué hacía yo ahí, condenados a no tocarnos, a sufrir una separación absurda en favor de la raza y la ideología. Su tristeza, esa sensación, de algún modo cuestionaba mis doctrinas heredadas. ¿Qué somos los humanos? ¿Qué el superhombre? La sentía cercana y lejana a la vez, imposible, quizá en otra vida o fuera del infierno terrenal.

Una mañana apareció por la enfermería. La transportaban en camilla, pálida como la leche, esquelética. Su destino ya lo sabía. Aún me miraba con esa fijación. El doctor Mengele me ordenó preparar una jeringa con amoníaco. Me temblaron las manos, casi me faltaba el aire y era incapaz de pensar, pero debía cumplir lo ordenado. Al darme la vuelta, con la aguja hacia arriba, ella seguía mirándome. El doctor Mengele agarró la jeringa y recorrió la sucia camisa dejando sus pechos al aire. Se veía hermosa, con los ojos clavados en los míos. El doctor Mengele hincó la aguja entre las costillas, directa en el corazón, y apretó el émbolo con fuerza. Ella ni se inmutó, sólo se quedó con la mirada fija en la mía. “El siguiente”, gritó el doctor Mengele.

Yo fui el encargado de llevarla hacia el camión donde arrojaban los cadáveres. Por el camino pude tocar su piel todavía caliente. ¿Cuál era su nombre? Nunca lo supe. Sentí asco de mí mismo y la admiración por mi padre adoptivo se cayó en ese momento. Yo había participado en su muerte, en el bando de los opresores, de los asesinos, por mucho que ellos fueran el pueblo elegido de Dios y nosotros los depositarios de la perfección genética, pues los humanos, simplemente, se diferenciaban por la naturaleza de sus actos. Ésa era la única verdad.

A partir de entonces cambió mi vida y me propuse buscar, en el futuro, el camino contrario, pues allí, en Auschwitz, debía interpretar el papel del ario en compromiso con sus ideales. Ya no sentía orgullo ni ambición de ganar ninguna guerra, de vestir tan glorioso uniforme, pues los uniformes militares degradan la esencia pacífica del ser humano, para mostrar, en contraste, su rostro más siniestro; y si bien nuestro Führer buscaba una supuesta utopía a través de la pureza racial, eso suponía todo lo contrario. Tanta muerte y odio no podía albergar este mundo, no era normal: el hombre siempre enfrentado, bajo la sombra de la oscuridad. ¿Qué es la historia sino una sucesión de cruentas guerras? ¿Por qué el hombre es incapaz de vivir en paz con sus semejantes? Allí, en medio del desastre, estas preguntas cobraban su especial significado: la obscena ausencia de razón. ¿Me diferenciaba de los demás por darme cuenta? Nuestras víctimas lo sabían perfectamente, una pesadilla para jamás olvidar, de verse sometidos sin esperanza, de saberse en el infierno terrenal y preguntarse: ¿Dónde están nuestros familiares, padres, mujeres, hermanos e hijos? ¿Qué hicimos? ¿Dónde nuestros amigos? ¿Dónde la compasión?

6.

En noviembre de 1944, por órdenes de Himmler, se procedió al desmantelamiento gradual del campo y con ello se aminoró la maquinaria del exterminio: ya no se enviaban por millares a las cámaras de gas, aunque se seguían eliminando prisioneros a capricho, más los que perecían de hambre o por enfermedad. Era evidente que perdíamos la guerra y había que borrar las huellas de la barbarie. El 17 de enero de 1945 abandoné Auschwitz en compañía del doctor Mengele, con algunos oficiales y soldados, dirigiéndonos hacia el campo de Gross-Rosen, situado en Brunnlitz, Checoslovaquia. En una cantera trabajaban

los prisioneros, muchos de ellos judíos, en condiciones durísimas y más allá de la esclavitud. Entonces, Josef Mengele continuó de médico y yo como su ayudante.

Entre los alemanes la sensación era de derrota, ante el avance del Ejército Rojo por el este y los Aliados por el oeste. En el mes de abril iniciamos el éxodo hacia la zona aliada. Yo lo tenía fácil por ser menor de edad, pero Josef Mengele cambió su uniforme de capitán de las SS por uno de soldado de la Wehrmacht y nos unimos a una columna de refugiados. Eran finales del mes de abril y el Ejército Rojo ya estaba en las calles de Berlín. Huíamos en dirección al oeste porque los alemanes habían asesinado a miles de prisioneros soviéticos; el comunismo, además, suponía el polo opuesto del nazismo, y la zona aliada, por tanto, se preveía menos expuesta. La guerra finalizaba en Europa y muchos se dirigían hacia sus lugares de origen. Los soldados alemanes, en retirada, fueron en gran parte detenidos, como nosotros cuando caímos en manos del ejército estadounidense cerca de Nuremberg. En aquel lugar fue donde conocí al teniente Martin Linder, doctor en psiquiatría y compañero de Josef Mengele en la escuela de medicina, que durante la guerra se dedicó a buscar el “suero de la verdad”. Martin Linder no tenía hijos y rápido me tomó cariño, mostrándose como una especie de padre, pues era tan rubio como yo e incluso nos parecíamos hasta el grado de que en varias ocasiones así me lo señaló.

Ahora, nosotros los alemanes, éramos los prisioneros y nos raparon la cabeza para ser reconocidos fácilmente, para evitar las liendres y piojos. La comida era mejor que la que despachábamos a los judíos, gitanos y demás prisioneros de Auschwitz II. Los soldados estadounidenses se mostraban felices por haber ganado la guerra, pero una sensación de alivio se percibía en muchos alemanes, quizá por no tener que dar la vida por una causa esquizofrénica y porque pronto regresarían al lado de sus familiares. Yo no los tenía.

Los aliados buscaban a criminales de guerra, pero la detención de soldados alemanes era tan numerosa que decidieron liberar a los que no formaran parte de las SS. Fui puesto en libertad junto al capitán Josef Mengele y Martin Linder, porque ninguno de los tres teníamos tatuado el grupo sanguíneo debajo de la axila, en la parte interior del brazo izquierdo, como se acostumbraba en las SS. Con el salvoconducto en las manos llegó la hora de la despedida. Josef Mengele regresaría en primera instancia hacia Günzburg, situado en Baviera, y yo me iría con Martin Linder a Düsseldorf, capital de Renania del

Norte-Westfalia. Caminaríamos por la zona aliada, lejos de los soviéticos y más cerca de la libertad. Josef Mengele estrechó la mano de Martin y le dijo:

–Cuida bien a este hombrecito.

–Quédate tranquilo, le trataré como si fuera mi propio hijo –respondió.

A Josef Mengele, en ese instante, se le humedecieron los ojos y me estrechó contra su pecho...

–Markus, te deseo la mejor de las suertes.

Y, al echarse hacia detrás, una lágrima le recorría el rostro. Ya no supe nada de Josef Mengele hasta mucho tiempo después, cuando en los periódicos se decía que lo buscaban por criminal de guerra.

7.

Realizamos parte del trayecto a pie. Por suerte era inicio de verano y los campos estaban verdes, en contraste con los restos de la guerra. Ciudades y pueblos entre ruinas, gente de aquí para allá con cierta preocupación pero también con alegría. La pesadilla nazi se había diluido, pero media Alemania continuaría bajo el yugo del comunismo, pues sobre la zona soviética ya planeaba la férrea dictadura de Joseph Stalin. Martin Linder parecía buena persona y se portaba según lo prometido. Debe ser que sentía la ausencia tanto como yo; los dos solos en el mundo, tan iguales físicamente, como padre e hijo que se hubieran encontrado después de un tiempo, y ahora, en el desconcierto final de una terrible guerra, percibíamos el uno en el otro lo que añorábamos. A veces lo que deseas te cae como algo natural y esa casualidad marca tu destino para siempre como así sucedió.

Tardamos más de dos semanas en llegar a Düsseldorf. La ciudad, a ambos lados del Rin, estaba casi destruida, pero Martin quería encontrar su casa entre las ruinas. Allí, después de los bombardeos, se había luchado palmo a palmo y, bajo los cascotes, reposaban cientos de cuerpos putrefactos. El lugar olía a mierda y miseria, pero los aliados socorrían a la población con medicinas, ropa y alimentos, en improvisados centros de ayuda. Entramos a comer en uno de ellos. Servían guisado de patatas con carne, algo de pan y un poco de leche. Los alemanes, ahora, estaban bajo el auspicio y misericordia del ejército norteamericano. El sueño del nazismo, sus ideales, estaban en la ruina como la propia

Alemania. Las potencias, tanto en el este como al oeste, se repartían el mundo entre capitalistas y comunistas. Los estadounidenses, en principio, estaban mucho más cerca de los valores por los que perdimos la guerra: los afroamericanos y otras razas minoritarias, en Estados Unidos, no tenían los mismos derechos civiles que los blancos; y esos negros con uniforme, que ahora mascaban chicle con sus brillantes dentaduras, fueron a la guerra por obligación mientras que los hijos de los ricos influyentes, muchas veces, podían eludirla o recabar en destinos más favorables. En cuanto a los judíos, algunos tenían gran influencia por ser propietarios de bancos y grandes empresas, lo que a la postre, en el futuro, les serviría para ganarse un país a costa de quitárselo a sus verdaderos pobladores, y para conservarlo se comportaron de modo parecido a los nazis. El holocausto no fue gratuito, había que buscar un país para los judíos en la diáspora. Claro, esto lo comprendí años más tarde, pues en aquel momento mi única preocupación era no separarme de Martin Linder, mi padre adoptivo.

No tardamos en llegar a la casa, situada al norte de la ciudad. Milagrosamente estaba en pie, aunque en un estado calamitoso, con las ventanas rotas, sin puertas, agujeros de proyectiles en la fachada y media techumbre caída. Los pocos muebles eran inservibles. Un viejo sillón desvencijado y polvoriento permanecía en medio del salón, entre los pedazos de una mesa. Martin se sentó en el sillón, llevó sus manos a la cara y comenzó a llorar. Yo no supe qué decir ni qué hacer, y bajo el umbral, de pie, sólo me limité a mirarle. En mi morral llevaba un mendrugo de pan, un cuarto de leche y una cantimplora con agua. Eran mis posesiones, las mismas de Martin a excepción de la casa. Y así estábamos, en dicha situación, yo de pie bajo el umbral y él sollozando, cuando se oyó el frenazo de un coche, luego unos pasos acercándose y aparecieron dos soldados estadounidenses y un capitán que preguntó: “¿Es usted Martin Linder?”

Al preguntar por mí, Martin respondió que era su hijo. Nos subieron a un Jeep militar, para conducirnos frente a un edificio en ruinas donde nos apeamos. ¿Para qué le querrán? ¿Será un criminal de guerra? Es lo único que se me ocurría pensar. Sorteando escombros entramos al edificio, para luego bajar por unas escaleras hacia los sótanos. Pasamos por varias salas hasta llegar a un pequeño cuarto, a la pobre luz de una bombilla, donde nos encerraron.

–¿Por qué te buscan? –le pregunté.

–No lo sé... –contestó preocupado, con la mirada perdida en el vacío.

Al rato vinieron a buscarlo y ahí me quedé solo. Tenía miedo. Por lo menos él aseguraba que yo era su hijo, ¿pero qué sería de mí si lo encarcelaban o mataban? Yo lo quería como si fuera mi padre, junto a él había entrevisto el futuro. Lloré, pero pronto sequé mis lágrimas por vergüenza; no quería que Martin me viera así. En las Juventudes Hitlerianas me enseñaron a comportarme como un hombre, con valentía y rigor frente a cualquier adversidad, quizá por esa razón me quedé parado, sin saber qué hacer, cuando él comenzó a llorar en el salón de su casa. Mostrar tus emociones te hace más humano, pensé tras secar mis lágrimas, pero a la vez sentí cierta turbación de que me pudieran ver así. No quería ser un problema para Martin en aquellos momentos, una carga imposible de sobrellevar: la de un hijo postizo que aún no sabía la implicación de tal compromiso.

Pasadas aproximadamente dos horas vinieron a buscarme. Por unos corredores y salones mal iluminados me sacaron de nuevo adonde Martin me esperaba, dentro del Jeep, en compañía de los dos soldados y el capitán. Al sentarme junto a él, me dijo: “No te preocupes”, y el automóvil arrancó. Nos llevaron a una base militar, zona de tránsito y abastecimiento. Los soldados iban de un lado para otro cargando víveres y material diverso. Saludos castrenses, uniformes, más uniformes, barracones, almacenes, cajas, barriles, camiones verde oliva, tiendas de campaña y un idioma que yo no comprendía. Al bajar del Jeep un soldado nos ofreció cigarrillos americanos y chicles. Nos condujeron hacia un barracón. En su interior sólo había prisioneros alemanes, todos varones y con apariencia de personas instruidas. Dimos las buenas tardes. Allí también estaba, con expresión seria, el teniente Weiss. Se dio paso a las presentaciones. Eran científicos que sirvieron en algún programa estratégico del Tercer Reich durante la guerra, o sea, los cerebros que los estadounidenses necesitaban para vencer, tecnológica y científicamente, a su nuevo enemigo ideológico: el bloque comunista. Martin ya me había comentado, en el transcurso de nuestra larga caminata hacia Düsseldorf, de sus antiguas actividades en la guerra, de la utilización de drogas en la búsqueda del suero de la verdad, pero nada me contó de sus habilidades como interrogador en el servicio secreto. Un psiquiatra se hacía necesario para estudiar y prever las tácticas del enemigo, además de la praxis en los interrogatorios. No era un tipo con el pasado limpio, pero, al igual que los demás, sólo cumplió órdenes en tiempos de guerra. Siendo oficiales tenían que dar ejemplo y comportarse como buenos patriotas,

pertenecían al estamento militar y debían servir con disciplina, aunque en realidad formaban parte de un sistema ideológicamente abominable, pero ellos, a fin de cuentas, no tuvieron la culpa de ser alemanes bajo el gobierno del Tercer Reich. Las guerras son terribles y la historia de la Humanidad está plagada de ellas... A Alejandro Magno se le admira como conquistador de medio mundo, pero cuántos murieron debido a su egocentrismo y ansias de grandeza; cuántos en la expansión y mantenimiento del Imperio Romano; cuántos en las constantes invasiones bárbaras acaecidas a lo largo del medioevo europeo que fueron determinantes para la actual distribución geográfica y poblacional; cuántos por causa del fanatismo de la Iglesia Católica; cuántos en la expansión del Islam, en las Cruzadas y demás guerras religiosas; cuántos en las conflagraciones del continente asiático; cuántos en la conquista de América; cuántos en las posteriores guerras europeas, en la Revolución Francesa, en las guerras napoleónicas, en la conquista de África, en la Primera Guerra Mundial, en la Segunda; cuántos pueblos, personas y naciones extinguidas, arrasados por la violencia de la especie humana... En las guerras que asolaron a la Humanidad se pasaron por sangre y fuego a ciudades enteras, no importando que hubiera ancianos, mujeres y niños. La guerra era toda una industria, el motor de la economía, pues se conquistaban países para robarles sus riquezas, tomar esclavos y botines como pago a los soldados, y una muchedumbre seguía a los ejércitos como una nación trashumante. Luego se evolucionó para invadir a los vecinos, como muy bien hicieron los romanos subyugando a gran parte del territorio europeo con la esclavitud como mano de obra. Ha sido normal dominar por medio de la violencia, de ahí que, al ser testigo de la barbarie, no pude más que percibirla como algo natural. Martin Linder y los que ahí estaban, en ese barracón, sólo eran víctimas de las circunstancias. De cualquier modo, ante las evidencias, podemos considerar los conflictos armados y las enfermedades como un mecanismo para evitar la superpoblación del planeta, por una especie tan dañina como la del *Homo sapiens*.

8.

Fueron más de setecientos científicos y profesionistas alemanes, con sus respectivas familias, los que trasladaron en secreto a los Estados Unidos con la “Operación Paperclip”, destinada a hacerse con los adelantos en armas químicas, energía nuclear, cohetería,

medicina experimental y temas afines, de aquéllos que estuvieron al servicio de los nazis. En esa tarea, el gobierno falsificó documentos para lavar el nombre de algunos científicos, a cambio de no ser juzgados, obtener la ciudadanía y trabajar para los servicios militares y de inteligencia norteamericanos, y entre ellos se encontraba Martin Linder.

En julio de 1945, a bordo de un avión militar, llegamos al campo de pruebas de Edgewood Arsenal, cerca de Aberdeen, Maryland. El viaje desde Alemania había sido largo y cansado, pues nos transportaron en camiones hasta una base aérea, desde ahí a un puerto en Inglaterra, para luego tomar un barco con rumbo a los Estados Unidos, concretamente a Boston, donde nos dividieron en grupos para situarnos en varios destinos. Los doctores fueron repartidos entre Edgewood Arsenal y Fort Detrick, ambos en Maryland, recintos militares donde se investigaban acciones de guerra psicológica, química y bacteriológica. Al teniente Weiss lo enviaron a Fort Detrick y se marchó sin despedir.

A Martin y a mí nos instalaron dentro del complejo de Edgewood Arsenal, en una pequeña casa unifamiliar. El contexto, al parecer, seguirían siendo los uniformes militares, distintos a la estética nazi, pero uniformes al fin y al cabo. Yo ya había cumplido quince años; ahora tenía la nueva identidad de Markus Linder y era como si hubiera vuelto a nacer con otro apellido. Ante mí todo se presentaba de una novedad absoluta, como el idioma, la forma de vestir y enfrentar lo cotidiano, muy distinto a la militarización generalizada de la sociedad propuesta por el nazismo, pero con otros valores moralistas de origen pseudocristiano y con las clases raciales bien definidas: los negros por un lado y los blancos por el otro, un racismo y segregación racial que negaba esa concepción del “país de la libertad”, la gran mentira de una nación que ideológicamente no distaba del nacionalsocialismo alemán e italiano. Aún así la diversidad era palpable en contraste con Alemania, pues la población originaria de los Estados Unidos fue casi exterminada para dar paso a asentamientos de orígenes diversos, en su mayor parte de procedencia europea, más los descendientes de los esclavos negros y otras minorías. La militarización de la sociedad y los discursos nacionalsocialistas no prevalecían, pero sí el conservadurismo más radical, aunque allí, donde por fuerza debía desenvolverme, la disciplina, los saludos y cumplir las órdenes eran lo habitual. De las Juventudes Hitlerianas pasé a un campo de exterminio, de ahí a ser prisionero en un campamento militar, para llegar a una base donde se probaba diverso material armamentístico y se experimentaba con prácticas de guerra no

convencionales. La única diferencia, por tanto, era no estar en un conflicto armado directo, pero sí en constante evolución para superar la amenaza de los supuestos enemigos y su influencia en el resto del mundo.

9.

Transcurridos seis meses ya hablaba de manera entendible mi nuevo idioma, algo necesario para continuar el bachillerato en un instituto. Muchos de mis compañeros eran hijos de los militares y trabajadores de la base. No tardé en adaptarme y también en ser aceptado, quizá por ser tan rubio en una sociedad de tendencias suprematistas. La mayoría me miraba con cierta curiosidad y simpatía, y muchos se acercaban para conocerme. Querían escuchar, sobre todo, vivencias de la guerra. Les impresionaba la imagen de Adolf Hitler como signo de la maldad, como si el Diablo se hubiera hecho presente en carne y hueso, con esa cara de loco, con la mirada de odio y el extraño bigote, un ser atemporal venido del inframundo. Me preguntaban si le había visto en persona. ¡Y claro que lo vi!, cuando apareció por un campamento de las Juventudes Hitlerianas para conocer a los futuros valores de la patria. Al posar su mano sobre mi cabeza, con un gesto paternal, sentí una sensación maravillosa, de tenerlo tan cerca con su presencia hipnótica, el salvador de la nación alemana. Pero después de la muerte de aquella niña judía, de nombre desconocido, para mí las personas no se diferenciaban por el color de la piel sino por su calidad humana, o sea, que el mundo se dividía entre buenas y malas personas.

Y esa chica judía, en mis sentimientos, fue sustituida por Rowena Simons. La conocí en el instituto. A ella sí la pude hablar y abrazar. Era totalmente distinta a la otra, pues, si bien su mirada también se clavó en la mía, sus ojos eran azules y tenía el pelo muy rubio. Sus antepasados eran nórdicos, de ahí su aspecto y un apellido sin las dos letras finales (originalmente Simonsen). Me miró al cruzarnos por primera vez, yo era el chico de moda y por eso fue fácil con ella. A veces noté algo de envidia en otros muchachos, pero me respetaban por haber estado en la guerra y por haber conocido a Adolf Hitler, además no me importó si en alguna ocasión me señalaron como nazi. De cualquier modo el pasado quedaba atrás, y esos recuerdos, aunque nunca se olvidan, debía arrinconarlos para comenzar una nueva vida, y ésta, sin duda, fue generosa para obrar en dicha

transformación. Tenía a Rowena y a un grupo de amigos con los que compartía el tiempo libre y cierta vida social, asistía a reuniones, fiestas del instituto, y mis compañeros me admitieron sin ningún reparo, pues, en la mayoría de los casos, nos unía el hecho de que nuestros padres trabajaban en la base.

Me apunté, por recomendación de Martin, a las clases de defensa personal, y desde entonces sospecho que ya proyectaban mi futuro. Allí el entorno era distinto, pues los asistentes en su mayoría lo formaban militares con la testosterona y la hombría exaltadas, machistas, socarrones y mal hablados. El padre de Rowena, el capitán Simons, iba al gimnasio a levantar pesas. Pronto supo que yo salía con su hija; quizá imaginaba que manteníamos relaciones sexuales y siempre me decía: “Markus, cuidadito con mi hija, pórtate bien.” Martin y él se conocían pero no alternaban fuera del trabajo. A Rowena la besé un día al salir de clase, al acompañarla hacia su casa cuando entramos a una tienda para tomar unas Royal Crown. Yo era tan rubio como ella y parecíamos hermanos. La primera vez que hicimos el amor sentí como si estuviera con mi hermana gemela, tan idéntica pero en femenino; entonces me acordé del doctor Mengele y de sus gemelos, de que estaría satisfecho de ver a dos arios copular. Pero luego aparecieron los ojos de la muchacha judía, clavados en los míos, y la vi de nuevo en la camilla justo antes de morir. El presente y el pasado que no se olvida, fundidos en un mismo acto carnal. Cerré los ojos y creí estar dentro de ella, pero era Rowena la que gemía y decía palabras casi ininteligibles en inglés. Aquella noche rasgué su himen, tendidos sobre la hierba entre unos arbustos, con el cielo salpicado por miles de estrellas.

Rowena era un poco neurótica, melancólica y con problemas existenciales, pero no sabía explicar, o no quería, el origen de sus angustias. Por aquel entonces yo ya tenía clara mi vocación, la de ser psicólogo, y estar con ella suponía adentrarme en un mundo extraño, muy particular, con los cambios de humor e incoherencias, sus comportamientos irreflexivos y a veces infantiles. Necesitaba los cuidados de alguien. Muchas veces, al quedarse sola, recaía en una tristeza sin sentido y así no resultaba extraño que me buscara con cierta obsesión. Ante tal circunstancia podría haberme aprovechado de ella, una muchacha sin voluntad para decidir por sí sola, dependiente de una relación marcada por el sexo, pues cuando estábamos solos siempre quería hacerlo como prueba de fidelidad. Era muy insegura, en ocasiones dudaba de mis sentimientos y pedía que la violase para

demostrarle lo contrario. Bajo este esquema mental los celos tomaban su lugar, hasta que un día enloqueció por completo.

Su muerte nos sorprendió a todos, se cortó las venas bajo el agua de la ducha. Sus padres estaban destrozados, tanto como yo, y los compañeros del instituto quedaron bastante compungidos. Se celebró una misa cristiana en su honor. Los asistentes no cesaban de llorar. Fue un día muy triste. Yo sentí de nuevo la pérdida de otro amor que se iba de este mundo de manera dramática. Entonces mi convicción de ser psicólogo se acrecentó, pues en la mente estaba la solución a los problemas, no era buscar la raza perfecta sino la perfección de la mente para alcanzar la armonía, ahí estaba la naturaleza posthumana, la clave para mejorar nuestra especie. Se hacía preciso, en principio, controlar la mente, conocerla para encontrar una solución definitiva a los problemas existenciales y a la violencia innata de la especie humana, y así contribuir al salto evolutivo hacia el *Homo concientis*. Ése sería, a partir de entonces, el motivo y finalidad de mi vida. Aunque por otro lado me asaltaba el desconcierto, pues mi chiquilla judía murió con una inyección de amoniaco que yo preparé y Rowena se suicidó quizá por mi culpa, porque sentía celos de sus amigas y miedo a perderme. No encontré otra explicación, era posesiva hasta lo incomprensible, siempre desconfiada entre disimulos pero a la vez tan dulce y tan bella. De la otra no sé nada, sólo su presencia fantasmal, una imagen brumosa pero a la vez nítida, grisácea, con la terrible verdad del espanto, pero siempre con esa mirada serena clavada en la mía.

10.

Martin, desde su llegada a Edgewood Arsenal, fue muy bien recibido por las personas con las cuales compartía alguna actividad, fueran militares o civiles, porque era de trato correcto y siempre educado. En sus labores se mostraba eficiente, con ideas novedosas. Según supe, algunos años después, Martin trabajaba en un programa orientado a modificar la conducta humana como instrumento de guerra, ya fuera por inducción mental o por aplicación de drogas que provocaran cuadros depresivos, amnesias totales, cambios de personalidad y suicidios. El programa PSYOPS abarcaba proyectos diversos, como los ARTICHOKE, MK-ULTRA y MK-SEARCH, que desarrollaba el Ejército en colaboración

con la Agencia Central de Inteligencia, CIA (recién creada en septiembre de 1946), valiéndose de la experimentación humana, generalmente con militares, presos y personas sin hogar (estos últimos participaban bajo engaños o contra su voluntad). Mediante hipnosis inducían a realizar actos inmorales y cumplir todo tipo de órdenes, como robar, provocar accidentes, cometer asesinatos, etcétera; y con la utilización de drogas generaban estados transitorios de locura o trastornos psíquicos permanentes, como paranoias, esquizofrenias y depresiones. Con los soldados voluntarios, además de drogas, probaban distintos productos químicos como gases y sustancias irritantes, mientras que los presos y vagabundos eran sometidos a técnicas de tortura y otros experimentos (como exponerlos a sustancias radiactivas, químicas y biológicas) de los cuales muchas veces salían sin vida. Las sesiones de hipnotismo en estos sujetos eran más agresivas y, en algunos casos, llegaron a rebanarles la masa encefálica mientras les hacían preguntas y cosas por el estilo. Estos procedimientos estaban clasificados como de alto secreto y eran supervisados por la CIA, cuando aún no existían protocolos definidos para regular la experimentación con humanos. En los Estados Unidos de América se llevaron a cabo multitud de ensayos, del rango de los arriba mencionados, de manera encubierta por personal médico en algunos hospitales. Por esta razón me extrañó que buscaran al doctor Mengele por sus experimentos, pues de manera parecida lo hicieron, en tiempos de paz, los científicos estadounidenses en los programas secretos del gobierno. Al amparo del poder siempre se obtienen los beneficios de la ley, igual que Josef Mengele en tiempos de guerra, unos al servicio del nazismo y otros del “país de la libertad y los valores democráticos”, pero siempre con la protección del gobierno de turno. Esto era un dato a tener en cuenta: la legalidad no importa cuando el fin lo justifica. Y así se realizaban experimentos por el bien de la Humanidad, aunque entremedias quedaran algunas víctimas y resultados fallidos, pero la ciencia debía avanzar pese a la ética, pues ésta, tampoco, es una verdad universal porque cambia con el tiempo y las culturas. Así pues, Martin Linder sólo cumplía una obligación contraída con quienes le ofrecieron un trabajo, la nacionalidad estadounidense, el futuro y la libertad.

En aquellos días las huellas de la guerra, paulatinamente, se difuminaban en mi memoria, con el decorado de un país donde iban inscritas la cultura y la diversidad de una nación joven sin apenas historia, en comparación con la vieja Europa. Casi todo era de una novedad al principio sorprendente, aunado al amanecer del deseo y la atracción, en mi caso,

por las mujeres, el placer de vivir, de descubrir el mundo desde otra perspectiva, como el abrir de una flor en el aire para ver resurgir el futuro después de su negación. Yo era optimista, más después de ser testigo de la barbarie. Es de retrasados mentales desear un mundo semejante, con el odio por encima del amor, con la muerte por encima de la vida; los humanos, en su generalidad, pertenecen a una especie belicosa, agresiva, en continuo conflicto, ya sea con su entorno o con sus semejantes; algo no está bien en su cerebro, un defecto que quizá se atenúe con el conocimiento, del salto evolutivo de una especie primitiva, el *Homo sapiens*, a otra más avanzada, el *Homo concientis*, por medio de una necesaria expansión de la conciencia. Yo estaba en el mundo para buscar y encontrar la felicidad, ése era mi objetivo primordial.

11.

En el año 1948 Martin fue reclutado por la CIA, que, con la disputa de los Estados Unidos por el dominio del planeta, estaba a la caza de todo tipo de talentos y por ello nos mudamos a vivir a Langley, Virginia, donde están las oficinas centrales de dicha agencia. Yo tenía dieciocho años y pensaba entrar a la universidad para el año próximo. Quería estudiar Psicología en la Universidad de Harvard. Ya no me interesaba tanto la eugenesia racial como tal, pues mi estancia en Auschwitz II me sirvió precisamente para acreditar la errónea aplicación de sus principios, y ahora mis intereses, como ya señalé con anterioridad, se inclinaban hacia la comprensión de los mecanismos mentales relacionados a las carencias del comportamiento, y la pureza de la raza nada tenía que ver con tal propósito, sino más bien lo contrario: lo ideal sería una mezcla de las razas existentes para así acabar, de manera definitiva, con cualquier tentación de supremacía. Las razas puras, después del holocausto judío, no tenían sentido y eran una muestra casi zoológica: humanos de raza pura que, en el futuro, serían exhibidos junto con otras especies animales. En el horizonte, por tanto, estaba la fusión de las razas más el obligado desarrollo de la mente y la conciencia para dar el salto definitivo hacia el *Homo concientis*. Así fue mi proceso de cambio, a partir de las teorías de eugenesia nazi aprendidas en las Juventudes Hitlerianas, que dieron paso, después de comprobar sus falsos fundamentos, hacia una propuesta en la que el superhombre aparecía en un lugar por debajo del posthumano. Mi vocación ya la

tenía clara y también la guía: contribuir desde la ciencia para promover un mundo habitado por personas no violentas, por ese *Homo concientis* que dejará de ser un peligro para sus semejantes y vivirá respetando el Planeta Tierra.

Se puede pensar que dicha idea, esa última aspiración, fue el resultado de los daños cerebrales ocasionados por la ideología nazi en un muchacho sin criterio y su posterior exposición al infierno terrenal; pero la iniciativa de intervenir científicamente en el proceso evolutivo, es aceptable cuando se hace sobre una especie violenta capaz de matar a sus semejantes, tan dañina y depredadora con la naturaleza y el planeta donde habita. ¿Cómo hubiera sido yo sin tal influencia? No lo sé; cada cual debe asumir su destino, no hay marcha atrás, sólo realizar las debidas correcciones como el que trata de poner un motor averiado a punto.

Martin sentía la satisfacción de trabajar por el sustento y difusión de la “libertad”, promovida por los Estados Unidos en la conquista ideológica y comercial del planeta, y para ello había que experimentar con humanos en la búsqueda de estrategias para superar a sus adversarios. La CIA, entre los años 1955 y 1972, en coordinación con el Ejército, realizó numerosos experimentos con humanos sin el permiso de los involucrados: inyecciones con tóxicos, productos radiactivos y químicos; infección deliberada con virus y bacterias; cirugías no probadas; exposición a sustancias radiactivas; ensayos con drogas para alterar la conciencia; y una amplia gama de pruebas que se llevaron a cabo bajo prescripciones médicas, cuyas víctimas fueron niños, discapacitados mentales, enfermos y personas de bajos recursos, pertenecientes, la mayoría de las veces, a minorías raciales; también se realizaron experimentos indiscriminados con la población de ciudades enteras, siempre de manera encubierta para evitar demandas judiciales.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, investigadores de la Universidad de Vanderbilt, Tennessee, suministraron bajo engaño, a ochocientas veintinueve mujeres embarazadas, hierro radiactivo para comprobar el tiempo de transición a la placenta; las mujeres sufrieron caída del pelo, hematomas, anemia, erupciones, pérdida de dientes y cáncer, y algunos de sus hijos, una vez nacidos, murieron de leucemia. A seis empleados de una metalúrgica en Chicago, en el año 1946, se les dio a beber agua contaminada con plutonio-239 para estudiar el grado de absorción por el tracto digestivo. Entre 1946 y 1947, investigadores de la Universidad de Rochester, Estado de Nueva York, inyectaron uranio en

personas sanas para medir la concentración que los riñones podían soportar antes de dañarse. La Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, en 1953, efectuó diversos estudios, en la Universidad de Iowa, sobre los efectos del yodo radiactivo en mujeres y recién nacidos; los investigadores suministraron a mujeres embarazadas entre 100 y 200 microcurios de yodo-131, para luego analizar los embriones abortados y averiguar cómo el yodo radiactivo cruzaba la barrera placentaria. La CIA, en 1955, realizó un experimento de guerra biológica lanzando bacterias de la tosferina en la Bahía de Tampa, Florida, que causó una epidemia que mató a doce personas. En el año 1956, en la escuela *Walter E. Fernald Developmental Center*, Waltham, Massachussets, suministraron, por vía oral e intravenosa, calcio radiactivo a niños con discapacidad mental, y también sustancias químicas y radiactivas en bebés desnutridos para tomar muestras, mediante punción, de la masa cerebral y el líquido cefalorraquídeo. El Ejército, en los años 1956 y 1957, soltó millones de mosquitos infectados con diferentes enfermedades en Savannah, Georgia, y Avon Park, Florida, para comprobar la viabilidad de contagio por este medio, y cientos de personas sufrieron problemas respiratorios, encefalitis, fiebre tifoidea, más la muerte de algunas personas, recién nacidos y no natos. Investigadores de la Universidad de Washington, en 1963, irradian los testículos de doscientos treinta y dos prisioneros para determinar los efectos sobre la función testicular, y algunos de estos presos, ya una vez en libertad, tuvieron hijos con defectos de nacimiento y malformaciones. El Ejército, en 1966, soltó una bacteria en el metro de Nueva York para estudiar la vulnerabilidad de los pasajeros ante un ataque biológico, y de manera similar se hizo en el metro de Chicago. El Departamento de Defensa, entre los años 1960 y 1971, financió un programa, en la *University of Cincinnati Medical Center*, para irradiar sin su permiso a negros, pobres y enfermos de cáncer, con la excusa de recibir tratamiento cuando en realidad pretendían determinar sus efectos en el cuerpo humano. En la Prisión Estatal de Holmesburg, Pennsylvania, entre los años 1951 y 1974 se probaron productos químicos con algunos prisioneros (en su mayoría negros), mediante inyecciones con dioxinas y otros venenos.

La experimentación con humanos se llevó a cabo en los Estados Unidos, así como en otros países desarrollados, desde finales del siglo XIX, y lo descrito con anterioridad es una pequeña muestra del proceder encubierto del gobierno estadounidense, al que habría que sumar las técnicas de tortura y las manipulaciones psicológicas ya comentadas. A partir del

año 1974 es cuando en los Estados Unidos se comienza a legislar lo referente a la experimentación médica y científica con humanos, por el impacto que tuvieron en la opinión pública unos documentos desclasificados por error, de los cuales extraje los datos citados más arriba.

Los médicos y científicos nazis experimentaron con humanos porque así se realizaba en algunos países con la aprobación de la comunidad científica, o de manera encubierta con el auspicio de las autoridades, pues la medicina tenía que avanzar por el bien de la Humanidad. Presos, pobres, negros, judíos, enfermos, personas sanas, todos inmolados en nombre del progreso científico. Así se descubrieron las primeras vacunas, los medicamentos eficaces y así se progresó en la cirugía... Alguna vez tuvo que ser la primera, con aciertos y fracasos. El fin justificaba los medios y de forma parecida se hizo en los Estados Unidos con la supervisión del gobierno, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, salvo que allí nunca se juzgó a los involucrados por crímenes contra la Humanidad. Los médicos nazis eran obligados a enviar a miles de personas a las cámaras de gas, pues debían cumplir las órdenes de sus superiores. De algún modo, el holocausto judío provocado por los nazis es comparable al bombardeo aliado de la ciudad alemana de Dresde, o a las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Con esta afirmación no pretendo justificar la barbarie nazi, pero sí señalar que el problema de la violencia es inherente a la especie humana, pues, repito, la historia está plagada de guerras y más guerras, invasiones y ciudades arrasadas hasta la última gota de sangre.

12.

Nada más llegar a Langley conocí a Candy, una chica desenvuelta, de buenas curvas, pelo castaño y piel blanca, que se acercó hacia mí. Yo era dos años mayor que ella, diferencia que compartía con los compañeros de mi salón por el tiempo perdido en la guerra y por aprender un nuevo idioma. Llevaba el suéter gris, la falda del uniforme por encima de las rodillas, sosteniendo los libros contra su pecho, y la sonrisa resplandeciente. Yo era el recién llegado y, por tanto, la novedad; así me sucedía siempre. La mayoría de las chicas me miraban con ojos tímidos pero a la vez chispeantes, mientras que el resto sentiría cierta curiosidad por ese rubio alemán. Candy era la más guapa de la escuela, sus notorios

pechos tenían el don de la ingravidez y era animadora del equipo de *football* del cual entré a formar parte. Con mi estatura de 1,87 centímetros pronto fui titular indiscutible, y por mi complexión física quizá nadie tuvo el valor de enfrentarse conmigo, a pesar de los rencores suscitados por ser el blanco de las miradas y atenciones de las chicas, así como por obtener, nada más llegar, los favores de Candy. A veces ella me hablaba del futuro, de cómo imaginaba su vida, trasformando el presente en un estado transitorio hacia el logro de sus deseos, que le hacía vivir en un limbo de total irrealdad, por ello su conducta era, por lo general, un tanto alocada e infantil. Así, con tal esquema mental, le gustaba disfrutar de las nuevas experiencias y también del sexo, con juegos eróticos de una imaginación sin límites, de tal modo que muchas veces lo hacíamos en lugares insólitos, con posturas impensables y juegos caprichosos que oscilaban del amor más tierno hacia procedimientos sadomasoquistas, ingredientes psicológicos para asumir cualquier adicción. Un día apareció con una bolsita de marihuana y fuimos al campo para fumar, escondidos entre arbustos como cuando hice el amor por primera vez con Rowena. Yo sentía un llamado extraño, una especie de hechizo, un deseo imparable de probar lo prohibido, a pesar de escuchar la advertencia de que la droga es adictiva e infernal, de ahí, también, el ansia y la aventura ante el peligro que suponía un cigarrillo de marihuana, algo así, imaginaba yo, como meterte dentro de un caleidoscopio o como ver mutar las imágenes en mil formas de colores. Pero nada de eso sucedió cuando, con el corazón acelerado por los nervios, después de aspirar el humo se me alteró la percepción hacia una especie de embriaguez donde la luz cobraba intensidad y los objetos más presencia. Las ideas, los pensamientos, los procesaba de manera distinta, como si analizara o viera el mundo a través de un filtro, un nuevo prisma que me arrojaba preguntas sobre la existencia, incertidumbres que necesitan respuesta o solución, indagando el porqué y el para qué en una búsqueda introspectiva. Pero allí, entre los brazos de Candy, estas volteretas mentales encontraban su salida en ocurrencias que nos hacían estallar en carcajadas. Nos despojamos de la ropa e hicimos el amor. El reconocimiento de nuestros cuerpos, bajo tal efecto, nos condujo hacia otro éxtasis que desembocó, a su vez, en otro éxtasis. Yo me percibía algo así como un explorador de la mente; entonces entreví la utilidad de las sustancias psicoactivas para tal fin: ampliar el estado de percepción, ya sea interior o exterior, para captar el mundo y comprender la existencia desde parámetros más elevados, pues la marihuana te abre una

parte oculta de la mente al enfrentar la realidad desde otro estado: las preguntas son distintas y también las respuestas, y esa “irrealidad” se convierte en otra forma de realidad, proceso para aclarar las ideas o cubrirlas con una densa oscuridad, pues no todos obedecen igual ante ciertos estímulos

Regresamos entre risas, tomados de la mano y hablando un sinfín de ocurrencias, pues Candy era ingeniosa y más bajo los efectos de la hierba. Nos dijimos que éste sería uno de nuestros secretos y, a partir de entonces, empecé a ver la vida de forma más lúdica.

Con el tiempo, porque todo sucede con su paso, los padres de Candy le encontraron una bolsita de olorosa hierba. El disgusto fue mayúsculo, así como la reprimenda y el castigo, con la sospecha de que yo, su novio, era el origen del problema. Su padre habló con Martin, y Martin conmigo. No me regañó, sólo me dijo que tuviera más cuidado, pues él, como psiquiatra, tal vez la probó personalmente o de manera experimental con distintos individuos, por ello sabría de su poco riesgo como sustancia adictiva, además de la utilidad para alguien, como yo, que quería estudiar psicología. Respecto a Candy, la enviaron a un internado sin esperar a terminar el curso y así acabó nuestro noviazgo. Algunas chicas del colegio se contentaron, por el hecho de verme libre, y me dejé querer por algunas sin tener un compromiso definido.

13.

En diciembre de 1948 Martin me dio permiso para ir a la ciudad de Nueva York a festejar la Noche Vieja. Ningún amigo me acompañó, pues debían quedarse con la familia. La víspera había nevado y el ambiente era de lo más navideño, con las luces y los típicos adornos. Una gran celebración se preparaba y se advertía mucho bullicio. Estuve caminando de aquí para allá, como un auténtico turista. Me fijaba en la gente, en los escaparates. Entré en algunas tiendas para curiosear, me tomé unas cervezas, varios cafés, y a eso de la 11 de la noche ya estaba en Times Square en espera del Año Nuevo. A mi alrededor todos estaban animados, bebiendo alcohol para despedir un año y recibir el otro, al tanto del mismo acto hipnótico de entusiasmarse con el cambio, un punto para reflexionar y hacer recuento de lo bueno y malo, pero siempre con los mejores deseos para el futuro, dejar lo viejo e ir en busca de lo nuevo. ¿Y cuáles eran mis deseos? Simplemente

estar bien, algo tan simple o tan difícil como ser feliz. Muchos hacían el tonto o se mostraban como idiotas. Ya se sabe, los efectos del alcohol en altas dosis degradan la esencia del humano, y pensé que si todos fumaran marihuana la compostura sería de pensamientos elevados; pero, como Jesucristo bebía vino, el alcohol se transformó en sacramento y en occidente la droga legal es lo que tomaba la mayoría; otra cosa sería del mundo si Jesús el Nazareno hubiera fumado marihuana, tal vez más tranquilo y pacífico, todos flotando en la misma nube. Se acercaban las 12... El nerviosismo y la alegría iban *in crescendo*, todos al pendiente de las manecillas del reloj... Y pasado un segundo estallaron en abrazos y gritos de júbilo. Se descorchaban botellas de lo que fuera: vino, champagne, whisky, ron, tequila, ginebra... y bebían y brindaban. Me abracé con desconocidos, descorché una botella de vino tinto para integrarme en dicho ritual. Aullaban, sonreían, cantaban, lloraban, saltaban, se besaban, una muchedumbre celebrando al unísono el renacimiento de un tiempo figurado.

Salí de Times Square y caminé durante varias manzanas. Había mucha gente. Al cruzar una calle un automóvil frenó para no arrollarme y patinó sobre el asfalto. Era un Hudson cuyo morro se quedó a unos centímetros de mis piernas. Por la ventana del conductor se asomó un rostro gritando:

–¡Ven! ¡Sube con nosotros! ¡Vamos a una fiesta!

Se abrió la puerta trasera, se bajó una chica y dijo:

–¡Vamos! ¡Vamos!

Ver aquella mujer me hizo aceptar la invitación, además ya estaba aburrido de estar solo.

–Me llamo Neal, Neal Cassady –se presentó el conductor, un tipo con la cara huesuda.

A su lado iban sentados una chica muy guapa y otro con cara de italiano.

–Yo soy Luanne –dijo ella.

–Y yo Jack –dijo él.

Y los que estaban junto a mí también se presentaron:

–Al Hinkle.

–Allen.

–Y yo, Pauline –dijo la chica de pelo castaño que abrió la puerta.

Allen usaba unas grandes gafas de miope y sostenía un cuaderno entre las manos. Arrancamos a toda velocidad. Neal no paraba de moverse, en estado de constante agitación...

–¿Y tú, cómo te llamas? –me preguntó.

–¡Ah! Perdón... Me llamo Markus.

–¿De dónde eres?

–De Alemania –contesté.

–¡Oh! Sí, sí, de Alemania –continuó Neal–. Sí, como Nietzsche...

–Sí, como Nietzsche –respondí.

–Alemania, tierra de grandes filósofos y nazis notables... –prosiguió Neal, que de vez en cuando volteaba la cabeza para mirar de reojo, sin importarle lo que hubiera al frente–. Sí, tío, están locos tus compatriotas... La que liaron con los pensamientos de Nietzsche, con el superhombre y toda esa mierda, que si Dios ha muerto y tal y tal. ¿Entiendes?... Te aseguro que nos espera una fiesta mejor que esa basura... Sí, hay que pasarlo bien, muy bien, que la vida son dos días para distraerse con idioteces. ¿Entiendes?... Mira, mira... –Rebuscó en el bolsillo de su cazadora y extendió la mano para ofrecerme unas pastillas–. Ten, tío, tómame esto, son Bencedrinas, te pondrán como una moto, anfetanas para recibir el nuevo año como Dios manda, con la energía necesaria para bailar, bailar y bailar sin control, para subirte por las paredes y pensar mejor que cualquier filósofo alemán... ¿Entiendes?

Las tragué con un poco de whisky de una botella que me alargó Jack. Neal no paraba de hablar mientras conducía, sin cesar de moverse sobre el asiento, con fondo de música de jazz...

–Sí, sí, tío, te vas a poner a cien... A Nietzsche seguramente no le daban anfetanas en el manicomio, no creo que le dejaran bailar para celebrar su locura, en todo caso ponerle una camisa de fuerza y un buen rapado de cabeza... Sí, sí, esta noche lo vas a pasar de lo lindo, para entrar en calor y olvidarte de todo, porque el presente, tío, es lo que importa. ¿Entiendes?... En cualquier momento se acaba esta aventura que es la vida y no te das ni cuenta, así de sopetón, de un día para otro o en unas pocas horas y no tienes tiempo de preocuparte por ese final, porque siempre, tío, hay un final para todo, pero mientras llega debemos disfrutar a tope y coger con chicas bonitas... ¿Verdad, Luanne?

–Claro que sí –contestó ella de manera automática.

–Hay que trabajar lo justo y gastar el tiempo en divertirse, en pasarlo bien, así hasta que el cuerpo aguante, lo contrario sería síntoma de que estamos muertos. Ésa es mi filosofía, mejor que la de Nietzsche. ¿Entiendes?... –Neal estaba excitadísimo y a veces se soltaba del volante–. Y ahora que iniciamos este maravilloso año, porque va a ser maravilloso para todos nosotros, debemos celebrarlo de puta madre para así continuar con el impulso, confirmarlo, y saber que las horas y los días se consumen con total satisfacción bajo las suelas de nuestros zapatos –concluyó por unos minutos su discurso y se puso a cantar una canción.

Empezó a nevar cuando llegamos a la Noventa Oeste. La fiesta era en un sótano donde habría más de cien personas. El ambiente, como es de suponer, muy animado, con música *be bop* y blues. Neal, sin esperar un solo segundo, se puso a bailar con Luanne de manera sensual, frotando sus zonas erógenas con el movimiento. El tipo era un *show*. Entretanto, Allen, que no soltaba para nada su cuaderno, me pasó un porro. Le di un par de caladas y se lo regresé.

–¿Qué escribes en ese cuaderno? –le pregunté.

–Poemas... Soy escritor, igual que Jack...

Jack discutía con Pauline, mientras que Al Hinkle trataba de ligar con la hermana de ésta. Pasada media hora comencé a notar las Bencedrinas y me solté a bailar como loco. Me acerqué a una chica oriental, que era lo más exótico de la fiesta, y al rato ya estábamos besándonos en un sillón. Era buena manera de comenzar el año, ya lo había asegurado Neal y no se equivocó. Los porros caían en mis manos de forma natural, mientras estaba en los brazos de Fan Li como en el mismo paraíso, con un magma de placer visual, música y caricias. “¡Viva la vida!”, me dije.

Al final acabé en la habitación de Fan Li. Ya no supe qué fue de Neal Cassady, Jack Kerouac, Allen Ginsberg y el resto del grupo, aunque pasados los años, por suerte, Neal y Allen volverían a cruzarse en mi camino.

Llegué a Harvard con una beca del gobierno, una especie de emolumento familiar porque Martin trabajaba en la CIA. Estaba feliz por entrar a tan afamada universidad, pero no en el tradicional *campus* de Cambridge, con praderas y centenarios edificios de ladrillo rojo, sino en la Escuela de Medicina que se sitúa en el *Longwood Medical Area*, de la ciudad de Boston, en un gran edificio con columnas neoclásicas que me recordaban al Bundestag berlinés. Debía estudiar primero cuatro años de Medicina, para luego hacer el postgrado en Psicología durante dos años. Me alojé en un apartamento compartido con un tal Joe Foullman, que probablemente trabajaba para la Agencia pues Martin me dio anotada en un papel su dirección. El tipo tenía cierto parecido con Robert De Niro, pero sin el lunar en el pómulos, y era profesor de matemáticas y jugador de ajedrez. Enseguida nos caímos bien, pero cada cual hacía su vida y nunca salíamos juntos, tal vez porque era mayor que yo. Por la mañana se iba temprano y no siempre regresaba, aunque por lo general se reclusa en su cuarto y no hablábamos mucho: “Hola, cómo te va... Buenos días... Que duermas bien... Qué tal el fin de semana...” y frases por el estilo. Estuve viviendo seis meses con él, pero luego agarró sus cosas y me quedé solo hasta terminar los estudios. Yo no pagaba la renta y nunca se presentó nadie reclamando dinero. La universidad me pareció un lugar maravilloso, ya dedicado a mi vocación cuyo inicio fue la enfermería de Auschwitz II junto al doctor Mengele, viendo cómo operaba, cómo abría la carne y hacía autopsias, mucho más de lo imaginado por cualquier compañero: intervenciones médicas experimentales sobre humanos. Yo ya sabía cómo eran los ojos fuera de sus órbitas, la textura y dimensiones del hígado, los pulmones, el páncreas, los riñones y el corazón recién extraídos, todavía calientes cuando el doctor Mengele los retiraba para depositarlos en una bandeja. Nada nuevo para mí la anatomía del cuerpo humano, los procesos de intervención: cómo meter el bisturí, cómo separar los músculos, cómo acceder a los órganos, cómo parar las hemorragias, cómo limpiar, cómo suturar, así como el conocimiento del material quirúrgico que el doctor Mengele me solicitaba extendiendo el brazo y con la palma de la mano hacia arriba.

Al inicio del primer año mantuve una relación con Emily, una compañera originaria de Philadelphia, pero era un tanto insulsa y a los dos meses la dejé. A partir de entonces decidí no tener una relación estable y dar rienda suelta a mis instintos; a fin de cuentas yo era demasiado joven para mantener relaciones sentimentales que me distrajeran de los estudios;

además, me surgió una repentina fascinación por los genitales femeninos en su variedad, de formas, olores y sabores, pues era de mi interés lo relacionado con la procreación, desestimando, por supuesto, el aparato reproductor masculino (con ver y reconocer el mío me bastaba). Y bajo dicha pulsión traté de hacer un estudio más o menos serio u ordenado, con las debidas anotaciones, en relación a los tamaños, tipos de labios, concentración del vello y características raciales de las portadoras, para luego relacionar dichas variantes con los distintos olores y sabores. Me costó mucho encontrar algunas chicas de color, o sea, negras, pues en aquel tiempo no había muchas en Harvard y tuve que ligarme a una trabajadora del servicio de limpieza. Este estudio lo acabé en apenas dos años. Llegué a determinar que las vaginas sabían mejor cuando la actividad sexual era frecuente, como si el pene sirviera para expulsar los residuos, con lo que así mejoraban su sabor. La limpieza corporal también influía en la calidad aromática del flujo, sin residuos de orín, secreciones estancadas y escurrimientos anales, mientras que la cantidad del vello se relacionaba con una sudoración excesiva y con la concentración seboreica; el color de la piel, la mayoría de las veces, también aportaba distintos matices aromáticos. He de admitir mi apetencia por los coños en estado puro, o sea, limpios, sin aditivos de ninguna clase; pero se da el caso de aquellos individuos que prefieren el olor descompuesto, como mierda o pescado podrido, pues los gustos son diversos en este mundo del Señor y más cuando se relacionan con el inconsciente y la libido, cuando se acercan o alejan de su esencia animal. El comportamiento inconsciente, según Sigmund Freud, se relaciona con el sexo, pues la razón se manifiesta al margen de la parte animal que domina por naturaleza en el ser humano.

15.

Martin se casó con Madeleine, su secretaria, una rubia de pechos grandes que ahora sería legalmente mi madre. Me puse un traje de chaqueta para la boda. Allí estaban los familiares de la novia y los compañeros de trabajo con sus respectivas parejas e hijos. Un aburrimiento con comida de por medio, que se celebraba en un restaurante a las afueras de la ciudad. Los recién casados estaban felices y me alegré por Martin, porque después de mi partida le venía bien tener una mujer, además de formar una familia para no estar solo. La

mayoría de sus compañeros no tardaron en ponerse ebrios, gente que me pareció un tanto despreciable. Entre los invitados también figuraba Adolf Weiss, el ex teniente, con el rostro serio, casi sin intervenir en las conversaciones, con el oído atento y sumido en pensamientos. Entonces recordé a aquella mujer gitana, de cómo cayó con ese doblar de piernas por mirarle a los ojos; y también me acordé, con una imagen difusa, del primer amor de mi vida, de esa mirada clavada en la mía. Ya habían transcurrido algunos años pero los recuerdos de Auschwitz II a veces regresaban a mi mente en sueños o bajo ciertos estímulos, como cuando leía en los diarios noticias de sucesos dramáticos. Ése era el residuo de la barbarie incrustado para siempre en mi cerebro, en mi subconsciente, y Adolf Weiss, ese asesino, ahora era una persona respetable bajo la protección y sostén del gobierno estadounidense. ¿Cuáles serían sus pensamientos, cuál su visión de la vida? Su rostro serio, sus labios rígidos, quizá ofrecieran alguna respuesta.

Por suerte había un par de chicas interesantes, un ex compañero de escuela, e hicimos nuestro grupito para hablar de los estudios y cosas sin importancia. Una de ellas me gustaba, una morenita de ascendencia italiana cuyo nombre no recuerdo, con la que me perdí un rato hacia el campo para besarla y tocarle las tetas. Su padre trabajaba en la Agencia. Al regresar a la fiesta comencé a hablar con la otra, una pelirroja pecosa con la que también me perdí para besarla y tocarle las tetas. De ésta sí recuerdo su nombre, se llamaba Nora. Al regresar, por segunda vez, la morenita sacó los morros cuando comprobó que me había desaparecido con la otra y se acercó para echarme una copa de vino blanco en la cara. Me quedé parado, sin saber qué hacer y miré a mi alrededor. Casi todos estaban a lo suyo, algo borrachos y nadie se percató. Luego ella se fue hacia el porche, supongo que a llorar. Era una chica sentimental... Nora, algo borracha, se moría de risa. La tomé por la cintura para bailar mientras la morena seguía en el porche. Lo mismo pensaba que íbamos a ser novios y que, con el tiempo, me casaría con ella para hacer una boda parecida a la de Martin. Las hay que nacen para buscar una víctima y casarse, otras para hacerse la víctima y caer en los brazos de un hombre. La morenita, sin tener dotes paranormales para saber realmente lo que pasó, imaginó que hice con la pelirroja lo mismo que con ella. Desde luego, se tomaba esos asuntos muy en serio.

Después salí para fumar marihuana. Preferí dejar a Nora por si acaso no le parecía bien y se iba de la lengua (pura paranoia mía con tantos trabajadores de la CIA rondando por

ahí). Pegué unas caladas y, pasado un rato, me puse hasta arriba. Ya de regreso busqué la compañía de Nora para sentirme protegido. Se nos acercó un gordo borracho para contarnos algo que no comprendí. La morenita llorona platicaba con mi ex compañero de escuela y de vez en cuando me miraba con resquemor. No pude contener la risa. El gordo creyó que me reía de él, y dijo: “Porque eres el hijo de Martin, si no, te rompía la cara”, y se largó a dar el coñazo a otro lugar. Las palabras del gordo me cortaron el rollo. Decidí salir de nuevo con Nora para besarla y tocarle las tetas. Ella caminaba con dificultad por efecto del alcohol, diciendo tonterías, riéndose desvariada. Nos sentamos para ver las estrellas. Eran demasiadas para contarlas. Nos besamos. También lo hice en sus tetas. Sus pezones eran prominentes. Me pregunté cómo sabría su coño, si lo tendría limpio. Alargué mi mano por debajo de su falda, le bajé las bragas y, despacito, le introduje el dedo corazón. Lo tenía jugoso y suave. Era virgen. Le acaricié el clítoris con delicadeza. Gemía de placer. Le abrí las piernas para meterme dentro. Ella negó cerrando los muslos. En compensación comenzó a chupármela. No lo hacía muy bien pero me tumbé para ver las estrellas. Mi dedo corazón olía a puerto marítimo. Lo metí en mi boca y no sabía mal. Ella, de pronto, sintió una arcada y vomitó. Me levanté de un brinco. Nora, puesta de rodillas, escupía la bebida y la cena. Cuando terminó se quedó tumbada semiinconsciente. Durante aquel rato podría haberme aprovechado, pero nunca fui de esos hijos de puta que emborrachan a las chicas para cogérselas. Traté de limpiarme como pude. Le hablé un poco, le pregunté algo. Respondía con palabras ininteligibles. No tuve más remedio que esperar tres cuartos de hora para que se reanimara y poder retornar a la fiesta. Olíamos a vómito. La senté en un sofá y entré en el baño para lavarme.

El sexo es como la sal de la vida, aunque sea con este tipo de eventualidades, algo para ser recordado, momentos en que nos abandonamos a los sentidos, al inconsciente. No hay que avergonzarse por algo tan natural, no es un pecado como lo señalan algunas religiones, ya sea fuera o dentro del matrimonio y aunque se haga por puro placer. Ésa ha sido mi convicción después de ver tanto sufrimiento alrededor, por tal causa siempre busqué la felicidad a través de la libertad: el verdadero objetivo del ser humano o por lo menos el mío.

16.

En el año 1953 terminé la carrera inicial de Medicina, pero aún me quedaban dos años del postgrado en Psicología. Ahora me dedicaría al estudio de la mente, de sus mecanismos en los trastornos de la conducta, aunque en aquel tiempo no era mucho lo que se sabía, al respecto, de manera supuesta o equivocada. Por las mañanas asistía a las clases y por las tardes realizaba prácticas en una clínica psiquiátrica a las órdenes del doctor Francis Fletcher. Su procedimiento de elección para calmar a los locos, además de los barbitúricos, eran los electroshock: al que se portaba mal le ponían una camisa de fuerza y entre dos enfermeros musculosos lo llevaban a la sala de tortura, para atarle a una camilla, ponerle un tubo en la boca, dos grandes electrodos en las sienes y pasar descargas eléctricas por el cerebro. Los cuerpos se convulsionaban, arqueándose hacia arriba, y los ojos parecían querer escaparse de las órbitas; era un auténtico suplicio del que salían con la mirada perdida y la baba escurriéndoles por la barbilla. Francis Fletcher era un psiquiatra perteneciente a la escuela conductista, que premiaba a los enfermos con programas de televisión y los castigaba con electroshock. Era calvo, delgado y corto de estatura, caminaba mirando hacia el suelo a través de unas gafas redondas, y siempre ataviado con una bata blanca totalmente abotonada hasta el cuello; el tono de su voz era áspero y daba las órdenes como si fuera un militar. La clínica psiquiátrica, gracias a él, parecía un campo de exterminio de la mente humana. Otros castigos consistían en mantener a los enfermos atados a una cama o meterlos en habitaciones acolchonadas, para vigilarlos a través de un espejo simulado y estudiar, si acaso, sus comportamientos. La medicación, casi siempre, a base de sustancias hipnóticas que convertían a los enfermos en auténticos zombis. El doctor Fletcher, por lo general, no dudaba en practicar la lobotomía a los que fueran demasiado problemáticos y violentos, para dejarlos en estado vegetativo. Los métodos psicoanalíticos sólo se realizaban con enfermos de pago y en terapias de grupo, pero éstas no eran guiadas por el doctor Fletcher; aunque lo predominante eran paredes blancas, camas de metal, celdas de aislamiento, correas, inyecciones, barbitúricos, electroshocks, enfermeros y muchos locos sin posibilidad alguna de recuperar la cordura, o sea, otro infierno terrenal.

En aquella época los avances en psiquiatría eran muy limitados, pero un grupo muy reducido de especialistas experimentaban con psicofármacos como el Delysid, que no era nada más que la *dietilamida del ácido lisérgico* o LSD 25, una poderosa sustancia de

excursión psíquica derivada del cornezuelo, que fue sintetizada en 1938 por el químico Albert Hofmann, aunque no se supo de sus propiedades psicodélicas hasta 1943. Entonces fue utilizada a gran escala, a partir de 1949, por el ejército estadounidense en el proyecto secreto MK-ULTRA. Los laboratorios Sandoz, en Suiza, donde trabajaba Hofmann, fabricaban dicha sustancia que no fue prohibida en los Estados Unidos hasta el 6 de octubre de 1966. El descubrimiento de sus efectos fue totalmente casual, cuando los vapores inhalados en el proceso de sintetización le provocaron a Albert Hofmann sensaciones extrañas, y por ello, tres días después, decidió realizar un autoensayo. Tras administrarse una microdosis comenzó a no sentirse bien y le pidió a su asistente que le acompañara a casa. Se subió en una bicicleta y a duras penas, haciendo eses, logró llegar entre alucinaciones. El efecto era tan fuerte que le costaba mantenerse en pie. Sentado en un sofá todo se alteraba ante su vista, formas geométricas y colores al cerrar los ojos, y creyó los síntomas que precedían a la muerte. Después de terroríficos pensamientos logró calmarse y se dejó llevar por una extraña agitación, con visiones de colores que dieron paso a un estado introspectivo, de connotaciones místicas, que le arrojaba secretos sobre la existencia. A partir de esa experiencia pudo entrever el valor terapéutico del LSD para navegar por la mente, modificar el comportamiento y descubrir otras formas de percibir la realidad, porque Albert Hofmann, además de científico, era un humanista con preocupaciones filosóficas. Del LSD ya me había comentado Martin, pero por desgracia no figuraba en los protocolos médicos de la clínica donde realizaba mis prácticas, y un tanto frustrado me sentía por no estar a la vanguardia en las terapias psiquiátricas.

Los dos años del postgrado en Psicología pasaron entre las clases y la clínica, sumergido en lo que era mi vocación pero sin encontrar las respuestas necesarias a mis inquietudes, pues todos los estudios y prácticas se dirigían hacia terapias individuales y no a una generalidad del comportamiento social, como es la alienación bajo el influjo de las doctrinas, ya sean políticas o religiosas, con poder para provocar trastornos mentales que, desde una visión errada de la realidad, son capaces de motivar actos tan reprobables como el asesinato de los semejantes.

Tras concluir los estudios y recibir mi titulación, asistí el 19 de octubre de 1956 a una conferencia de Aldous Huxley, en la Academia de Ciencias de Nueva York, sobre el Soma y otras sustancias de excursión psíquica. Huxley era un intelectual inglés que fundaba sus teorías en base a las experiencias producidas por la mescalina, el LSD y otras sustancias capaces de modificar la percepción hacia estados superiores de conciencia, que aportaban, de alguna forma, respuestas a las diferentes incógnitas existenciales, como por ejemplo la esencia de la divinidad y el sentido de la vida, además del mero logro del placer y cierta reconciliación con los semejantes. Era la búsqueda del Paraíso a través del consumo de una droga, el famoso Soma de los arios, la bebida de la felicidad. Huxley conocía a Hofmann y ambos formaban parte de un exclusivo grupo que utilizaba dichas sustancias como ritual místico-esotérico, una élite conformada por millonarios, investigadores, artistas y personajes de la alta sociedad, que de manera casi secreta consumían LSD en reuniones privadas bajo pautas de preparación y respeto.

La conferencia me pareció muy interesante y escuché con atención cada palabra de ese hombre delgado, que, con acento inglés, de manera pausada y locuaz exponía sus ideas sentado en un sillón. Al final de la conferencia no dudé en acercarme, para conocerle en persona.

–Buenas noches –le dije–. Sus ideas me resultan muy novedosas.

Y extendí la mano para felicitarle...

–¡Oh! Qué bien... Me alegro mucho –respondió según la estrechaba.

–Me llamo Markus Linder, soy médico psiquiatra. Sus propuestas, por lo que parece, abren nuevas vías de investigación para comprender algo tan desconocido como la mente...

–¡Es usted psiquiatra! Me parece admirable, más si se interesa por estos procedimientos –me decía Huxley, abriendo los ojos con entusiasmo–. El doctor Humphry Osmond, un joven psiquiatra inglés que trabaja en el *Weyburn Mental Hospital*, de Canadá, experimenta con sustancias psicodélicas para comprender y tratar la esquizofrenia, y él fue, precisamente, quien me suministró unas píldoras de mescalina que abren las puertas hacia otra dimensión de la conciencia –y sonrió al decir esto.

Yo le miraba expectante, maravillado, deseando saber más sobre el asunto, y él pareció advertirlo porque, sin yo esperarlo, añadió:

–Pues, si tiene tiempo, acompáñenos a cenar... Le aseguro que no se aburrirá en compañía de mis amigos...

Le esperé en la puerta mientras él atendía a otras personas que se acercaban para saludarlo, y luego, acompañado de Laura Archer, su inseparable esposa, y de unos amigos, nos dirigimos hacia un restaurante en Broadway. Éramos seis los comensales, entre los que estaban el millonario Robert Gordon Wasson, su esposa Valentina y el fotógrafo Allan Richarson. Wasson era un micólogo aficionado que viajó a México, en compañía de su mujer y del propio Richarson, para probar los hongos psicoactivos y llegar a la conclusión de que formaban parte fundacional de antiguas religiones.

Me sentía complacido y algo nervioso en compañía de aquellas personas, que en definitiva eran los indiscutibles iniciadores de la Psicodelia (término psiquiátrico propuesto por Humphry Osmond) como tendencia cultural, específicamente Huxley que no cesaba de escribir y de dar conferencias sobre los estados alterados de la percepción, inaugurando nuevos horizontes para la ciencia y la cultura occidental.

–¿Y bien, señores? ¿Una sopa de hongos? –preguntó Huxley de manera jocosa.

Con tales comensales ya se hacía previsible la conversación, y Huxley me presentó:

–Este joven, Markus Linder, es psiquiatra por la Universidad de Harvard y está interesado en el tema que nos une...

–Eso es lo más juicioso para un psiquiatra: indagar desde un trastorno racionalizado el trastorno ajeno –apuntó Wasson.

–Efectivamente –intervino Huxley–. Según Osmond, con el consumo de la mescalina se puede liberar el material reprimido de la mente como apoyo en el proceso terapéutico, cuando el mismo especialista ha de experimentar y probar la sustancia psicodélica. ¿Cómo entender, si no, un trastorno mental sin haberlo experimentado? Osmond sostiene que los trastornos de la conducta deben tratarse de forma racional, como una percepción de la realidad distorsionada, y eso se puede lograr administrando mescalina, LSD o psilocibina a los pacientes.

–Entonces –dije yo–, eso supone provocar una neurosis o psicosis superpuesta para estudiar su reacción, un camino a explorar que no siempre nos llevará a solucionar el problema.

–Así es... Pero con los psicodélicos muchas veces esos caminos se convierten en atajos –indicó Huxley–, y con una sesión de mescalina o LSD se logran avances clínicos que no se consiguen con años de terapias tradicionales como el psicoanálisis.

–Y otras veces –continuó Wasson–, adquirir una mayor comprensión de la existencia disipa las dudas que conducen a determinados trastornos mentales, entendiéndolos como un proceso de incertidumbre por no asumir la realidad ordinaria tal como se presenta, y la experiencia visionaria te aporta cierta comprensión –añadió Wasson.

En mis dos años de estudios y prácticas en la clínica psiquiátrica nunca se habían propuesto teorías tan novedosas, y estar ahí, con los oídos atentos, sería determinante para que yo asumiera como método los postulados psicodélicos. Tenía que probar el LSD y la mescalina cuanto antes, empezar a buscar nuevas formas para desentrañar los secretos de la mente.

–La finalidad de la vida debería ser la consecución de la felicidad –prosiguió Huxley–, y esto se podrá lograr, en el futuro, con una droga sin efectos secundarios indeseables que te “conecte” a lo divino, y esa droga ya casi está descubierta: la mescalina, el LSD y la psilocibina son el punto de partida para alcanzar el mundo feliz que el humano debe ambicionar.

–En el *Rig-veda* –intervino Wasson–, hay una variedad de himnos sagrados dedicados al Soma, el sacramento por medio del cual el ser humano encuentra lo divino, la bebida que otorga la inmortalidad, refiriéndose, claro está, a la inmortalidad del espíritu, y así lo indica un himno que dice: “Hemos bebido Soma y nos hemos vuelto inmortales; hemos alcanzado la luz y descubiertos a los dioses. Ahora qué puede hacer la malicia de nuestros enemigos para hacernos daño.”

–Sí, ya me queda claro que ciertas dudas se disipan cuando se conoce la dimensión divina de la existencia –dije, al percibir el sentido de sus palabras.

–Es la tranquilidad –apuntó Wasson– que otorga conocer la energía que palpita en el Universo –concluyó.

–Por lo que parece –continuó Huxley–, para obtener la felicidad es necesario apaciguar las dudas de orden existencial, y algunas sustancias psicodélicas nos abren las puertas hacia un plano superior de conciencia, dar el salto a esa dimensión para saber de sus secretos, algo muy difícil de explicar con simples palabras, cuando la religión, en el futuro,

se convertirá en un misticismo cotidiano subyacente en la racionalidad, y todo ello gracias a sustancias que estimulan las facultades de percepción –concluyó.

Eran personas doctas hablando de lo divino, que enfrentaban el tema desde una perspectiva arcaica, tan arcaica como los himnos vedas, tradición no muy extendida en occidente por el predominio del cristianismo, una sabiduría perdida ahora recuperada: la conexión mística del hombre con la naturaleza.

Una vez con los alimentos sobre la mesa, Huxley levantó su copa y dijo:

–Por Al Hubbard, el primer apóstol del LSD... –bebió un poco de vino y continuó ya expresándose de manera normal–: Su misión es dar a conocer el LSD entre personas que promuevan una espiral virtuosa en la transformación de nuestra sociedad, para que cada cual comprenda, en realidad, lo que es...

Y la velada continuó con la profundidad de los pensamientos de Huxley, verdadero promotor de esa dimensión enriquecedora que asoma cuando las puertas de la percepción se abren de par en par, porque, como dijo William Blake: “Si las puertas de la percepción se depurasen, todo aparecería ante los hombres como es: infinito. Pues el hombre se ha encerrado en sí mismo hasta ver todas las cosas a través de las estrechas rendijas de su caverna.”

Gordon Wasson, en junio 1957, publicaría en la revista *Life* el artículo *En busca del hongo mágico*, donde narra el ritual místico de la chamana mazateca María Sabina, además de proponer el consumo de los hongos visionarios como el origen de arcaicas religiones. Ese artículo dio paso a la etnobotánica y al interés por las experiencias psicodélicas entre algunos jóvenes, especialmente beatniks y futuros hippies, que supuso el pistoletazo de salida para la conformación paulatina de la Revolución Psicodélica.

18.

Tras finalizar mis estudios tuve seis meses de vacaciones, tiempo sabático para viajar a México en busca de los hongos sagrados. Gordon Wasson me facilitó la información para ir al pueblo de Oaxaca donde residía María Sabina. Salí de inmediato, pues ya era final de la época de lluvias en el suroeste mexicano, y tomé un avión con destino a la ciudad de México. Llegar a ese país me impactó por lo peculiar de su cultura y por la gran densidad

de población indígena. En el año 1956 la populosa capital mexicana se presentaba con visos de subdesarrollo y mucha pobreza, mendigos por las esquinas, barriadas con casas de adobe, niños descalzos, suciedad por muchos lugares; un mundo totalmente extraño para mí y con un idioma desconocido. Quedé con Felipe Sánchez, un guía recomendado por Wasson que me acompañaría hasta Huautla de Jiménez. Nos hospedamos en el hotel Majestic, que hace esquina en una explanada presidida por la Catedral y el Palacio Nacional, en el mismo centro de la ciudad. Al día siguiente, temprano, partiríamos en autobús hacia el Estado de Oaxaca.

El México rural aún era más impresionante, sentía como si hubiera retrocedido en el tiempo al ver a la gente vestida de blanco, con sombreros de paja y los pies descalzos, que caminaban a un lado de la carretera o araban con burros; casas de adobe, mujeres cubiertas con rebozo y niños que ni siquiera asistirían a escuela alguna; personas humildes con la mirada serena, tímidas pero a la vez respetuosas. Así era el panorama que se observaba a través del cristal del autobús, donde también se permitían subir animales y sacos con productos de la tierra.

Para llegar a Huautla de Jiménez tuvimos que hacer el trayecto en mula, por un camino serpenteante trazado en las laderas de la Sierra Madre. El pueblo se situaba en lo alto de una montaña, lugar tan recóndito donde la mayoría de sus moradores no hablaba español y se expresaban en la lengua mazateca. Nos recibieron en la posada de Rosaura García y, enseguida, fuimos al Ayuntamiento para buscar a un síndico llamado Filemón, que nos haría de intérprete y llevaría a la choza de la curandera. Por las calles, al ser yo tan rubio, me observaban como si fuera un extraterrestre, algo recíproco pues sentía estar en otro planeta. En una zona alta y más alejada vivía María Sabina, una indígena de piel morena, bajita y delgada, de unos sesenta años, vestida con huipil y rebozo. Le preguntamos si podía hacernos la ceremonia de los hongos sagrados y aceptó con una sonrisa. Nos pusimos de acuerdo para la noche siguiente y regresamos a la posada. Por la mañana el almuerzo fue copioso, pues había que guardar el necesario ayuno en espera de iniciar el ritual.

En una especie de medio sótano, en la casa de adobe con techo de palma de Filemón, nos congregamos unas cuantas personas junto a María Sabina. Salvo Filemón, su esposa y Felipe, nadie más hablaba español. Me sabía extraño ante una cultura ancestral. María

Sabina, en un improvisado altar de iconografía católica, ahumó los hongos con copal. Estábamos a la luz de las veladoras. La chamana, que cantaba en voz baja, era asistida por su hija María Apolonia. Bebimos un poco de cacao y luego me entregó doce hongos dentro de un tazón, que me los comí, de dos en dos, en no más de diez minutos. Sabían bastante mal. Después, cuando todos habíamos terminado nuestra ración, María Sabina apagó las velas con una flor que decoraba el altar. Transcurrida media hora, tumbado en una esterilla, una serie de formas geométricas de vivos colores inundaron mi mente, pues las veía con los ojos abiertos o cerrados. María Sabina cantaba, y los que sabían mazateco en algún momento la seguían. Las formas de colores se modulaban al compás de los cánticos, para dar paso a una serie de visiones con imágenes identificables. Estaba sumido en alucinaciones pero sin perder el pensamiento racional, asombrado con las imágenes de mi subconsciente, dejándome llevar. Y apareció, de pronto, aquella chiquilla judía, mi primer amor, pero esta vez en vivos colores, luminosa, sin la bruma grisácea de como siempre la recordaba. Extendía los brazos. Me arrojé en ellos. Nos fundimos en un solo ser. Ella circulaba como sangre por mis venas. La amaba de verdad, era mi diosa, imposible destino. Ahora estábamos bajo un cielo salpicado de nubes luminiscentes, con reflejos plateados. “¿Cómo te llamas?”, le pregunté. Y ella contestó: “Mi nombre se borró.” Y en un abrir y cerrar de ojos desapareció. Me sentí desconcertado y tuve mucho miedo: me moría por envenenamiento. Sentí cómo las lágrimas recorrían mi rostro, no podía detener el llanto, enfrentaría el final de mi existencia para saber, por fin, si hay algo después de la muerte... Y surgió una conciencia sobre mi conciencia analizando otra conciencia ilimitada que contenía el presente, pasado y futuro, un plano espiritual inabarcable, la esencia de lo divino. Nunca supe el nombre de la chica judía, pero ahora yo estaba en los brazos de Dios pues en aquella dimensión percibí la energía consciente que lo abarca todo. Había muerto y renacido en un nivel más humano, posthumano, para encontrar la pureza de mi ser, su fuerza interior, aquello que mueve y da la vida, ver mi propia alma reflejada en un sinfín de imágenes multicolores.

Ya casi con la luz del alba menguaron los poderosos efectos de los hongos y me quedé dormido por espacio de cuatro horas. Al despertar recordé muchos detalles, algo para guardar por siempre como muestra sublime. La chamana y su hija habían desaparecido, y

allí, a mi lado, estaba tendido sobre la estera Felipe Sánchez con los ojos cerrados. Abrí la puerta y lleno de felicidad recibí la claridad del día.

Nos despedimos de Filemón y regresamos a la posada, donde Felipe continuó durmiendo mientras yo salía a desayunar. El comedor era pequeño. Tuve que sentarme en la mesa ocupada por un joven estadounidense, barbudo, con el pelo largo y desgreñado, en una versión precedente de la estética hippie.

–¿Qué tal con los hongos? –preguntó.

–Muy bien... Una experiencia inigualable, alucinante...

–De eso se trata, de alucinar y de mucho más, aunque algunas veces pueda resultar terrible –dijo.

–Yo lo pasé mal un rato, fue como morir, con el miedo que conlleva, pero después con un glorioso renacer –agregué.

–¿De dónde eres? –preguntó, quizá, al notar un acento extraño en mi pronunciación.

–Soy originario de Alemania, pero emigré a Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial.

–Entonces, seguramente podremos comunicarnos en alemán, pues yo soy desertor de la locura menonita –apuntó.

–¡Menonita! –exclamé–. Eso suena muy feo...

–Sí, algo así como una enfermedad mental –dijo.

–A esa conclusión llegué tras experimentar el nazismo y comprobar que ciertas ideologías y religiones pueden provocar psicopatías colectivas, algo así como una esquizofrenia generalizada –le expliqué.

–Eso ya lo tengo muy claro –respondió.

–Y, ¿cómo te llamas? –pregunté.

–Bastian.

–Yo, Markus.

Y estrechamos nuestras manos sobre la mesa. Ordené el desayuno con la ayuda de Bastian, que hablaba un poco de español, y al rato trajeron un par de huevos fritos con arroz, frijoles y tortillas de maíz. Indistintamente, a veces hablábamos en inglés o en alemán (arcaico el suyo y no muy fácil de entender). Me contó que a los diecinueve años decidió irse de su casa, y por ende de su comunidad, tras enamorarse de una chica no

menonita con otro tipo de vida más seductor. Se puso a trabajar, estudió algo más que aprender de memoria una Biblia escrita en alemán y se adaptó, poco a poco, a la cultura predominante. Debido a sus preocupaciones existenciales, trató de buscar nuevos caminos para tener respuestas ante una idea de Dios que nunca le supieron explicar, fumó marihuana, leyó algunos textos sobre Budismo y, en compañía de un amigo mexicano, viajó a un pueblito de San Luis Potosí para comer peyote. Desde entonces su percepción de la realidad cambió de manera radical, y cuando ahorrraba un poco de dinero regresaba a México para renovar su culto, y así, también, es como llegó a Huautla de Jiménez para probar los hongos sagrados. Por mi parte, para no provocar susceptibilidades, hacía tiempo que no le comentaba a nadie sobre mi pasado en las Juventudes Hitlerianas, ni de mi estancia en Auschwitz II como ayudante del doctor Mengele, y ése fue mi proceder con Bastian, pues sentía vergüenza de esa parte de mi vida y de la ideología de mis progenitores, sabiéndome más identificado, por supuesto, con la mirada de mi primer amor.

Al medio día, cuando Felipe Sánchez despertó, le dije que ya no necesitaba de sus servicios y le pagué lo acordado, pues quedé con Bastian en viajar a Estación 14 para probar el peyote. Me tomé el día de descanso, acompañado de mi nuevo amigo, y al siguiente volvimos a comer los hongos por nuestra cuenta. La experiencia fue sin la parte terrorífica de la primera vez, con un viaje más llevadero y soluciones de introspección similares, mientras que todo se deformaba en un torrente de imágenes, de colores luminosos, pues estaba a plena luz del día, rodeado de la maravillosa naturaleza que, de pronto, se fragmentaba como un puzzle. Tuve miedo de efectos tan poderosos, pero sin afrontar la muerte psicológica de mi antiguo “yo”. Después, durante tres días, estuve analizando mi comportamiento y forma de pensar para comprobar si me había quedado loco, o sea, colgado en el viaje, pero continuaba siendo yo dentro de un nuevo ser multidimensional. Bastian resultó ser un excelente compañero de *trip*, que la mayoría de las veces me hablaba de cosas interesantes y al rato me dejaba solo tras perderse en la profundidad de la naturaleza. Las palabras de Huxley, y las de cualquiera, se quedaban cortas para explicar lo que sucede cuando estás adentro de la experiencia visionaria, un auténtico renacer de la mente al traspasar las puertas de la percepción, tal como lo dijo William Blake.

19.

Nos quedamos un día más en Huautla de Jiménez para comprar una buena provisión de hongos, que sequé al sol, y al amanecer salimos hacia México D.F. donde tomaríamos la dirección al desierto de San Luis Potosí, concretamente a Estación 14. Ya en la capital nos alojamos en el hotel Majestic, para, por la mañana muy temprano, subir al tren que hacía ruta entre México D.F. y la ciudad de Saltillo. Sentado en el vagón, en compañía de Bastian, el paisaje cambiaba según ascendíamos hacia el norte, tornándose más seco, plagado de yucas y cactáceas. Los pasillos del tren eran recorridos por una variedad mujeres humildes, que subían en una estación y bajaban en la siguiente, ofreciendo de forma cantada sus productos: cobijas, sombreros, tacos de guisado (papas, nopales, puerco, picadillo, pollo, etcétera), quesadillas, tamales, chicles y dulces... Un mundo pintoresco cualquier rincón de este país, tan distinto y particular en su cultura, de un tiempo siempre pasado y nunca presente, con un halo mágico de imágenes, olores y sonidos, que lo impregna todo.

Ya entrada la noche llegamos a Estación 14. Junto a las vías del tren esperaban pocas personas. Una señora de unos cincuenta años, conocida como Mama Saba, nos ofreció hospedaje. Tenía varias habitaciones provistas con lo básico: una sola bombilla colgando de techo, un par de colchones sin sábanas y el suelo de tierra. Pagamos dos noches por adelantado y, tras dejar los macutos, salimos a pasear. Las estrellas lucían intensas, majestuosas, y mirar al cielo era un espectáculo. El pueblito lo formaba un puñado de casas de adobe, construidas en torno a las vías del ferrocarril, sobre la tierra polvorienta, de un estilo similar a aquéllas donde los forajidos escapaban, al sur del Río Bravo, en las películas del *Far West*. Los hombres usaban sombreros de paja y las mujeres el correspondiente rebozo sobre la cabeza; ladridos en la noche, burros amarrados en las empalizadas y cultivos de nopales en los patios. Habíamos cambiado el verdor de Huautla de Jiménez por la tierra árida de un chaparral de matojos de gobernadora (planta predominante en el lugar, además de las yucas y cactáceas).

Despertamos cuando el sol apenas surgía por el horizonte, con el canto de los gallos y el balido de las cabras. Después de tomar una ducha, utilizando una escudilla y un cubo de agua, desayunamos huevos con arroz, frijoles y tortillas de maíz, en un comedorcito

construido con tabloncillos junto de la vía, y a eso de las 8 nos subimos en marcha entre dos vagones del tren, que circulaba a muy poca velocidad, para saltar en Estación Wadley, la número 13, un pueblito similar a Estación 14 pero todavía más pequeño. Hacia el poniente se extendía el desierto y al lado contrario el Cerro Quemado, pues parecía como si una inmensa lengua de fuego lo hubiera abrasado. Compramos un frasco de mermelada, unos bolillos de pan, y así, con las cantimploras llenas de agua y el sol a nuestras espaldas, tomamos un camino de tierra blanca que se pierde en el horizonte. Era la tercera vez que Bastian visitaba el lugar nombrado como Wirikuta por el pueblo wixárika, donde a la sombra de la gobernadora nacen los botones de un cactus, redondo, chato y sin espinas, que se conoce como peyote o híkuri (sacramento de la religión de los indígenas wixáricas), cuyo principio activo es la mescalina. Había que caminar aproximadamente cuatro horas para encontrarlo, cuando sobre el paraje aparecieran las yucas y otros cactus más grandes. Decía Bastian que al peyote primero hay que llamarlo con el pensamiento y entonces aparece, para luego, antes de cortarlo, hacer la debida invocación a la naturaleza y dejar alguna ofrenda: un ritual para consumir el peyote con el debido respeto. No íbamos en su busca para drogarnos, no es la finalidad, estábamos ahí, como decía Bastian, para mirar a los ojos del Supremo, pues de otro modo habría que soportar una maldición por profanar lo que la naturaleza nos dejó para conocer su esencia divina.

Al comienzo de una leve subida, las yucas parecían recibirnos como personas del desierto. Nos internamos por la vegetación a la izquierda del camino. Mentalmente llamábamos al híkuri, con la mirada bajo los tallos de las gobernadoras. Bastian no tardó en encontrarlos, pues yo no los conocía.

–¡Mira! ¡Éstos son! –dijo, con una sonrisa.

El peyote está formado de gajos y cada uno de éstos tiene un punto de pelitos claros. Nos arrodillamos con respeto. Bastian le dio las gracias a la Madre Naturaleza y luego regó el peyote con un poco de agua.

–No es bueno cortar el primero... Cortaré ése...

Y con el dedo índice escarbó alrededor de un peyote de tamaño grande, que con una navaja cortó por su base. Me pasó la navaja e hice lo propio con otro peyote con multitud de gajos. Les quitamos la corteza marrón de la parte inferior, los puntitos peludos y, después de lavarlos, los masticamos con un poco de mermelada. Eran extremadamente

amargos y me daban náuseas al pasarlo por la garganta, de ahí la utilización de algo dulce para atenuar su sabor. Los más oscuros, según Bastian, eran mejores, y al secarse, al igual que los hongos, incrementaban su poder.

Yo sentía gran felicidad en medio de aquella tierra maravillosa, esperando a despegar. Pasada una hora, mientras caminábamos entre cactus y matojos de gobernadora, comencé a sentirme diferente, nada especial ni visiones de ningún tipo, sólo más energizado. Entonces, decidimos cortar un par de peyotes para no quedarnos cortos. A la media hora mi organismo estaba regado por la mescalina... Como el sol pegaba con intensidad, me tumbé a la estrecha sombra de una yuca. En el cielo percibía algo parecido a espermatozoides pululando ante mis ojos, donde al cerrarlos surgían nebulosas fluctuantes entre rojo y naranja. Pequeños cúmulos de nubes, en lo alto, mutaban en un solo segundo y la materia parecía respirar con un milimétrico movimiento de expansión-contracción. Al cerrar los párpados, si la luz me daba de frente, las formas abstractas eran amarillas, naranjas y rojas; y, si giraba hacia la sombra, violetas, amarillas y verdes. Me puse en pie y la naturaleza se presentaba poderosa, como si dijese que estaba tan viva como yo, que compartíamos la misma esencia. Ya me preguntó Bastian al inicio de la caminata: “¿Cuál es la diferencia entre un cuerpo vivo y uno muerto, si los dos son cuerpos?” Y él mismo respondió: “Pues que el cuerpo vivo tiene una energía que lo mueve y esa energía es el alma. Cuando comas peyote verás que la naturaleza también lo tiene, es la energía que impregna el Universo, eso que se conoce como Brahma, el Alma Universal, o sea, Dios.” Así de sencilla fue su explicación, como eso de que “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza”, refiriéndose, por supuesto, no a la carcasa material; algo corroborado cuando Jesús el Nazareno señalaba: “El reino de mi padre no es de este mundo”, pues se refería a que es de carácter espiritual. Ahora yo estaba maravillado siendo Uno con la naturaleza, bañado por su luz, compartiéndola, y me decía llorando de felicidad: “¡Cómo no me di cuenta antes! Aquí está Dios y yo también lo llevo dentro. Ése es el mensaje, la lección de los verdaderos profetas.”

Bastian me dejó solo, para así disfrutar por separado de la experiencia, y quedamos al anochecer en Wadley que ya se adivinaba como una mancha en la distancia. El Cerro Quemado ahora lo veía de color violeta y yo estaba dentro de una inmensa esfera, con el cielo adaptado a dicha dimensión, el horizonte circular y mis pies como raíces en la tierra. Abrí los brazos. Todo era luminoso. La brisa me transportaba hacia un orgasmo cósmico.

El sol en el horizonte, un punto de referencia al fondo la esfera, estaba surcado por nubes de tonalidades rosadas y grisáceas que mutaban con movimientos ondulatorios. El sendero blanco brillaba como si fuera de plata. Las grietas de la tierra serpenteaban bajo los pies. Ya de regreso a Wadley, volvía la mirada a cada instante para contemplar el festival ondulatorio en torno al sol. La naturaleza entera me hablaba, y yo, sumido en un orgasmo placentero, lloré de alegría diciendo: “Esto no es posible, esto no es posible...” Tras las puertas de la percepción todo brilla con su propia luz, el eterno origen de la existencia; se modifica el yo en otro yo con una sensibilidad más desarrollada, que te permite ver más allá de la realidad ordinaria. Los colores adquieren nuevas tonalidades, la mente se desdobra: ahora importa la esencia del ser, un universo nuevo pero a la vez más antiguo, la presencia ilimitada del tiempo y su significado.

Durante mi grandioso regreso a Wadley pude ver, en bajorrelieve, las huellas de Bastian. Llegué de noche cuando las estrellas se escurrían en el cielo como lágrimas de leche. Cenamos en casa de don Carlos, un lugareño con sombrero tejano, de piel clara y ojos azules. Su mujer, siempre sonriente, hizo carne a la plancha acompañada de arroz y frijoles. Bastian, con su español agringado, habló con don Carlos de los lugares cercanos para visitar, como Real de Catorce, un antiguo pueblo minero a la vista en medio de un cerro. Luego, después de cenar, nos subimos a un tren en marcha y saltamos en Estación 14.

Sólo dormimos cinco o seis horas, pero, a pesar de la caminata de todo el día bajo el sol, nos levantamos sin aparente cansancio. Por la mañana fuimos a caballo hasta Real de Catorce. El pueblo, construido con piedras de cantera, estaba medio abandonado. Paseamos por el lugar y, después de comer, bajamos de nuevo hacia Estación 14.

Decidimos quedarnos un día más, para disfrutar de la experiencia durante la noche y más tarde viajar juntos a México D.F. A mi provisión de hongos sumé otra de peyotes, pero no con intención depredadora sino para uso psiquiátrico. Tener la mente equilibrada se hacía necesario para que el “yo” comprendiera al “ser” en relación con la totalidad, para regular la mente en dicho sentido y estar en armonía con las fuerzas positivas del Universo. Así se acabarán las problemáticas humanas, su violencia congénita, para transformar al *Homo sapiens* en *Homo concientis*.

20.

Una vez en México D.F. tomamos dos habitaciones en el Majestic. Ya de noche salimos a pasear por las inmediaciones, hacia Plaza Garibaldi. Allí varios grupos de mariachis, vestidos con su indumentaria típica de chaquetilla, pantalón con ribetes y sombrero charro, esperaban encontrar clientes para alguna serenata. Entramos a una taberna. Todos voltearon para vernos. Sonaba música de corridos mexicanos. Algunos cantaban con verdadero sentimiento bajo los efectos de la borrachera. Un par de putas no perdieron la ocasión para acercarse. Dinerito fresco de dos turistas “güeros”. Eran morenas, típicas mexicanas de sangre indígena. Ellas eligieron con la mirada. La mía era bonita, delgada, de ojos grandes y oscuros, con los párpados un poco caídos, la boca sensual y buenas piernas. Parecía una diosa azteca.

–Me llamo Esperanza –dijo, mientras ponía su mano por detrás de mi cuello.

Sentí crecer mi pene con ella tan cerca, toda una conquista por un módico precio. Nos besamos. El trato estaba cerrado. Después de tomar unos tequilas, caminamos hacia el hotel cada cual con la suya. La ciudad de noche se percibía como un sueño, con los personajes del inframundo merodeando por las sombras, el olor del comal con tortillas de maíz, la carne de cerdo, la cebolla y el cilantro. Por el camino paramos en un puesto de tacos. No podía hablar mucho con Esperanza, a pesar de haber aprendido algunas frases en español, y ella preguntaba, con su extraña cadencia, cosas que yo no entendía, aunque Bastian ocasionalmente lo intentaba como traductor. De cualquier modo las miradas bastaban, sus ojos negros e intensos, su cuerpo delgado junto al mío, su lengua resbalosa en mi boca. Con leves caricias noté sus muslos torneados y firmes.

En la habitación, a la luz eléctrica para no perder detalle, comenzamos a quitarnos la ropa entre besos y caricias. Su piel oscura, su delgadez, me excitaban de manera insólita. Me llamaron la atención los pinchazos en sus brazos. Debía ser *yonki*, o sea, adicta a la morfina. No tenía los pechos muy grandes, pero los pezones eran oscuros con brillos de nácar. No dudé en llevarlos a mi boca. Estábamos de pie, al lado de la cama, y nos tumbamos. Sus piernas lucían muy bonitas, de muslos largos y pantorrillas perfectas. Se dejó gustosa quitar la ropa. El coño lo tenía del mismo color que los pezones, abriéndose entre la carne rosada, rodeado de pelo negro azabache. No decidí bajar mi boca para

degustar tal manjar, pues no sabía cuántos la habrían metido en tal madriguera, pero sí le introduje el dedo corazón como es debido para palparla por dentro. Estaba jugosa, como clara de huevo. No tardé en meterme con el debido preservativo por si las moscas. Entreabría la boca y a veces se mordía el labio inferior, exhalando el aliento acompasadamente hacia mi cara. Agarraba bien la cadencia y mi pene entraba con acometidas de largo recorrido. Así, por lo visto, le gustaba. Hasta entonces sólo me había acostado con un par de putas, pero Esperanza parecía disfrutar gimiendo, con las manos agarradas a mis glúteos como pidiendo más. Luego, puesta encima, se movía con maestría, meneando el culo con un toque de cintura para girar la vagina como una batidora. Lo hicimos un par de veces y luego dijo que se iba. Le ofrecí más dinero para toda la noche. Me explicó que no podía, que necesitaba una dosis de morfina para no ponerse enferma.

Para continuar a su lado decidí acompañarla a casa de un amigo, un norteamericano que solía pagar ocasionalmente su vicio. Me sentía erotizado por tan exótica belleza. Agarramos un taxi y al rato tocábamos en la puerta de una casa. Nos abrió un tipo de más de cincuenta años, flaco, un tanto desgarrado y con el pelo lacio, que se presentó diciendo: “Hola, soy Bill Garver.” Ya adentro, en el salón, sacaron unas jeringuillas para inyectarse unas ampolletas de morfina.

21.

Una vez terminado el tiempo vacacional encontré trabajo en el área psiquiátrica del Hospital General de Boston. Ya corría el año 1957 y empecé a experimentar con los hongos y peyotes traídos de México, que una vez secos aumentaron su potencia, y luego, por mediación de Huxley, contacté con el doctor Humphry Osmond para conseguir el Delysid que elaboraban los laboratorios Sandoz. Conocer a Huxley y a Wasson fue determinante para sumergirme en la vanguardia psiquiátrica, cuando muy pocos especialistas utilizaban las sustancias psicodélicas, pues el THC (*tetrahydrocannabinol*), principio activo de la marihuana, la mescalina, el LSD y la psilocibina, tienen la propiedad de transformar la conciencia para acceder al subconsciente, y así, como terapeuta, trabajaría desde adentro para evaluar de manera más eficaz a los pacientes. En esa tarea comprobé que las dosis elevadas eran adversas en la mayoría de los casos y podían desencadenar esquizofrenias,

estados paranoicos, histerias y depresiones, agravando la sintomatología; mientras que con dosis bajas o medianas los involucrados podían mejorar y el especialista tener un mejor acceso al material reprimido de la mente, aunque casi siempre afloraba, como ya comenté, la tipología del malestar y el origen del mismo. Las personas sometidas a la terapia experimental, lo hacían de manera libre y con previa información sobre los efectos y sus posibles consecuencias.

En aquellos días yo tenía veintisiete años, la URSS lanzaba el Sputnik I y así daba comienzo la Carrera Espacial. El mundo estaba dividido en dos bloques ideológicos, con visiones diferentes de la realidad, y las operaciones de la CIA abarcaban cualquier amenaza tanto en el interior como al exterior del país. Entonces fue cuando, por mediación de Martin, me contactaron durante una visita que hice a Langley. Él fue el encargado de presentarme con el doctor Sidney Gottlieb, director del proyecto MK-ULTRA. Con anterioridad, Martin me explicó que yo estaba en deuda con el gobierno, que me habían dado una nueva vida, una identidad, los estudios y la estadía en Harvard, y ahora yo debía ser consecuente.

Entré en el despacho de Sidney Gottlieb, un tipo de pelo cano y entradas, con cara de hijo de puta.

–Entonces tú eres Markus, el hijo de Martin...

–Sí, así es –respondí.

–Tu padre es una persona afable, disciplinada, un buen patriota y estamos orgullosos de él. Ha demostrado, en todo momento, su compromiso con esta gran nación, los Estados Unidos de América, y eso, también, lo esperamos de ti –decía mientras evaluaba, supongo, mi apariencia y cualquier cambio de actitud–. Has estudiado psiquiatría, por esa razón debes servir a tu país en un proyecto secreto, algo beneficioso para ampliar tu formación como psiquiatra y así debes valorarlo, pero, ante todo, este servicio ha de realizarse con total reserva, sin cometer errores ni fugas de información, hay que trabajar con mucho cuidado, calculando cada paso; además, te pagaremos por ello. ¿Estás dispuesto?

–Sí –respondí.

–Muy bien –prosiguió–. Entonces, te trasladarás lo antes posible a tu nuevo destino, el Hospital de Veteranos en Menlo Park, cerca de la Universidad de Stanford, en California. Te gustará vivir ahí... Ahora trabajas para la CIA, eres uno de los nuestros y ya sabes lo

que eso representa: total confidencialidad. Acuérdate siempre de tu padre, de Martin, al que no debes decepcionar, pues por encima de todo está nuestra nación, los Estados Unidos de América... Muy bien, Markus, confiamos en ti.

Martin terminó de redondear mi mentalización, con los consejos para iniciar mi nuevo rol como agente de la CIA en el proyecto MK-ULTRA, porque luego, con el paso del tiempo, mis tareas cambiarían para ir más allá de la psiquiatría experimental. Así estaban las cosas... En principio no me pareció mal, quizá un poco de inquietud por ver qué me deparaba el destino, con el cambio de domicilio hacia la dorada California.

Ya en Menlo Park me presenté con mi nuevo jefe, el doctor Peter Trash, que rápido me indicó la tarea: suministrar LSD, mescalina, psilocibina y otras sustancias, en dosis variables, bajo dinámicas establecidas y con patrones distantes de los protocolos psiquiátricos hasta el momento utilizados, para estudiar sus efectos en soldados y voluntarios. A partir de la información obtenida, se evaluaba la eficacia de estas drogas para fines determinados como controlar la mente, alterar la personalidad, inducir a cometer actos contrarios a la voluntad y cosas por el estilo, además de la mera observación en los cambios de la conducta. Ahora, por lo menos, tenía a mi disposición una amplia gama de productos para experimentar con la anuencia del gobierno. A algunos, con dosis altas, les brotaban procesos esquizofrénicos, obsesivos y paranoicos, modificando su personalidad por completo hasta provocar casos de suicidio, pero yo debía seguir las instrucciones de mis superiores, en especial las de Peter Trash: “No te preocupes, son militares voluntarios y personas remuneradas para someterse a las sesiones.” Y así yo lavaba mi culpa a la par que proseguía con mi aprendizaje. El LSD y otras sustancias psicoactivas no son dañinas por fuerza, sino todo lo contrario como ya comenté, pues bajo sus efectos se llega a expandir la conciencia y acceder a distintas realidades que te amplían la visión del mundo, eso es “la experiencia”, pero siempre con la debida precaución para no quedarte colgado en el viaje (con un poco de *diazepam* se bajaban los efectos). Así era como yo lo percibía, pero tuve alguna controversia con mis superiores por dicho aserto, pues no admitían como “superiores” las alteraciones de la percepción.

Cierto día apareció como voluntario un joven corpulento, rubio con el pelo rizado, que en pocos años se convertiría en uno de los iniciadores de la Revolución Psicodélica. Ken Kesey es el más claro ejemplo para comprobar que las sustancias psicodélicas no sirvieron

al Ejército y a la CIA como instrumento de guerra, aunque sí para manipular a la juventud estadounidense con oscuros propósitos. A partir del consumo extendido del LSD, nacería el movimiento social contestatario que sacudiría los cimientos del conservadurismo estadounidense. Buscaban drogas para hacer la guerra y esas mismas drogas servirían para lo contrario, para proclamar el amor y la paz. Gracias al gobierno, a sus experimentos, a su dinero y al proyecto MK-ULTRA, Ken Kesey, que se dio a conocer con una novela titulada *Alguien voló sobre el nido del cuco*, más tarde asumiría con entusiasmo su rol como gurú y precursor del Movimiento Hippie.

Rápido entablé amistad con Kesey, que gracias a mi recomendación comenzó a trabajar en el hospital como ayudante en el turno de noche, labor que le serviría para la posterior redacción de su novela. Le conté, por supuesto, de mi viaje a México, de aquella cena con Huxley y de muchas cuestiones relacionadas, algo que nos unía en un mismo sentido, y así, con el Delisid a nuestro alcance, los horizontes en la expansión de la conciencia eran casi infinitos, ya fuera por los pasillos y salas del hospital, o en plena naturaleza durante los fines de semana cuando juntos nos alejábamos de la ciudad. Kesey expresaba sus ideas con elocuencia, con ese carisma que le valdría para ser el centro de atención de un grupo que, bajo su tutela, se lanzaría por las carreteras de los Estados Unidos en un autobús escolar pintado de colores, para consumir LSD y rodar una película sobre la experiencia. Más tarde, por los alrededores de San Francisco, organizaría fiestas para ofrecer LSD a miles de personas como una especie de licenciatura del ácido.

Fue Kesey quien me regaló *En el camino*, una novela de Jack Kerouac (aquél con cara de italiano del Año Nuevo en Nueva York) que pronto se convirtió en un éxito de ventas entre la juventud estadounidense. Ese libro, ícono de la Generación Beat, sería ejemplo y precedente de la emigración hacia la ciudad de San Francisco, en California, que tanto significó para el Movimiento Hippie y la posterior mitificación de la Ruta 66 que discurría desde Chicago hasta los Ángeles. En esa novela los protagonistas principales son Neal Cassady y Jack Kerouac, pero también aparecen Allen Ginsberg y William S. Burroughs (todos con su respectivo seudónimo), en una historia donde se aprecia el desencanto hacia los valores tradicionales del conservadurismo, con el agregado de música, sexo y drogas como ingredientes alternativos.

22.

Poco a poco iban encajando las piezas para la conformación de la Revolución Psicodélica, donde en un principio Albert Hofmann, Humphry Osmond, Aldoux Huxley, Robert Gordon Wasson y una serie de personajes de la élite social en occidente, apreciaban el consumo del LSD, más allá de su utilidad psiquiátrica, como un asunto de misticismo e introspección, limitando su uso a grupos reducidos. Pero Huxley, en sus conferencias y escritos, era demasiado protagonista para adaptarse y paulatinamente cambió de opinión, pues todos los humanos, según él, tenían derecho a experimentar otras realidades, aunque fuera de manera guiada, para expandir su conciencia con la misma finalidad de aquellos iniciados, y Huxley, bajo tal premisa, ya hablaba de una revolución: había que cambiar el mundo por medio de la experiencia psicodélica. Al Hubbar, desde el inicio, empezó a difundir el consumo del LSD entre personas influyentes con el objetivo de promover un cambio social, pero a la par una contracultura se iba gestando y en ese sentido la aparición en escena de Timothy Leary sería determinante.

Timothy Leary era un reconocido psicólogo que se doctoró en la Universidad de Berkeley, California, donde fue profesor entre los años 1950 y 1955, para luego desempeñarse como director de investigación psiquiátrica, de 1955 a 1958, en la *Kaiser Family Foundation*, con sede en Menlo Park; pero es a finales de 1959 cuando se traslada a la Universidad de Harvard para dirigir, como director de psicología clínica, junto a sus ayudantes Richard Alpert y Ralph Metzner, el Proyecto de Investigación Psicodélica. Es entonces cuando la CIA cerró el proyecto MK-ULTRA y me enviaron a Harvard para vigilar a Timothy Leary.

Me quedé a vivir en el mismo lugar de la otra vez, por ello deduje que en la CIA desde hace tiempo preparaban mi futuro. Ya no debía compartir el espacio con nadie, pero me pregunté qué habría sido de Joe Foulman y qué labor habría desempeñado, aunque tal vez ése no fuera su verdadero nombre. Yo, de momento, continuaba llamándome Markus Linder, sin olvidar, no obstante, el pasado en la Alemania nazi, la guerra, la muerte de mis padres y mi estancia en Auschwitz II Birkenau junto al doctor Mengele, y también, cómo no, el dolor de miles de personas y el de aquella chica judía de nombre desconocido.

Me presenté ante Leary en calidad de colaborador independiente, tal como le habían informado, por lo que mi llegada no le sorprendió y me recibió sin reservas, con total cordialidad. Leary era un tipo simpático, activo, entusiasta y locuaz, de alta estatura, amplia sonrisa y gran personalidad, cualidades que le servirían para ir más allá de una presencia testimonial y convertirse, con el tiempo, en uno de los motores de la primera revolución contracultural de la historia. Su proyecto en Harvard se centraba en psicología clínica con enfoque social, modificaciones de la conducta y diagnóstico de la personalidad para valorar, entre otras cosas, la interacción de las distintas tipologías culturales, respecto a su entorno, durante y después de la experiencia psicodélica. Su primer experimento consistió en administrar psilocibina a ciento sesenta y cinco personas sanas (un ochenta por ciento quiso repetir). En esta labor se registraban las reacciones de los voluntarios que provenían de diversos extractos sociales, desde académicos, millonarios, empresarios, actores de cine, cantantes, escritores, profesionales diversos, estudiantes y más estudiantes, para comprobar la repercusión de las sustancias psicodélicas en personas sin trastornos previos de la conducta.

Leary, en un principio, pensaba que los protocolos debían ajustarse a criterios psicológicos, pero, a partir de lo que la experiencia aportaba, entrevió un uso más extendido bajo un enfoque místico o como una especie de rito sacramental con el Universo, pero no hasta el grado de proponer una revolución social; aunque luego cambió su punto de vista al hablar con Aldous Huxley (que tenía cáncer y los días de vida contados), que le convenció de la necesidad de llevar a cabo una revolución en un sentido más amplio, pero siempre con las debidas precauciones, y Timothy Leary era el más apto para recoger el testigo y así lo vislumbró en una reunión a la cual fui invitado.

De aquella cena en casa de Leary sí le informé a la CIA, pero no de sus consecuencias pues yo compartía el mismo propósito, entre otras cosas porque deberíamos ser libres para hacer lo que queramos con nuestra mente y cuerpo, por afectar a la libertad más elemental esa capacidad de elección, un derecho que nos viene dado por naturaleza: la libertad es lo más importante pues con ella podemos reclamar justicia e igualdad (no a la inversa), y prohibir el consumo de psicodélicos y otras drogas, por tanto, sería propio de regímenes totalitarios que no permiten la libertad de conciencia. Por aquel entonces, aunque no estaba prohibido, el LSD era difícil de conseguir, pero ya iban apareciendo terrones de azúcar con

una gota de LSD por los *campus* de las principales universidades del país: Harvard, California, Yale, Chicago, Princeton... ¿De dónde provenía la droga?

Por Harvard cada vez pasaban más personas para “viajar” y el reducido despacho de Leary se llenaba de futuros psiconautas. Un treinta por ciento de los iniciados tendrían viajes decepcionantes, aunque también de los malos momentos se sacaba, a veces, algún beneficio. No todos soportaban una dosis considerada normal, pues el LSD hay que tomarlo con respeto, con precaución, porque a mayor cantidad un camino casi directo a la locura. Ése era el riesgo. Pero la experiencia podía resultar sublime, reveladora, para luego, al regresar a la realidad ordinaria, observar las limitaciones que se ponen los humanos para relacionarse, cuando ni siquiera a sí mismos se comprenden. ¿Qué podíamos esperar entonces? De eso se trataba la revolución, de abrir el tercer ojo a costa de ciertos daños colaterales, y ese riesgo algunos ya lo sabíamos incluidos los altos mandos de la CIA. La revolución estaba casi servida, planeada de antemano, o quizá fue la consecuencia lógica de los hechos, una casualidad aprovechada por terceros, de una droga que despertó gran interés en la psiquiatría, para los servicios secretos de algunos países y para una serie de personas que, de pronto, entrevieron en el consumo generalizado del LSD la solución para lograr una sociedad más armoniosa. Ése era su gran atractivo, aunque no tanto para las mentes débiles. Una contracultura se gestaba, algo proyectado por oscuros personajes y también por aquéllos que soñaban con un nuevo amanecer para la Humanidad.

Timothy Leary, con el paso de los meses, ganaba reputación como gran hierofante de la Psicodelia, dentro de la espiral virtuosa de la nueva contracultura, pero generando, a su vez, distintas impresiones en torno a la inevitable revolución: Huxley, dentro de su enfoque progresista, insistía en cierto control bajo procedimientos de contención y uso terapéutico, mientras que Allen Ginsberg y Ken Kesey propugnaban democratizar el consumo de LSD para que la revolución abarcara aspectos sociopolíticos, además de lo concerniente a la libertad sexual. Allen Ginsberg, que en su día pasó por Harvard para ser iniciado por Leary, se convirtió a la “nueva religión” con entusiasmo, todo lo contrario de Jack Kerouac que tuvo un mal viaje y no quiso repetir, lo mismo que William Burroughs, pues ambos preferían drogas más adictivas, como el alcohol para Kerouac y los opiáceos para Burroughs. Después de un tiempo, cuando Leary y sus colegas ampliaron los protocolos de investigación para experimentar con sacerdotes, otros colegas alegaron que violaban las

normas de la comunidad académica y pusieron bajo llave las existencias de LSD, para que fueran utilizadas, exclusivamente, con el permiso de un comité. Así, con tal medida, las investigaciones se quedaban en la práctica paralizadas, hasta que por suerte apareció un conocido de Leary, un tal Michael Hollingshead, con un gramo de LSD disuelto en agua con azúcar y Leary pudo continuar con su línea de trabajo, razón por la cual el 6 de mayo de 1963 fue despedido de Harvard, junto con sus ayudantes, por faltas graves de conducta e incumplimiento del deber. Y así, ese mismo día, finalizó mi misión de vigilancia y fui requerido a Langley para recibir nuevas instrucciones.

23.

En noviembre de 1963 me trasladé a Los Ángeles para visitar a un agonizante Huxley. Un tumor en la lengua se le extendió por el cuerpo y moría el 22 de noviembre con una dosis de LSD como terapia agónica. También, ese mismo día, asesinaban en Dallas a John Fitzgerald Kennedy, el joven presidente demócrata de los Estados Unidos. Huxley tenía 69 años y Kennedy 46. Ambos probaron el LSD.

Saltaba a la vista que Lee Harvey Oswald era la “cabeza de turco” de una conspiración, concretamente instrumentada por el FBI y la CIA. Kennedy había descubierto que una sociedad secreta ostenta el poder detrás del poder, que decide la política de los Estados Unidos y que obedece a los intereses de un grupo de banqueros y grandes empresarios, y desde ahí provino, precisamente, la orden para eliminarlo. Otra de las causas era la negativa de Kennedy para una total implicación en la Guerra de Vietnam (algo que no favorecía a los fabricantes de armas), y también porque se enteró de que la CIA, de manera encubierta, distribuía todo tipo de drogas en las principales universidades del país. El propósito era suscitar su consumo entre la juventud más progresista para frenar el avance de la nueva izquierda, pues los jóvenes, bajo el influjo de las drogas, además de perder interés por la política caerían en la estigmatización social. Lo tenían todo calculado y el presidente Kennedy era un obstáculo para una nación bajo la intransigencia del Sistema, y así, de dos disparos, acabaron con la esperanza para el cambio. De igual modo, resultaba sospechoso que el LSD no estuviera prohibido y las penas de cárcel por tenencia de marihuana, que es una sustancia menos potente, fueran demasiado elevadas. Con el LSD

pretendían descerebrar a la juventud más rebelde y libertaria, y desde un principio estuvieron detrás, con sus manejos, para favorecer la Revolución Psicodélica que Huxley, Leary y otros pretendían, para después hundirla en el descrédito ante un libertinaje sin medida. Así lo comprobé cuando me entregaron varios frascos con LSD para distribuir en las universidades de California, por la ciudad de San Francisco y con la misión específica de proveer a Ken Kesey (que colaboraba con la CIA sin saberlo). También dijeron que me creara una nueva imagen, con barba, pelo crecido, otra indumentaria menos formal, y me asignaron a un supervisor de campo del cual recibiría órdenes directas y cuyo nombre de batalla (nunca supe el verdadero) era el de Allan Wolf, un tipo arraigado en la naciente contracultura como vendedor de drogas.

Respecto a la marihuana, cabe mencionar que fue prohibida el 1 de octubre de 1937 con una disposición administrativa, la *Marihuana Tax Act*, que en realidad era una norma penal impulsada por Harry Jacob Anslinger, un tradicionalista que se desempeñaba como comisionado en el Buró Federal de Narcóticos, FBN, y con tal medida equiparaban a la marihuana con los opiáceos y la cocaína, cuando el cáñamo, esa planta de gran belleza, agradable aroma y efectos beneficiosos para la salud, sufriría desde entonces un constante ecocidio en nombre de una legalidad simulada. Anslinger armó su arremetida con datos falsos, en su día refutados con informes médicos, que crearon alarma entre la sociedad por las falsas noticias sobre asesinatos, hechos violentos y crímenes de orden sexual, llevados a cabo bajo los efectos de la marihuana por personas pertenecientes a minorías raciales. Pero detrás de tales infundios estaba el ultraderechista William Randolph Hearst, magnate de la prensa sensacionalista, con el propósito de acabar con la producción de fibra de cáñamo, pues tenía intereses en la tala de árboles para la fabricación de papel, y así, desde sus medios de comunicación, periódicos y cadenas de radio, se empezó a difundir que los negros y mexicanos se volvían violentos cuando fumaban marihuana. Dentro de esta trama también figuraba la familia Du Pont, propietaria de las patentes de tejidos sintéticos y de una empresa que convertía en celulosa la madera de la compañía Hearst, y entre ellos, con la colaboración de Anslinger, armaron el complot para la prohibición del cultivo y venta de marihuana. Así, por lo visto, eran los valedores del Sistema: gente hipócrita y corrupta capaz de hacer lo que sea, como asesinar al presidente de su país, prohibir el consumo de sustancias visionarias, distribuir drogas con fines oscuros entre la juventud, mientras que

ellos se presentaban como los estandartes del orden y la legalidad. Y para ese Sistema yo trabajaba sin convicción, pues me sabía bajo el mandato de la peor calaña de la sociedad, respetables delincuentes que, bajo la protección de la ley, cometían delitos por los cuales nunca serían juzgados. Ahora yo tenía que vender LSD en las universidades de California, y así pasé, en poco tiempo, de ser psiquiatra a traficante de drogas.

24.

“¡Hola, mi amigo!”, exclamó Kesey nada más verme. Había publicado con notable éxito, en 1962, su novela *Alguien voló sobre el nido del cuco*, cuyas regalías invirtió para comprar una cabaña a las afueras de La Honda, un pueblo al sur del Condado de San Mateo, en California; pero Kesey ahora estaba en un garaje de San Francisco con un grupo de amigos autollamados los *Merry Pranksters* (Bromistas Alegres), acondicionando un autobús escolar que pintaban con formas de colores sobre fondo naranja. La idea era ir desde San Francisco a Nueva York para la presentación de *Casta Invencible*, la nueva novela de Kesey, realizando diversas actividades o juegos durante el trayecto, como grabar sonidos y conversaciones, tocar música en el techo del autobús, mientras rodaban una película sobre la experiencia bajo los efectos del LSD. Ése era el plan, toda una aventura...

Kesey era un revolucionario convencido, sus recursos económicos los empleaba a discreción para facilitar otro tipo de vida más psicodélica, pues, desde que probó el LSD, era un iconoclasta casi radical: quería cambiar el mundo por otro mejor. En lo que vio el frasquito, se le abrieron los ojos y me abrazó con fuerza para darme las gracias. Por allí también estaba el fibroso y acelerado Neal Cassady, que, con el torso descubierto, jugaba con una llave inglesa que lanzaba al aire, al compás de la música, para después agarrarla con total precisión mientras bailaba. No se acordó de mí. Al igual que *En el camino*, la novela de Kerouac, él sería el conductor durante la travesía, pero en este caso de un autobús escolar decorado con llamativos colores, que en la parte superior, en el frente, tenía escrita la palabra *Further* (Además).

–¿Y qué vas a hacer con este autobús? –le pregunté.

–Ir a Nueva York, en campaña promocional para el estreno de mi última novela –y sonrió al decir esto–. Pero con este frasco el viaje será más alucinante –y, tras estas palabras, me presentó a sus amigos y así es como conocí por segunda vez a Neal Cassady.

Kesey estaba dispuesto a promover el consumo del LSD con la finalidad ya comentada, pues su objetivo era la total permisividad para disfrutar de la experiencia, con el agregado del sexo y la música rock, y eran miles y miles de jóvenes que pensaban igual y consumían el LSD introducido por la CIA en el mercado *underground* de drogas. La revolución venía desde arriba pero también desde abajo, aunque con propósitos distintos, y, mientras el LSD no estuviera prohibido, los alzados en nombre del amor y la paz seguirían con la fiesta.

En San Francisco los jóvenes desaliñados vivían en la zona de Haight-Ashbury. Ahora la estética era otra, con cabellos largos, barbas revueltas, pantalones acampanados, camisas estampadas de colores o con los símbolos de la revolución... Ya sonaban las canciones de Bob Dylan, Joan Baez, The Beatles, The Rolling Stones, The Animals... esa música cuyas letras captaban la sensibilidad de los nuevos tiempos. El mundo era magnífico y queríamos (yo también me incluyo) respirar esa brisa de libertad. Había guerra en Vietnam y los jóvenes progresistas rápido tomaban el bando de la paz, y en esa medida crecían las protestas en contra del gobierno. En 1964 Timothy Leary ya gozaba de gran popularidad como evangelista del ácido en los principales *campus* del país, mientras que Herbert Marcuse, profesor de filosofía en distintas universidades, con su libro *El hombre unidimensional*, vino a reforzar la idea de la utopía realizable desde la perspectiva de una pacificación favorecedora del desarrollo humano, además de percibir la guerra como una forma de violencia proveniente del orden establecido, que con tal acto niega su legitimidad. De los movimientos estudiantiles, en los años 60, el Movimiento Hippie será su manifestación más imaginativa, y en Haight-Ashbury esa sensación de cambio se respiraba con ansias de libertad: eran jóvenes con un presente mágico y un futuro en lucha, con la Guerra de Vietnam de fondo y la violencia política. ¿Quiénes tenían la razón? La comunidad negra estadounidense luchaba por los derechos civiles, por la igualdad, y los jóvenes, desde diferentes posiciones ideológicas, intentaban derribar el conservadurismo irracional. Pero en Haight-Ashbury, además, se sonreía subido en la ola del amor, de bailar una nueva música, de soñar con otro tipo de vida, y ahí estaba yo con el ácido lisérgico para

que el sueño de aquellos jóvenes se hiciera realidad, también el mío, y todo bajo la planificación de la CIA: había que distribuir el combustible para poner en marcha la revolución.

En Haight-Ashbury conocí a Jane Hudson, una chica que estaba, como muchos, por la novedad, para experimentar con el sexo y las drogas. Se veía muy guapa, con porte de modelo, pelo rubio y lacio, camisa ondeante, *jeans* desgastados y sandalias. Era el *look* de moda, estaba perfecto, había que significarse frente a los encorbatados. Jane, a pesar de pertenecer a la clase alta, a la élite (en un principio trató de ocultarlo), tenía la cabeza bien acomodada y a sus veinticuatro años sólo pensaba en disfrutar. Le regalé un ácido y así nos conocimos. Era muy fácil conocer gente, en especial a las mujeres cuando se les regalaba el sacramento. El antídoto para las mentes débiles, para no quedarse colgado en el viaje, consistía en esnifar una pequeña cantidad de heroína, siempre y cuando que no se aficionaran a picarse las venas... Pero Jane era aficionada a combinar los psicodélicos con el sexo. Si ya era bueno practicarlo de forma normal, mejor bajo un estado que amplificaba el placer, en esa ondulación, en otra frecuencia más radiante, con colores vivos que mutan en formas, sonidos que murmullan significados, pensamientos que encuentran verdades universales. Y eso buscaba Jane y la mayoría de los que por ahí vagaban: una vida mágica en ambiente de hermandad y buena onda, pero siempre, por tratarse de humanos, con alguna que otra decepción. Hijos de clase media, universitarios y recién licenciados en tiempo vacacional, más una serie de aventureros y buscavidas, de soñadores que no quieren perder la oportunidad de subirse a la onda hippie. La nueva música invita a ello, a comerse el mundo, porque debíamos aprovechar la nueva religión del amor. Algunos decían que inaugurábamos la Era de Acuario, ahí donde el humano vivirá en armonía con sus semejantes y al cuidado del Planeta Tierra. De momento era imposible, había guerra en Vietnam y no creíamos en ella. Había que ser estúpido para no darse cuenta, que el tiempo corre, que debíamos adaptarnos, cambiar y repensar la realidad, de saber que nacimos para ser felices; la “experiencia” nos permite esa posibilidad: conquistar parcialmente ese mundo feliz. Y de esa conquista éramos partícipes Jane y yo a pesar de cualquier interferencia, con un montón de ácidos en la bolsa para hacer feliz, a su vez, a un setenta por ciento de los comulgantes.

Haight-Ashbury poco a poco se transformaba en colonia hippie, con un ambiente más horizontal y comunitario, y aunque siempre en la búsqueda asoma la contradicción del ser humano, esa distancia resultaba ilusoria si la comparamos con el abismo ideológico representado por Lyndon Baines Johnson, el nuevo presidente, que en agosto de 1964 enviaba a miles de soldados a la Guerra de Vietnam. Así lo decidía el poder que está detrás del poder.

25.

La primera vez que vi a Allan Wolf me recogió con su coche en un cruce de calles en San Francisco.

–Hola. ¿Cómo estás? –dijo, en lo que me senté en el asiento delantero, y agregó extendiendo la mano–: Allan, *The Wolf*.

Se veía que le gustaba presumir su nombre falso, convertido en apodo que coincidía con su apariencia descuidada, con barba y pelo crecido de color castaño sobre los hombros.

–Pues aquí tienes tu nueva identidad... –dijo, al entregarme un sobre–. Nada más y nada menos que el señor Mark Henkel.

–Oh... Muchas gracias.

Y comencé a sacar un pasaporte, una licencia de conducir y otros documentos con mi nuevo nombre.

–Todo perfecto –añadió–, documentos legales... Y ahora, según parece, naciste en Cambridge –y rió al decir esto.

–Sí, la conozco bien, estuve en Harvard.

–Ya lo sé, tengo un informe con tus antecedentes... Hay que conocer con quién se trabaja. Estoy encantado de tener al hijo de Martin bajo mi supervisión... No son buenos tiempos, hay demasiada mierda, por eso debemos achicharrar los cerebros de tanto imbécil, de tanto vago –Y me alargó dos frascos con LSD–. Van al doble de potencia, para que prepares dosis de 600 gammas por gota.

En la radio comenzó a sonar una canción de Bob Dylan... A Allan, de pronto, le apareció en el rostro una sonrisa perversa...

–¡Coño! ¡Siempre este hijo de puta en la radio con sus canciones de protesta! – exclamó–. A éste, que se cree todo un profeta, le vamos a dar un sustito...

Ya me quedaba claro que Allan Wolf era un comemierda al servicio del Sistema, un agente de la CIA con imagen y rol de vendedor de drogas, de tipo enrollado, pero sin evadir, por ello, sus convicciones y responsabilidades.

–Es un desgraciado –dije, para seguirle el juego y añadí–: Con este ácido, al doble de potencia, se van a cagar esos vagos... Así tendrán su jodido sacramento...

En eso, *The Wolf* sacó un porro de marihuana, lo encendió y pegó un par de chupadas.

–Esos putos hippies son una lacra social, además de tanto pinche negro y mexicano, pero ya se acerca la hora de la limpieza... No podemos permitir que la izquierda arruine nuestros valores, tenemos una responsabilidad ante el mundo: frenar a esa mierda de comunismo... Aunque lo peor es tenerlos en casa... –dijo, y después me pasó el *joint*–. ¿Quieres?

–Claro que sí

Y lo agarré para pegarle unas caladas... Fumar marihuana, por supuesto, era tolerado para dos agentes de la CIA pero ilegal para una generalidad de sucios hippies, despreciables vagos para la gran nación norteamericana.

–Deberás investigar y hacer una lista –prosiguió–, a ser posible con nombre, edad, origen, domicilio y descripción física, de aquéllos que tengan posiciones radicales o comunistas, para así ubicar, sobre el terreno, a cualquier hijo de puta... A partir de esa información, otros se encargarán de fotografiarlos y hacer el debido seguimiento.

–Muy bien –contesté.

–Tenemos que metérsela doblada a esos hijos de puta...

No hablamos mucho más. Me bajé del coche con mis nuevos papeles y con los frascos de LSD. El plan continuaba tal como lo tenían previsto. ¿Cuál sería el próximo paso? Seguramente joder al prójimo por el bien de la patria, por el dinero e intereses de los asesinos intelectuales del presidente. Pura mierda al igual que Allan Wolf, alguien que vendía drogas, las consumía y se lo pasaba de fiesta interpretando su papel como agente secreto; no como yo, que cada vez me daba más repugnancia lo relacionado con el gobierno, aunque por fuerza entre dos aguas debía mantenerme a flote.

Lo primero que hice, para no seguir las órdenes al pie de la letra, fue rebajar el ácido lisérgico con agua, para distribuirlo a la dosis correcta. Había que reforzar la revolución, invitar a probar el LSD explicando los efectos y el alcance de tal decisión, como cuando yo ejercía de psiquiatra pero ahora sin llevar un expediente, y así trataba de vender o regalar los ácidos: tenían mucho que ganar y poco que perder, si acaso, algunos, la cordura; pero eso era mucho mejor, espiritualmente, que ser un mediocre alienado por el Sistema, porque de mediocres que dicen “sí señor” está el mundo lleno, demasiado lleno, personas sin voluntad programadas desde la infancia con el troquel de las normas impuestas, de la moral absurda, de las buenas costumbres, para aceptar la sociedad neurótica que impone el Sistema, con su doble moral y su Ley, para que los ciudadanos no levanten la voz; una clase política necesitada de “democracia” para medrar parasitariamente y enriquecerse, regímenes totalitarios camuflados como democracias para mantener a sus élites corruptas, mientras que las masas manifiestan su mediocridad al elegir, con su voto, a los delincuentes que los gobernarán, convirtiéndose, con ello, en cómplices de la hipocresía y el engaño. El ciudadano es un número en las estadísticas, un borrego, alguien destinado a pagar impuestos y que poco importa al poder, y mucho menos a los que están detrás del poder; pero el LSD y otras sustancias psicodélicas tienen la particularidad de romper el troquel de la conducta dominante, para enfrentar el mundo sin interferencias ideológicas; por esa razón los psicodélicos son peligrosos para ellos, porque expanden la conciencia, tanto al exterior como al interior, y el humano no debe desarrollar su comprensión del mundo para ser manipulable.

26.

En marzo de 1965 fui con Jane a visitar a Kesey a su cabaña de La Honda. Se accedía a través de un puente sobre un arroyo. La edificación, construida con tablonos, estaba junto a un bosque de secuoyas. Kesey era tan buena onda que permitía a sus amigos acampar o hacer una covacha en los alrededores. Él fungía como gurú, siempre llevaba la voz cantante y ponía las reglas de las actividades. Allí vivía con su esposa Faye y sus tres hijos.

Kesey, como ya dije con anterioridad, era antisistema radical gracias a la CIA, y como producto del Sistema estaba en el polo opuesto al de Allan Wolf, libre de toda hipocresía,

directo en sus actos, exponiendo sus ideas con naturalidad en busca de la expresión artística, como si la vida fuera un continuo *performance*, de ver la parte más lúdica e imaginativa para su disfrute, y así lo quería para los demás sin que tal búsqueda supusiera un delito.

–¿Cómo estuvo ese viaje en autobús? –le pregunté.

–De puta madre –dijo, extendiendo el brazo y agregó–: Ahí tienes la nave... La película del viaje está en negativos, todavía hay que armarla...

–¿Y eso para cuándo?

–Uf... Es un asunto delicado... Son horas y horas de metraje para revisar...

Allí, en La Honda, Kesey y sus amigos vivían en comuna, aunque él sufragaba gran parte de los gastos con las regalías de sus libros. Había una pequeña cabaña en lo alto de un árbol, troncos pintados de colores, cables y altavoces por las ramas, tiendas de campaña y varios chamizos improvisados. Los Merry Pranksters deambulaban por ahí, cada cual a lo suyo. Neal Cassady, sin la camisa, enseñaba su musculatura mientras hacía flexiones de pecho. Ellos, junto con Kesey, eran el precedente del Movimiento Hippie, su esencia germinal, el ejemplo a seguir.

Nos comimos un ácido. Era lo propio, ahí abundaban, además yo iba cargado. Regalé a diestro y siniestro. Era una comuna y todo de a gratis. Había que poner *happy* a los compañeros, apetecía colocarse en un bosque de secuoyas. El día era claro, con el cielo limpio de nubes, olor a campo y el piar de los pájaros, más la escandalosa agresión de los Merry Pranksters en la naturaleza: árboles manchados de pintura fluorescente, objetos arrumbados, cables, micrófonos, altavoces, el bosque electrificado, intervención cercana al ecocidio... pero así algunos mostraban su mediocridad: Ken Kesey era el gurú de un grupo escandaloso que recorrió las carreteras haciendo el retrasado mental; y al ver los árboles mancillados ya supuse el fin estrepitoso que tendría la Revolución Psicodélica gracias a tanto imbécil: es una condición normal en los seres humanos, su mediocridad para comportarse como borregos, de ahí la urgencia de evolucionar hacia el *Homo concientis*. Bajo los efectos del ácido, al ver la agresión a la naturaleza, comprendí que los Merry Pranksters y Ken Kesey deambulaban extraviados: se sentían muy *underground* pero asimismo caían en un vacío de pensamiento que anulaba, de por sí, su propuesta para el cambio (todo lo contrario de la ruta iniciada por Aldoux Huxley y Timothy Leary, que

daban más importancia a la experiencia mística), porque una cosa era pasarlo bien y otra muy distinta comportarse como idiotas. Seguramente la revolución para ellos era otra forma de broma, he ahí el error... Eso llegué a pensar cuando caminaba con Jane por el bosque, que se puede ser muy hippie y a la vez un ignorante, tanto como los seguidores de las multinacionales de la fe. Así anda el mundo cuando millones de personas, en estado de permanente esquizofrenia colectiva, creen en una idea de Dios, que quizá no sea la verdadera, y la toman como guía para su existencia y para la de los demás. ¡Cómo puede haber un mundo en paz con tanto enajenado suelto! Las religiones de los falsos dioses, por medio de la ignorancia, someten en alma y cuerpo al individuo: descerebrados a su servicio con caca de paloma en vez de cerebro, personas sin voluntad que sólo digan: “Sí señor.”

Y aquí regreso a Ken Kesey el gurú, al que también decían “sí señor”, el Jefe, el que dejaba acampar alrededor de su casa, el que de alguna manera financiaba todo aquello, pero a la vez era el amigo, el tío enrollado, la estrella *underground*; y Kesey interpretaba el papel de protagonista principal en la película de su vida, con tanto actor secundario a su alrededor, aunque su mérito era indiscutible a la hora de buscar la liberación del disfrute y favorecer, en sus seguidores, lo improvisado como juego existencial; pero así, con esa perspectiva tan raquíca, el LSD se quedaba desprovisto de su mística: abrir el tercer ojo que te conecta con el Alma Universal; y así llegué a la conclusión de que para ellos la cosa se quedaba, nada más, en consumir drogas y demostrar, a partir de tal estado, que se puede organizar la sociedad de un modo muy distinto, más para su disfrute, y en eso no les faltaba razón. Incluso así me fui un tanto decepcionado, en particular con algunos Merry Pranksters, pues Kesey, a fin de cuentas, era un tipo con carisma que experimentaba con nuevas formas de convivencia, provocando, de paso, a la América más conservadora, y eso tiene mucho mérito: promover otro tipo de vida sin hacer daño a los demás, pero sin comprender, del todo, lo que ello significa: cuando molestas no respetas.

Yo, por mi parte, también me aplicaba de lleno al disfrute, empezaba el día con un buen churro y así continuaba hasta la hora de dormir, hacía el amor a diario con la preciosa Jane, más un ácido o algo de mescalina cada tres o cuatro días. Ésa era mi receta de psiquiatra para ser feliz. Era joven y quería vivir a tope, ¡si no para cuándo!, pero siempre con la precaución de qué tomar, en qué dosis y con qué frecuencia, pues no es lo mismo el uso que el abuso, hay que ser inteligente y tener voluntad si no quieres arruinarte la vida

con las drogas; pero con las sustancias psicodélicas, siempre y cuando midieras la dosis, no corrías tanto peligro como con la heroína, la cocaína o el alcohol, drogas más adictivas que actúan en una misma zona del cerebro. Y así, subido en la nube, la música tomaba su lugar con el álbum *Highway 61 Revisited* de Bob Dylan y los acordes de *Like a Rolling Stone* como bandera, The Who con *My generation*, The Rolling Stones con *(I Can't Get No) Satisfaction*, y así, con base de rock, la naciente contracultura pregonaba a los cuatro vientos otra forma de entender la realidad, pues la música fue decisiva para animar, dar sustento emocional, romper con viejos moldes y anunciar un futuro de esperanza más divertido que cualquier guerra. Simplemente, había que pasarlo bien... Pero en el bando contrario Johnson fue reelegido presidente y la Guerra de Vietnam ganaba protagonismo en la conciencia nacional, mientras que los afroamericanos proseguían su lucha por los derechos civiles, con Martin Luther King al frente de los cristianos y Malcom X en la Nación del Islam. La izquierda en todo su espectro hervía en contra del Sistema, y el Movimiento Hippie lo hacía proclamando el amor y la paz. La lucha por los derechos civiles por un lado, las protestas en contra de la guerra por el otro y la contracultura psicodélica con su propuesta radical; y el Sistema, mientras tanto, por mantener la “ley y el orden” a costa de lo que fuera.

Quedé con Allan Wolf, como de costumbre, para entregarle información y recibir instrucciones. Dentro de su coche me pasó un paquete:

–Toma, un kilo de caballo...

–¿Un kilo de heroína? –pregunté un tanto sorprendido-. ¿Qué quieres? ¿Qué me ponga a vender papelinas?

–¡Coño! Hazle como tú quieras –contestó como si con él no fuera la cosa.

–¿Y el LSD?

–Eso, a partir de ahora, ya forma parte del pasado... Debemos colocar kilos y kilos de heroína para hundir la revolución de estos andrajosos, a ver si con suerte se lavan con jabón –y se rió-. Ésa es la gran novedad: necesitamos que estos hippies de mierda se enganchen al caballo para que la sociedad sepa realmente lo que son, unos drogadictos incapaces de hacer algo productivo, y cuantos más enganchados haya mayor será nuestro triunfo... Y lo mismo con la comunidad negra, aunque eso a ti no te toca...

–Eso suena muy bien... –dije, para seguirle la corriente.

–Además –continuó–, es muy riesgoso traer el caballo desde Vietnam, no te digo cómo porque está muy cagado... Hay que respetar a los soldados, a los patriotas que dan su vida para frenar la expansión del comunismo, pero los negocios son los negocios y también tenemos que barrer la basura en casa –rió de nuevo y preguntó–: ¿Un porrito?

–Claro que sí...

Así estaba el asunto, había que distribuir esa heroína entre las comunidades afroamericanas y la juventud disidente. Respecto al kilo, la mitad lo tiré por el inodoro y el resto lo vendí al por mayor, para librarme cuanto antes de esa basura. ¡Qué miserables! ¡Inundar el país con heroína barata! No se diferenciaban mucho de los nazis, para decidir arruinar vidas con una droga tan peligrosa.

En un par de semanas las papelinas de caballo pasaban de mano en mano sin que por ello disminuyera la disponibilidad de LSD, pues aparecieron algunos fabricantes *underground* como un tipo llamado Owsley Stanley, conocido con el apodo de *Bear*, que vendía a precios populares y regalaba al grupo Kesey, mientras se entretenía como ingeniero de sonido con la banda Grateful Dead; algo natural para un mismo recorrido, para un mismo fin, cuando se es joven y se cree, como nunca, en un ideario adquirido más allá de la normal percepción, como ese mismo sueño de querer cambiar el mundo a base de LSD.

27.

En el verano de 1965, en Venice Beach, Los Ángeles, conocí a un joven bien parecido que me compró unos ácidos. Le gustaba leer, era poeta y pronto entablé amistad con él durante aquellos días frente al mar. Su novia, una rubia muy apetitosa, se llamaba Pamela. A él le atraía la contracultura y autores como Aldoux Huxley y Herbert Marcuse; recién iniciaba su viaje existencial, aunque no tenía del todo claro el recorrido...

–¿Ya probaste el peyote? –le pregunté.

–Todavía no, pero estoy deseando –contestó.

–Pues hay un lugar cerca de aquí, Joshua Tree, donde abunda...

–¿Sí? –preguntó con interés–. ¿Me podrías llevar?

Nos pusimos de acuerdo para el día siguiente, y en mi auto, junto con Jane y Pamela, tomamos la dirección a Joshua Tree. Tardamos cuatro horas en llegar. Jim Morrison estaba fascinado con el árido paisaje, con las yucas, las cactáceas, los matojos de gobernadora y el cielo azul intenso estampado de diminutas nubes blancas, un lugar perteneciente a la naturaleza aún no ultrajada por el hombre, tan mágico como el Wirikuta mexicano donde probé el peyote por primera vez. Después de hospedarnos en un motel nos internamos en el desierto. Allí el paisaje, bajo el inclemente sol, está dominado por grupos rocosos que se esparcen sobre la llanura, lo cual resulta muy peculiar. Después de dos horas aparecieron los botones de peyote. Jim no cabía de entusiasmo, feliz por reconocer el cactus sagrado. Hicimos una invocación a la Madre Naturaleza y cortamos por su base los peyotes, uno grande para cada cual, de los oscuros verde azulados, y otros más pequeños para las chicas. Los comimos con jalea de piña y, pasada hora y media, comenzábamos a volar... Jim abría los brazos, cerraba los ojos cuando recibía la brisa, quizá con la cabeza inundada de colores. La tarde era luminosa y resplandecía a nuestro alrededor, mientras la naturaleza palpitaba conectándonos a la energía consciente. Una experiencia más limpia y reconocible que con el LSD, pues no sólo del subconsciente aflora, supone un repaso de tu vida con vistas al futuro, sumido, entre tanto, dentro de una verdad incuestionable. Y esto lo supo Jim, pues a partir de ese día cambió la concepción de su existencia: comprendió la distancia que le separaba de los simples humanos, cuando ahora, por encima de todo, le surgía la prioridad de luchar por sus sueños, de hacer un acto mágico con su vida... Y por ahí se entretuvo, se fijó en un lagarto que ni siquiera se asustó con esa mirada de reconocimiento. Jim supo que ese lagarto vivía en armonía, que la acción del hombre no lo señalaba, que era pleno en su hábitat y poseedor de un alma como nosotros, como las montañas, la tierra, las plantas, las nubes y el cielo, partícipes de la misma esencia. Entonces, Jim levantó los brazos y gritó: “¡Soy el Rey Lagarto!”

No pude más que esbozar una sonrisa ante tal descubrimiento: el Rey Lagarto acababa de nacer al traspasar las puertas hacia otra dimensión, el mundo infinito que contiene el presente, pasado y futuro con sus secretos; y el Rey Lagarto, en ese momento, decidió que su vida sería una obra de arte. En esa tarea nos desnudamos e hicimos el amor, cada cual con su chica, para reconocernos en un mismo acto. Después Jim improvisó algunos

poemas, gritados al aire, sabedor de que su vida es arte, que sus aspiraciones y sueños están formulados en un pensamiento reconocible, más allá de cualquier incertidumbre.

De regreso al motel vimos ocultarse el sol, espectáculo que nos dejó absortos, los cuatro sentados en lo alto de una roca, con la brisa ondeando los cabellos. Sin duda, habíamos nacido en una versión más cercana al *Homo concientis*.

–De esta vida hay que hacer algo memorable, dignificarse como ser humano o quizá trascender más allá de dicha condición... –dijo Jim, cuando el sol se ocultaba tras el horizonte.

Él también lo descubrió, que una esencia nos une con la divinidad, en la vida y tras la muerte, cuando nacimos para realizar una tarea trascendental: luchar por nuestro mejor destino.

–Tenemos que hacer algo para cambiar el mundo... –terminó por decir.

En el motel, durante la cena, acordamos un intercambio de parejas para tener sexo; y así pasó la noche, cada cual con la chica del otro, en perfecta armonía como personas evolucionadas. Nos quedamos un par de días y después regresamos para Venice Beach, donde Jim habitaba, como si fuera un lagarto, escribiendo poemas en la azotea de una edificación frente al mar. Había nacido para ser una estrella.

En la playa, cierto día, se nos acercó un tipo vestido de santón hindú. Se llamaba Maestro Yah-Yah e iba acompañado de una asistente disfrazada de gitana. Lo suyo eran las mancias y amuletos, así tan artista como Jim, de eso se trataba, de no vivir como un animal obligado a echar para adelante con el único objetivo de la subsistencia y sin la felicidad como meta; pero los humanos poco saben de esto, aunque sí el Maestro Yah-Yah, un venezolano con pasado de Hare Krishna que le dijo a Jim al echarle los caracoles: “Serás muy famoso, ganarás dinero, pero tus enemigos serán poderosos. Ten cuidado porque irán tras de ti.”

28.

Kesey, gracias a la repentina aparición de Owsley Stanley, comenzó a organizar una serie de fiestas psicodélicas por los alrededores de San Francisco, con luces negras, estroboscópicas, pintura fluorescente y música rock con el grupo Grateful Dead. Con el

pago de la entrada, de tan sólo dos dólares, te entregaban la correspondiente dosis para pasar la prueba del ácido y así recibir la licenciatura. La idea era buena para ganar adeptos porque las fiestas eran un total desmadre y muy divertidas. Kesey, desde luego, no dejaba de sorprender con ese afán para divulgar su ideario. Su fama se agrandaba como la de un gurú que promovía un mundo más habitable, y la mayoría de los jóvenes, al asistir a sus fiestas, comprendían que ése era el mejor camino.

Allan Wolf era un asiduo a las fiestas de Kesey. Me topé con él a las tres o cuatro que asistí, pues formaba parte de nuestro trabajo. Allan, la mayoría de las veces, trataba de acercarse a jovencitas sin noción de sus actos, en general borrachas, para aprovecharse de ellas. Yo veía cómo las cargaba tambaleantes o casi a rastras hacia su automóvil, por mucho que luego alardeara de sus conquistas. Era un auténtico imbécil. Sin embargo, la proclama hippie de amor libre era seguida por muchos: se follaba bastante. Jane no era celosa y no ponía reparos si ocasionalmente lo hacía con otras, aunque de vez en cuando se sumaba a la celebración. Así es como conocimos a Nubia, una negrita muy guapa. Nació en los Estados Unidos pero sus padres llegaron desde Kenia y su sangre era cien por ciento africana. Esa noche la llevamos al apartamento que yo compartía con Jane. Los tres estábamos en ácido. Parecía casi una ficción, con los cuerpos fluctuando en oleadas, envueltos por una bruma púrpura: ojos enormes, pupilas dilatadas, los rostros se deforman. Tumbado en la cama me acarician. Luego ellas se juntan y encuentro por dónde arrimarme, dónde encajar como si fuera una pieza del mismo juego. Amor libre, amor para el disfrute, para evolucionar en formas y colores. No tengo edad. Soy energía. Ellas también. Nos volatilizamos... Así, en pocas palabras, es como pasó, y así, en consecuencia, formalizamos nuestra relación triangular... Ya tenía la clave, sin imaginarlo, de mis aspiraciones ideológicas y profesionales, pues la solución estaba dentro de mí y de ellas.

El padre de Jane era multimillonario. Tenía una serie de propiedades, algunas a nombre de su hija, como una mansión con 26 acres de terreno a las afueras de San Francisco. Allí nos dirigimos una mañana en compañía de Nubia, que ya se había mudado a vivir con nosotros. La casa era impresionante, con dos plantas, veinte habitaciones con baño, salones, terrazas, balcones, jardines, tres piscinas y una edificación aladaña donde vivían algunos empleados. Después de llevar un tiempo con Jane no imaginaba que, por ser hija única, era la heredera de una fortuna considerable, incluyendo, por supuesto, la

susodicha propiedad. Sus padres aparecían de vez en cuando por ahí, ya fuera acompañados de familiares, amigos cercanos o personas con las que tratar en un ambiente más relajado. Algún uso debían darle a esa casa, aprovechar una inversión puesta a nombre de Jane para pagar menos impuestos, y ahora era cuando, en verdad, yo sabía con quién estaba. Llevábamos seis meses juntos y nos amábamos, de ahí que, a pesar de la diferencia de edades (pues yo tenía treinta y seis, y ella veinticuatro), su amor por mí, su devoción, eran incuestionables y yo la tenía en aprecio similar; habíamos compartido tantas experiencias, éramos tan afines en cuerpo y alma, que no existía ninguna duda sobre nuestra relación, y ni siquiera la presencia de Nubia interfería en nuestros sentimientos. Yo era para ella como una especie de maestro, de guía espiritual, pues Jane, bajo el predominio del complejo de Electra, necesitaba la compañía casi permanente de alguien para sentirse bien, una especie de padre para suplir al verdadero en el subconsciente, una figura lejana por cuestiones de negocios, con el añadido de una madre más preocupada por las relaciones sociales que del trato con su hija; y así cayó Jane en mi vida, una princesa que en realidad necesitaba un poco de cariño.

Y allí en la mansión, rodeados de lujos, nos dedicamos a pasarlo bien, a fumar la sagrada hierba y tomar LSD, patinar bien alucinados por los pasillos, zambullirnos desnudos en las piscinas, practicar sexo en los sillones y sofás de las amplias estancias para saber que estábamos más vivos que nunca. Bajo los efectos del ácido a veces no sentía el cuerpo, como si mi cabeza fuese una cámara de televisión, con mente de energía visual entre la neblina violácea. Elucubraba ideas que pretendía no olvidar, pues acabado el viaje no era tan fácil explicar lo que se manifestaba de forma tan clara, pero una idea central parecía germinar. Ya tenía la clave, eso sí, para llegar al *Homo concientis* y también el método para lograrlo. Lo supe al verlas desnudas como las Evas de un nuevo Paraíso, una tan clara y otra tan oscura, como el *yin* y el *yang* en perfecta armonía, como el centro de Abraxas, el Dios de la dualidad; ellas, con la sonrisa perpetua, tan puras como diosas para una nueva religión.

En diciembre de 1965 Ken Kesey fue arrestado por posesión de marihuana en su casa de La Honda (pero huyó a México para evadir la cárcel), y Timothy Leary, por la misma razón, cuando cruzaba de México hacia Estados Unidos. Kesey regresó para enfrentar una pena de prisión de cinco meses y Leary fue condenado a treinta años de cárcel, a pagar una

multa de 30.000 dólares y a recibir tratamiento psiquiátrico, pero apeló y salió en libertad condicional. Ése era el aviso que les daban, por las mismas fechas, a los dos gurús de la Revolución Psicodélica.

29.

Pronto aparecieron multitud de camionetas Volkswagen pintadas de colores, que, conducidas por melencidos, recorrían las carreteras de los Estados Unidos con destino a California. Jane se compró la suya. Bien fumados la pintamos. Nos quedó impresionante, algo tan propio como una casita sobre ruedas para pernoctar donde fuera, como el autobús escolar de Kesey, con parecida función pero en escala reducida. Así los adeptos transitaban por el mundo, como anuncio que publicita otra forma de entender la vida. Era otro el ímpetu, ya fuera sobre dos o cuatro ruedas, o simplemente con el brazo extendido con el pulgar hacia arriba, y la revolución no paraba de crecer entre la juventud más progresista de los Estados Unidos, mientras arreciaban las protestas en contra de la guerra, así como la lucha por los derechos civiles, bajo la sombra omnipotente de la Guerra Fría y la rivalidad por el control ideológico del planeta. Con esto no resulta extraño que, el 6 de octubre de 1966, la ilegalización del LSD no sorprendiera a nadie, porque con tal medida, de un solo plumazo, convertían a todos sus consumidores en delincuentes ante la sociedad. Así el gobierno golpeaba a la insurrección pacífica, mientras que de manera encubierta promovía el consumo de drogas duras entre la juventud.

Y ese mismo día, tras conocerse la noticia, fuimos unas tres mil personas las que nos congregamos en el Parque Golden Gate de San Francisco, ante la mirada de la policía, para tomar LSD en señal de jubilosa protesta.

Timothy Leary se anticipó a la prohibición al fundar la Liga de Desarrollo Espiritual (un culto cuyo sacramento era el LSD) para acogerse a la libertad de religión tal como la *Native American Church* con el peyote, pero esa maniobra no le serviría de mucho al ser rechazada (el gobierno no dejaba resquicios). Allan Wolf ya no me proveía de LSD (los laboratorios Sandoz habían dejado de producirlo) pero continuó con las entregas de heroína. Por suerte aparecieron algunos fabricantes *underground* y se creó, pasados diez días de la ilegalización, la Hermandad del Amor Eterno que, tras la fachada de una comuna

de tendencia mística, se dedicaría a surtir marihuana y LSD al Movimiento Hippie, pues era lo justo y necesario para desarrollar el modelo social propuesto. ¿No se trataba de eso la revolución? En la CIA, a pesar de tenerlos bien ubicados, de inicio los dejaron funcionar porque formaban parte de su plan. De cualquier modo, el Movimiento Hippie iba engrosando sus filas bajo el ímpetu de la música rock, mediante conciertos multitudinarios donde se promovían los nuevos ideales, y así surgieron una variedad de grupos que cantaban a la libertad.

Con la prohibición, los personajes prominentes de la contracultura decidieron unirse para demostrar a la sociedad, en un acto masivo, que una nueva forma de vivir era posible, y para ello se organizó, el 24 de enero de 1967, *The Human Be-In*, una reunión de las tribus hippies en el Parque Golden Gate, con música de Jefferson Airplane, Grateful Dead, Big Brother and The Holding Company (con Janis Joplin a la voz), y Quicksilver Messenger Service, más las intervenciones de oradores como Timothy Leary con su “entónate-conéctate-déjate llevar”, Allen Ginsberg con sus ya conocidos mantras, el activista social Jerry Rubin, el escritor *beat* Lawrence Ferlinghetti y algunos más que se dirigieron a la multitud. “Dejen sus miedos en la puerta y únense al futuro”, era el lema publicitario del evento anunciado en la portada del diario San Francisco Oracle. Asistieron unas treinta mil personas, cuando se esperaban cuatro mil. Allí fui con mis dos chicas y un grupo de amigos. La seguridad estaba a cargo de los Ángeles del Infierno, que con anterioridad habían probado el LSD de la mano de Kesey, en La Honda, con quien trabaron buena amistad. Ahora era una fiesta donde los motorizados violentos se mostraban pacíficos, sólo buenas vibraciones en ambiente festivo bajo los efectos del LSD. Ése era el escaparate para los medios de información que acudieron a cubrir el evento. Por ahí pude ver a Allan Wolf vendiendo heroína a muy bajo precio, mientras buscaba a alguna chica de la cual aprovecharse. La reunión de las tribus fue un éxito e hizo ganar fuerza al movimiento, cuando en muchas ciudades del país, de norte a sur, de este a oeste, surgían zonas a imitación del distrito de Haight-Ashbury.

Para conseguir LSD me puse de acuerdo con Owsley Stanley y después con otros fabricantes *underground* como Tim Scully (aprendiz de Owsley) y Nicolas Sand. Ellos suministraban a la Hermandad del Amor Eterno, que lo distribuía y regalaba en los conciertos y reuniones de las tribus hippies. El líder de la Hermandad se llamaba John

Griggs; sus fundadores eran *surfers* y delincuentes de poca monta reconvertidos, tras consumir LSD, en apóstoles de la nueva religión (bajo directrices de la Liga de Desarrollo Espiritual de Timothy Leary), que se instalaron en Modjeska Canyon, Laguna Beach, en el Condado de Orange. Allí vivían en *tipis* y cultivaban sus propios alimentos, para llevar una vida en contacto con la naturaleza de manera autosustentable.

La prohibición aumentó el interés por el LSD, lo que comportaba admitir un uso más generalizado y la necesidad de legalizar las drogas, en especial la marihuana, como un reclamo frente a un Sistema que hacía la guerra y mataba a sus semejantes. La Hermandad proveía el sacramento para una mejor comprensión del mundo, cuando el Sistema, por el contrario, se dedicaba a coartar las libertades civiles y a enviar jóvenes estadounidenses a morir en una guerra lejana. Los hippies disfrutaban del sexo, la música y los psicodélicos, mientras que los soldados norteamericanos, pobres incautos, iban a arriesgar la vida por una causa difusa e infame. El 16 de marzo, en la Guerra de Vietnam, el glorioso Ejército de los Estados Unidos de América comete una matanza de civiles en My Lai, donde asesina a más de quinientos niños, mujeres y ancianos vietnamitas. Así es cómo el Sistema enseñaba los dientes para frenar el avance del comunismo, aunque la izquierda no democrática, en el lado opuesto, se mostraba peor que el capitalismo al eliminar las libertades en pos de una supuesta igualdad y justicia social. Lo uno y lo otro, capitalismo y comunismo, representaban al Sistema desde sus opuestos ideológicos: dictaduras camufladas como democracias y totalitarismos comunistas reprimiendo cualquier atisbo de libertad. Ése era el juego durante la Guerra Fría, donde la Revolución Psicodélica, que proclamaba el amor y la paz, no encajaba en las dinámicas de repartición y dominio del planeta. ¿Quién estaba en lo correcto? Nosotros lo teníamos claro, yo mucho más después de asistir a la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué es la especie humana? ¡Pura basura! Pero nosotros tomábamos el sacramento para elevar la conciencia, para promover un mundo mejor, y la Hermandad mantenía viva la revolución frente a un Sistema que creaba leyes, de acuerdo sus intereses, y que con la ilegalización de los psicodélicos enfatizaba los límites de una libertad ya mermada de por sí. Con ello, Owsley Stanley fue detenido a finales de 1967 con 300.000 dosis de LSD y posteriormente condenado a tres años de prisión, pero Tim Scully y Nicolas Sand le tomaron el relevo para producir la famosa variante de LSD conocida como *Orange Sunshine*, aunque Owsley Stanley, ese mismo año, aún tuvo tiempo para inundar de ácidos

el Verano del Amor en Haight-Ashbury. Había que mostrar el rechazo frente a la ilegalización y se organizó una peregrinación a San Francisco, La Meca hippie. Ya sonaba ese tema compuesto por John Phillips e interpretado por Scott McKenzie cuyo estribillo dice: “Si vas a San Francisco, no te olvides de llevar flores en el pelo... Si vas a San Francisco, el verano será una celebración de amor...” Era el tema promocional del Festival Pop de Monterrey, evento cumbre del Verano del Amor. Yo estaba dispuesto a distribuir los miles y miles de ácidos que me regaló Owsley Stanley, y también, cómo no, a divertirme de lo lindo... La Revolución Psicodélica detonaba en California, y el Verano del Amor era el contraataque propagandístico frente a la intolerancia del Sistema, sentíamos que algo se movía y la música avivaba las aspiraciones de cambio. Aquel año sonaban The Beatles con el *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* (de tendencia psicodélica), la Jimi Hendrix Experience sacaba su primer álbum, así como el grupo Pink Floyd, y ya sobresalían Bob Dylan, Simon & Garfunkel, Van Morrison, Janis Joplin, The Rolling Stones, Cream, Canned Heat, Jefferson Airplane, Grateful Dead, The Doors, The Who, Otis Redding y otros tantos. El centro de la peregrinación, por supuesto, era Haight-Ashbury, y por sus calles, día a día, aumentaba el número de visitantes, muchos de ellos dispuestos a disfrutar de aquel verano y otros con la curiosidad del turista, para ver qué pasaba, con la cámara de fotos. Allí, dentro del ajo, me sentía protagonista y a la vez impulsor de todo aquello, acompañado de mis dos chicas mientras regalaba ácidos. Con la percepción elevada vivíamos días históricos, una oda a la libertad, de una estética bien definida para exportar al mundo la nueva contracultura.

30.

Durante aquellos días en Haight-Ashbury conocimos a Roselin, una pelirroja delgada y pecosa vestida de tules bajo los efectos del ácido. Parecía de un planeta lejano, tan extraterrestre como Nubia y Jane, las Tres Gracias en primavera al verla juntas, de pasarela de modas en París, elegantes, elásticas, jóvenes y preciosas. Qué más se puede pedir cuando nos metimos en la Volkswagen para quitarnos la ropa y comernos a besos a nuestra nueva amiga. Ella no ofreció resistencia, sólo se dejó llevar mientras recorríamos su piel a besos. Nubia buscó su sexo. Allí llevó sus labios cuando Jane ya la besaba en la boca. Yo las veía

gozoso esperando mi turno. Y así se montó la fiesta en el reducido espacio de la camioneta, hasta que por fin tuve el camino libre para meterme dentro de Roselin. Después de transcurridos unos días le preguntamos si quería pertenecer a nuestra tribu, o sea, aceptarnos sentimentalmente de forma grupal, y dijo que sí; a fin de cuentas estábamos en la onda de los nuevos tiempos, de vivir una aventura sin igual con los gastos pagados. Yo era el científico y Jane la mecenas. Entonces mi convicción se vio ratificada: ya tenía la rubia, la negra y la pelirroja, pero aún faltaban por lo menos tres: una morena, una oriental y otra sin definir, para así, más o menos, abarcar el espectro racial. ¿Con qué finalidad? Con la finalidad de realizar una selección genética, algo así como los famosos guisantes de Mendel, para luego mezclar a nuestros hijos entre sí, acabar con cualquier pureza racial y de ahí partir hacia una especie más evolucionada en conciencia, el *Homo concientis*, bajo un origen compartido: el mío.

Lo último puede sonar egocéntrico, pero si conseguir seis mujeres no era tarea fácil, más difícil sería que accedieran a procrear conmigo como si fuera el gurú de una secta familiar, y la hipnosis, por supuesto, sería de gran ayuda para adecuarlas a mi fin. Jane ya sabía de mis planes, en ácido llegamos a la misma conclusión, lo hablamos muchas veces y ella me ofreció su respaldo económico. Parecía una locura, pero los hechos convergían en el sentido correcto. En la mansión fue cuando se me abrió la mente y lo vi tan claro, demasiado claro como para no contárselo a Jane. Nubia también decidió entrarle al juego, estaban las dos dispuestas. Nos reímos mucho. Tendríamos aquella residencia para vivir con nuestra numerosa familia. Roselin tampoco lo dudó y allí las senté cómodamente en sesión de hipnosis para troquelar en su cerebro nuestro cometido, para que no hubiera ninguna deserción y fueran madres de niños posthumanos.

Caminar con ellas era como para no llamar la atención, yo parecía una mezcla de traficante y *play-boy* hippie, algo *sui géneris*, con el sexo libre y las drogas, un tiempo incomparable para encontrar mi esencia bajo el papel de psiquiatra transformado en agente de la CIA, pasándolo, de paso, en una nube de placer. Me dejaba llevar sumergido en esa ola tan *groovy*, de una realidad luminosa y ondulante. Tres diosas formaban mi séquito y faltaban otras tres para ir tan bien servido como un Sultán. Jamás hubiera imaginado algo así, cosas del destino, ser el elegido para realizar labor tan primordial. ¿Quién si no yo? Las imitaciones no eran posibles, los sucesos así lo indicaban, demasiado casual alguien tan

parecido a mí, con idénticas ideas y puesto a cumplirlas, y en esa tarea, repito, me dejaba llevar por esa corriente que dominaba también mi espíritu, pues había evolucionado en conciencia para ser posthumano y mi misión ya la tenía clara: modificaría al primitivo *Homo sapiens* hacia una mejor versión. ¿Alguna tarea más loable? ¿Ser el origen de una nueva especie destinada a poblar el Planeta Tierra? ¿Ser el catalizador en el salto evolutivo? Seré como un Gran Padre para mis descendientes, el origen de todos ellos, con seis diosas en un monte mucho más allá del Olimpo, y gracias, por supuesto, a la ciencia y no a supercherías religiosas que tratan de dar, sin conseguirlo, algún fundamento sobrenatural ante lo incomprensible. En el nuevo mundo la ignorancia estará desterrada, por saber del origen compartido y poseer la noción del Dios verdadero.

31.

En el año 1968 la juventud occidental, ajena y enfrentada a los Sistemas, ya tenía su música, una nueva forma de pensar y un ideario emanado del marco teórico de pensadores como Aldoux Huxley, Herbert Marcuse, Norman O. Brown, Theodore Roszak, Timothy Leary, Wilhelm Reich, Raoul Vaneigem y Guy Debord; aunque en Europa Occidental se miraba hacia la izquierda, con una fuerte presencia del Partido Comunista en Francia; mientras que en el bloque comunista, concretamente en Checoslovaquia, se proponía una visión de cambio hacia posturas más democráticas. Los ideales emanados de la Revolución Psicodélica y el Movimiento Hippie habían contagiado a una parte de la juventud mundial, que buscaba soluciones para mejorar la sociedad, quería vivir de forma distinta y el horizonte era tan extenso como sus vidas; a fin de cuentas, nada se perdía por intentarlo...

“Imaginación al poder”, gritaban los universitarios franceses cuando se levantaron en contra del gobierno. Luego se les unieron los obreros industriales y el Partido Comunista, en una huelga general seguida por nueve millones de trabajadores. Las protestas duraron casi dos meses y el espíritu de estos sucesos se extendió por algunos países de Europa y Latinoamérica; pero el Verano del Amor, sin embargo, fue mucho más divertido que unas revueltas políticas que no pretendían un cambio multitudinario de conciencia, de ahí que la imaginación al poder se quedó en poco imaginativa por centrarse exclusivamente en lo material.

El 4 de abril, en la ciudad de Memphis, Estados Unidos, es asesinado Martin Luther King, líder del movimiento por los derechos civiles de la población negra. Un francotirador le metió una bala en la garganta, pero el Sistema fabricó el oportuno culpable. Unos meses después, con este escenario de represión, las revueltas sociales y las protestas en contra de la guerra, se llevaron a cabo las elecciones presidenciales el 5 noviembre de 1968. Ganó Richard Nixon, un reaccionario al servicio del Sistema que ampliaría la guerra encubierta para acabar con los movimientos de izquierda, y, en base a ello, recibí nuevas instrucciones de Allan Wolf...

–Ahora pasamos a una nueva fase, ya hay que poner fuera de juego a los enemigos...

–¿Ponerlos fuera de juego? –pregunté, mientras que Allan me entregaba un paquete con un kilo de marihuana.

–Sí, ya sabes, meterlos en la cárcel con pruebas falsas, matarlos y que parezca accidente o, si la cosa se pone difícil, los asesinamos y se acabó...

Yo alcé las cejas, como mostrando indiferencia, y dije para seguirle el juego:

–Qué les den por culo.

Pero Allan sonrió y añadió:

–Pues a ti, te toca Timothy Leary...

Sentí un vuelco en mi interior, como si saltase al vacío, y pregunté:

–¿Le quieren matar?

–No. ¡Coño! A ése es mejor encerrarle, asesinarlo parecería una conspiración...

–¿Entonces? –pregunté con el propósito de saber mi rol.

–Pues le metes ese paquete de mota en el carro, luego das el aviso y lo atrapamos...

¡Menudos hijos de puta! Y a mí me tocaba el trabajito, no había nadie mejor. Tendría que visitar a Leary y hacer algo en contra de mi voluntad. Él, después de pasar un corto periodo en México, llevaba viviendo casi dos años en Laguna Beach, en la comuna de la Hermandad donde recibía refugio y sostén económico. Los hermanos se proponían cuidar de su gurú y seguir adelante con una revolución donde Leary era el principal protagonista. Kesey, sin embargo, al regresar de México se retiró de la escena tras cumplir cinco meses de cárcel, todo lo contrario de Leary que dio un paso al frente.

Decidí ir a saludarlo sin mis chicas y quedarme un par de días para colocarle el paquete. Me apenaba ser tan rastrero con un amigo al que admiraba por ser un psiquiatra

excepcional, un colega al que debía por fuerza traicionar; ser yo tan ruin, tan mierda para hacer algo así.

Llegué a la granja de la Hermandad cuando se disponían a comer, todos ellos con atuendo playero. Allí me hicieron un lugar al lado de Leary que se contentó por verme. Al tenerlos ahí sentados, con los alimentos vegetarianos en los platos, con John Griggs y mi amigo Leary tan cerca, no pude más que levantarme, ir a por el kilo de mota y decir: “Aquí les traigo este regalo.” Ya me daba lo mismo, no podía traicionar a los míos. Revisarían el coche de Leary sin encontrar nada y así quedaría el asunto resuelto. Ellos, los miembros de la Hermandad, mantenían engrasada la revolución distribuyendo los tan necesarios psicodélicos, pero para el Sistema eran la mafia hippie, cuando en realidad lo hacían por convicción y con el objetivo de derribar a los gobiernos del mundo. Ésa era su forma de lucha en contra del capitalismo y el comunismo, sistemas basados exclusivamente en lo material. Los integrantes de la Hermandad eran idealistas, sí, pero proponían algo distinto, no representaban lo mismo de siempre: los poderosos oprimen y se valen de los débiles; la justicia y la salud no es igual para todos; la libertad es a plazos y los derechos civiles no alcanzan lo que pretenden; dicen que fumar hierba es malo mientras hacen la guerra, fabrican armas para el exterminio y se enriquecen a expensas del poder, como si tuvieran, con tales antecedentes, la calidad moral para decir lo que está bien, lo que debemos hacer o no. Así son, aquí y allá, los que gobiernan el mundo, y la solución pasaba por abrir conciencias con el ácido lisérgico.

Y eso fue lo que hicimos para celebrar mi llegada o porque era lo habitual, comernos un ácido e ir a la playa. Allí, ya con el subidón, me enrollé con Margarita, una mexicana de cabello oscuro y sonrisa luminosa, una preciosa chaparrita que caminaba con actitud, con la cabeza alta y los pechos hacia delante. Era el amor libre, ya se sabe, lo hice con condón porque las gonorreas estaban a la orden del día. Margarita me pareció perfecta para incluirla como variante de orden racial, una morena de rasgos indígenas que sumaría a la rubia, a la negra y a la pelirroja, la gama por ahora a mi alcance. El sexo se nos dio bien. Yo le gustaba y ella a mí. Le dije que quería hipnotizarla. Se rió e hice lo propio. Luego le recité el mantra para insertar en su cerebro, en lo más recóndito de su mente, la idea de una gran familia destinada a procrearse hasta el infinito, para más tarde añadir un surtido de sexo, drogas y un tipo de vida considerada placentera, algo para no rechazar en aquel

ambiente, siendo tan joven y dentro de la vorágine, con el ansia de una mexicana de carácter aventurero. Y sí, Margarita no dudó en subirse a mi auto para salir con dirección a San Francisco.

Un mes más tarde recibimos una mala noticia, sobre todo para Jane, pues sus padres habían muerto en un accidente de avioneta, en Botswana, cuando estaban de safari. Esta situación le hizo depender aún más de mí, por ser su apoyo y la persona más cercana, y así, sin proponérmelo, pasé a tener un dominio total sobre ella, sin ser, por supuesto, ésta la finalidad, pues éramos la pareja perfecta, como si hubiéramos sido creados para estar siempre juntos. Con la muerte de sus padres, por ser hija única, le cayó una fortuna de ésas a dilapidar en cuatro o cinco generaciones, suficiente para disponer de lo necesario y sacar adelante mi plan.

32.

El 26 de diciembre de 1968 detuvieron a Timothy Leary en Laguna Beach; le encontraron, en el cenicero de su automóvil, las colillas de dos porros de marihuana, una cantidad mínima que no suponía tráfico de drogas. Leary se defendió con la argucia de ser víctima de una conspiración oficial, que le habían plantado la marihuana, pero aún así pagó una fianza para quedar en espera de juicio. Más tarde, el 19 mayo de 1969, la Corte Suprema dio la razón a Leary al declarar que la Ley de Impuesto sobre la Marihuana era ilegal y anuló su primera condena de 1965, y justo ese mismo día, entusiasmado con la noticia, anunció su candidatura para Gobernador de California, en contra del republicano Ronald Reagan, para intentar legalizar el consumo de drogas en California y después presentarse a las elecciones presidenciales. Pero, si eso parecía una victoria, pronto llegó la respuesta de la contraparte, pues a principios del mes de agosto me reuní con Allan Wolf...

–Ya llegó el momento... –decía–. Está todo preparado para infiltrarnos en la Hermandad... Ayer, John Griggs las diñó.

–¿Cómo? –pregunté sorprendido.

–Sí... Le pasé una dosis de PCP para que la probara... No aguantó el hijo de puta –se regodeó con una sonrisa y añadió–: Ése era el plan, acabar con él para poner en su lugar a uno de los nuestros...

–¿Y cómo lo van a hacer? –pregunté para sacarle información.

–Es sencillo... Le llegamos a la Hermandad con un kilo de LSD, en manos del Morsa, y ya tenemos a nuestro hombre dentro de la mafia hippie, y, a partir de ahí, sabremos cómo es el trasiego de drogas dentro y fuera del país... Ya ves, una operación de gran calado para infiltrarnos en las redes internacionales del narcotráfico, una oportunidad única.

–¿Y quién es el Morsa?

–¡Coño! Pues Ronald Hadley Stark...

–¿Ronald Hadley Stark?

–Sí, coño, el Morsa, uno de nuestros mejores agentes...

–¿Y dónde encajan Scully y Nicolas Sand? ¿Ellos producen el *Orange Sunshine*? – pregunté.

–A esos ya los tenemos casi fuera de juego... La Hermandad necesitará pronto a un suministrador más seguro, si no se les acaba el negocio...

A los pocos días, después de esta reunión, las noticias abundaban en un dramático y sangriento suceso, sobre unos asesinatos rituales acaecidos en una mansión de Beverly Hills. Entre las víctimas se encontraba la actriz Sharon Tate, esposa del director de cine Roman Polanski, que estaba embarazada de ocho meses y medio. Los hechos habían sido brutales, las víctimas torturadas, acuchilladas con saña. Con ese soniquete en las noticias nos metimos en la Volkswagen con dirección a la localidad de Bethel, en el Estado de Nueva York, donde se celebraría el Festival de Woodstock, *3 Días de música y paz*, durante los días 15, 16 y 17 de agosto, en onda totalmente hippie. Siempre hubo intrépidos para organizar este tipo de eventos, que alimentaban y a la vez servían de plataforma para atraer simpatizantes, aunque en este caso el costo de las entradas era demasiado elevado, de ahí que, en un principio, el concierto tenía un indudable sesgo mercantilista. El viaje era largo pero merecía la pena acudir con las chicas. Quité los asientos traseros para instalar una colchoneta y unos cojines grandes. Íbamos por la Ruta 66. En el trayecto recogimos a dos jóvenes que se dirigían al festival, una japonesa muy guapa, vestida de tules, y un joven con el pelo cortado a cepillo y sin apariencia hippie. Ella era de Kyoto, llegó con sus padres tras la guerra, algo similar a lo mío pero en otras circunstancias. Su padre colaboró como intérprete para el ejército estadounidense, un traidor que emigró a los Estados Unidos para buscar nuevos horizontes en una cultura ajena, y así Naoko, su hija, ahora inhalaba el humo

para colocarse dentro de la camioneta. La música rock nos envolvía. Era la satisfacción de sentirse libres sobre cuatro ruedas, viendo cambiar el paisaje, los pueblos y ciudades, con ese espíritu de renovación y aventura. Llegamos dos días antes a la granja donde se celebraría el festival y estacionamos en la zona asignada. Los organizadores esperaban a sesenta mil espectadores y los chicos de la Hermandad llegarían cargados de ácidos. Yo llevaba una buena dotación de auténticos *Orange Sunshine* para hacer feliz a la gente, porque se preveían tres días de fiesta como celebración de los nuevos ideales, un espectáculo multitudinario que, repito, serviría de propaganda para los aún no convertidos, una demostración de que ese camino, el de la verdadera libertad, era posible.

Naoko pareció estar a gusto con nosotros y decidió no separarse del grupo, todo lo contrario de su amigo que se fue detrás de otras nalgas cuando comprobó lo inútil de intentarlo con ella. A la primera oportunidad la desnudamos y así entró a formar parte del clan. Ya eran cinco: Jane, la rubia sensible y siempre enamorada; Nubia, la negra de andar sensual y pechos sublimes; Roselin, la estilizada pelirroja de tez blanca y pelo lacio; Margarita, la simpática morena de rasgos amerindios; y Naoko, la oriental de piel transparente y presencia refinada. Yo me sabía afortunado con tanta belleza para mi disfrute, con drogas y dentro de la vorágine, en el mismo centro, allí en el campo, rodeados de jóvenes con la mente puesta en pasarlo bien. Eran tiempos épicos, hubo que estar ahí para saberlo, nos sentíamos poderosos, proponíamos una nueva estética, una nueva música y una nueva forma de afrontar la realidad.

El primer día de concierto, capitaneados por un grupo anarquista, los que no compraron entrada derribaron las vallas y toda la gente entró sin pagar. Las carreteras estaban colapsadas y muchos llegaban a pie, una masa humana que se extendía hasta el horizonte. Por ahí vi a Allan Wolf vendiendo heroína barata, y dispuesto, con toda probabilidad, a cogerse a cualquier chica con las facultades mermadas. No había prejuicios para tener sexo bajo una cobija, en algún lugar apartado pero siempre a la vista o a la orilla de un riachuelo tras unos arbustos. Los porros corrían de mano en mano, igual que los ácidos, mientras la música sonaba. La experiencia era doble, triple, cuádruple, infinita con tantos afines buscando algo similar, en la misma onda. Sonrisas, abrazos, buenas sensaciones y mucha alegría. No paraba de llegar gente y rápido se me acabaron los ácidos.

El segundo día en aquella granja lechera acampaban más de cuatrocientas mil personas, la mayoría compartiendo el sacramento. La CIA experimentó con el LSD para fines de guerra y ahora esa sustancia servía para unir a los humanos bajo la bandera del amor y la paz. Huxley decía que todos tenían derecho a disfrutar de la experiencia y Woodstock era la prueba de fuego, aunque algunos, regañados por su subconsciente, no tendrían tan buen viaje; el riesgo ya se sabía, pero la ignorancia y estupidez humana siempre trabajan en contra cuando se pierde el respeto hacia una sustancia tan poderosa. Luego comenzó a llover con fuerza, una gran tormenta, y al rato estábamos en un lodazal. Eso le daba un toque más romántico, de cómo cuatrocientas mil personas se mantenían drogadas en medio de la calamidad: empapados hasta los huesos, con el barro por los tobillos, las carreteras atascadas con los miles de coches que no pudieron llegar, escasez de alimentos, servicios médicos insuficientes y lo estimable para atender a cuatrocientas mil personas congregadas en medio del campo que debían de hacer sus necesidades durante tres días. Pero la fiesta continuaba, no era plausible defraudar a los congregados y para eso estaban las drogas, el sexo y la música rock, ingredientes de un lema para la nueva contracultura. El sábado la música estuvo mucho mejor, con bandas como Santana, Canned Heat, Grateful Dead, Creedence Clearwater Revival, Janis Joplin, The Who, y Jefferson Airplane. Con toda probabilidad jamás se había juntado a tanta gente en un mismo lugar, quizá en las grandes batallas de la historia cuando los ejércitos se la jugaban en un solo acto; pero aquí, sin embargo, la paz sonaba bajo los ritmos de la música rock, algo inédito en la historia de la Humanidad. Era una conquista, eso mostrábamos al resto del mundo: que una inmensa multitud de jóvenes convivía en precarias condiciones y a la vez disfrutando entre la lluvia y el fango.

El tercer y último día los ácidos no nos hacían efecto, pero descansábamos en la camioneta para cobijarnos de la lluvia, como cuando terminó la actuación de un portentoso Joe Cocker, que suspendieron el concierto por varias horas porque los rayos amenazaban las torretas de iluminación. Mientras deambulaba entre la gente me topé con Allan Wolf, que, al verme acompañado de mis cinco chicas, dijo:

–No te distraigas, cabrón, no te distraigas...

Yo contesté esbozando una sonrisa, y él, con la mirada de un loco, añadió:

–Hay que matarlos... Hay que matarlos...

Lo primero lo decía por envidia, de verme como un príncipe hippie con tan variada colección de mujeres, algo, por demás, no carente de lógica, pero lo segundo me sonó de muy mal gusto y pensé, en aquel instante, abandonar la CIA y marcarlo así como una prioridad: ya estaba harto de Allan Wolf y de todo lo que tuviera que ver con el Sistema.

Sentíamos el cansancio pero aún quedaban buenos conciertos, sobre todo el de Jimi Hendrix, un guitarrista excepcional que hacía del instrumento su propio ser, y también Alvin Lee al frente de Ten Years After, aunque la tormenta atrasó el horario y vimos a Jimi Hendrix, nada más despertarnos, en la madrugada del lunes.

El Festival de Woodstock supuso un hito para el Movimiento Hippie, pero aquellos asesinatos de Beverly Hills derribarían cualquier triunfo, pues el 16 de agosto, mientras que una multitud celebraba a la vida, detuvieron en California, en un rancho del Valle de la Muerte, a los integrantes de una comuna como sospechosos de cometer los atroces asesinatos bajo el mandato de su gurú, un tal Charles Manson. Las autoridades enseguida le echaron la culpa a los daños mentales producidos por el LSD, pues unos jóvenes devenidos de la escena y estética hippie fueron los degenerados capaces de cometer tales actos, y bajo tal signo se condenaba a todo el movimiento y cualquier uso de sustancias que alterasen la percepción, con las ya consabidas excepciones del café, el alcohol y los barbitúricos. Nosotros sabíamos que relacionar a la Familia Manson con el Movimiento Hippie y las drogas era pura patraña, porque los acólitos de Manson estaban bajo la influencia de alguien tan hábil para rodearse de mujeres guapas que accedían a tener sexo con quien él designara. Es la atracción de la personalidad, la mirada penetrante, los argumentos casi sobrenaturales de mensajes encriptados en canciones de The Beatles, tener esa capacidad para embaucar a la presa seleccionada; algo parecido a Jesucristo, que llegó a tener doce apóstoles, aunque él no se dedicó a matar por venganza o para desencadenar una guerra racial, cuando su mensaje, a fin de cuentas, murió en la cruz, y siempre con la duda de que Jesucristo no sea un refrito de profetas anteriores, pues las referencias históricas así lo indican; otro caso distinto es el de un profeta que asaltó caravanas para financiar su movimiento, hizo la guerra y dirigió ejércitos para someter con su Dios (debe ser el de la violencia), algo más cercano a lo de Manson. Son las capacidades de algunos hombres para dominar la mente y voluntad de las personas, y Manson se ajustaba al modelo, pues, como supe más tarde, lo prepararon en el proyecto MK-ULTRA de la CIA, destruyendo su

personalidad con sesiones de PCP (*clorhidrato de fenciclidina*), para luego reconstruirla mediante hipnosis y troquelar en su cerebro la misión a cumplir. Una gran y celebrada obra del mismísimo Adolf Weiss.

33.

A la campaña electoral de Timothy Leary, para Gobernador de California, se le unió John Lennon, de The Beatles, que compuso la canción *Come Together* de tema promocional, pero el 21 de enero de 1970 le echaron diez años a Timothy Leary por los hechos de 1968 y otros diez por los de 1965 (la sentencia absolutoria había sido recurrida por el gobierno), veinte años en total por la posesión de unas pequeñas cantidades de marihuana, que le impedían continuar con sus aspiraciones electorales. El Sistema, con Richard Nixon a la cabeza, incrementó la represión por medio los cuerpos represivos del estado (CIA, FBI y divisiones policíacas), para acabar, de una vez por todas, con los movimientos contestatarios, cuando parte de este plan pasaba por eliminar a algunos de los más destacados músicos de rock, bajo la apariencia de muertes accidentales o por abuso de drogas, y así ejemplificar el peligro del ideario propuesto por la Revolución Psicodélica: las drogas ilegales matan y crean dementes como Charles Manson.

–Ya tengo la lista, a ti te toca vigilar a Hendrix –me dijo, cierto día, Allan Wolf.

–¿A Jimi Hendrix? –pregunté con extrañeza.

–Sí coño... No es posible que un puto negro sea la estrella musical del momento... Hay que eliminarle como a estos hijos de puta –y me pasó una lista.

Le eché un ojo y allí estaban Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison, Paul Kossoff, John Lennon y algún otro.

–¿Pero no querrán que yo lo mate? –pregunté con desconfianza.

–¡Coño! ¡Claro que no! Tú haz lo de siempre, el resto es para los especialistas...

Por lo menos esa respuesta me quitó el espasmo, el repentino escalofrío, la congoja de tener que asesinar a un semejante, a alguien tan talentoso, al mejor guitarrista de rock. Querían descabezar la revolución en lo creativo, la banda sonora cargada de mensaje que hacía las veces de estandarte de los nuevos tiempos. Yo ya estaba harto de ser agente de la CIA y vendedor de drogas, de tener que tirar kilos de heroína por el retrete, de traicionar a

los míos, y se hacía necesario, para mi estabilidad mental, abandonar la Agencia en el momento más propicio, con la excusa de tener una novia forrada de dinero como para realizar trabajos de campo en una guerra encubierta. Todos, incluso Martin, comprenderían mis razones, además mis tareas dentro de la agencia no eran de importancia y nunca había dispuesto de información privilegiada, aunque también me ofrecieron trabajar como psiquiatra al estilo de Martin y de Adolf Weiss.

Puesto a hacer la que sería tal vez mi última misión, no tuve mucha dificultad para adivinar dónde se encontraría Jimi Hendrix, con la gira *The Cry of Love*, pues el 30 de mayo actuaría en el *Berkeley Community Theatre* para demostrar su plenitud como estrella de la música rock. En cuatro años ya era el artista mejor pagado del mundo. Yo había tenido la ocasión de escucharle en los festivales de Monterrey y Woodstock, pero aquella noche, probablemente, dio el mejor concierto de su vida. Hendrix salió al escenario con vestimenta azul clara de corte psicodélico: pantalones acampanados desde la rodilla, mangas colgantes, un pañuelo a la frente, y una guitarra blanca Fender Stratocaster que sonaba como si Dios la tocara. Fui con las chicas para no perdernos al mismísimo Jimi Hendrix que la CIA quería liquidar. Y allí, en ácido, bailábamos a unos cuantos metros del escenario, con él tan cerca atravesándonos con su sonido distorsionado. Las canciones se sucedieron, entre el asombro y placer de los asistentes, hasta llegar al *Voodoo Child (Slight Return)*, y en ese instante, cuando Hendrix comenzaba con el *wah-wah*, concluí que le dieran por culo a la CIA. Luego el extraterrestre continuó interpretando como acostumbraba, hincado de rodillas, con la guitarra por detrás de la cabeza, debajo de las piernas, tocando con los dientes... y así terminaba el espectáculo. No perdí más tiempo y con las chicas me dirigí hacia la parte trasera del escenario. Los de seguridad, al verme acompañado de tan variada belleza, me dejaron hablar con el *road-manager*. Le conté que Jimi me había encargado unos ácidos. No hubo problema y nos dejaron pasar... Jimi no se acordó de mí porque no nos conocíamos, pero hice como si fuera su hermano de toda la vida y le regalé, nada más entrar, unos cuantos *Orange Sunshine* y un par de mescalinas. Al parecer, Jimi agradecía ese tipo de presentes y charló un rato con nosotros, contento también de estar con las chicas, aunque tuviera a su disposición una serie de *groupies* con las que alternar, una de las cuales, como una pantera negra, permanecía muy coqueta sentada en un sillón. Al despedirnos abracé a Hendrix y le dije al oído que tuviera mucho

cuidado, que la CIA lo quería matar. Él no dijo nada, sólo se limitó a mirarme como si yo estuviera loco.

Ya en la calle, al caminar hacia el estacionamiento, nos fijamos en una joven morena de rasgos hindúes. Ella sonrió, era una señal: se subió a la camioneta. Así es como conocimos a Daya, la última de mis chicas para sumar un total de seis, justo las necesarias para empezar la progresión genética. Era oriunda de Delhi pero se crió en Londres, donde su padre tenía una tienda de productos orientales. Se veía exquisita, medio escondiendo las curvas bajo un vestido de seda ondulante a la brisa, cuando ya estábamos en la mansión. Daya no dudó en unirse a nuestro clan, era lo propio de acuerdo a las sesiones de hipnosis, los lujos en aquella mansión, el mucho dinero para ver cómo luce el sol, más el sexo y el obligado dispensario de sustancias psicodélicas, y yo ya tenía claro, demasiado claro, el sistema a seguir... Los conceptos referentes a los trastornos de la conducta son erróneos, pues sólo admiten como tales a las neurosis (obsesivas-compulsivas, hipocondrías, relaciones de conversión y conductas disociadas) y las psicosis (esquizofrenias, paranoias, desórdenes maniaco-depresivos y reacciones psicológicas por un funcionamiento biológico anormal), mientras que la realidad es otra distinta cuando se ve degradada por la injerencia de comportamientos ajenos que nos afectan de manera negativa, algo más allá y mucho peor que cualquier trastorno psicológico, pues de manera consciente se hace daño al prójimo por medio de la violencia y la injusticia, como es, por ejemplo, basar los modos de mecanismo social bajo la pulsión del materialismo, con la avaricia y la usura como principios aceptados, conductas muy normales que, en lo general, se suman a la imperfección psicológica del *Homo sapiens*, una especie neurótica cuya extinción estaría justificada para salvar al Planeta Tierra de su perversa depredación: el humano es poco inteligente y muy peligroso... Y dentro de la selección racial yo había dejado fuera, intencionalmente, a cualquier supuesto sucesor del mitológico Abraham, esos pueblos que han causado tantos problemas con sus falsos dioses, hecho que ameritaba, sin lugar a dudas, su exclusión en la mezcla de sangres para crear la nueva especie que poblará el mundo del futuro, cuando los *homos sapiens* en su mayoría deberán desaparecer, salvo unos pocos ejemplares que vivirán en su hábitat natural, en reservas del Amazonas y otros lugares recónditos.

34.

Viajé hasta Langley para hablar primero con Martin y después con un alto cargo que admitió mi renuncia a cambio de total silencio y “muchas gracias por servir a esta gran nación”. Así de sencillo. Al día siguiente asistí a una barbacoa con Martin, su mujer y unos cuantos “compañeros”, o sea, una pandilla de verdaderos hijos de puta que no cesaban de banalizar con diálogos y bromas de mal gusto, de beber cerveza y comer salchichas grasientas. En el fondo ellos creían, incluso Martin, que yo lo dejaba porque las drogas me habían dañado el cerebro, con tanto LSD y una vida de desenfreno. Pero esa pandilla de barrigones, con sus gritonas mujeres, representaban la decadencia total de los vasallos del Sistema, algo similar a cualquier *yonki* en busca de una dosis de heroína.

Inmediatamente nos trasladamos a la mansión. Lo primero fue despedir a los empleados para contratar personal de origen asiático y así evitar fugas de información sobre nuestras futuras actividades. Como la casa estaba a las afueras de San Francisco no había problema en ir y venir, pues una vez a la semana, acompañado de Jane, asistía a las juntas para tomar decisiones en el grupo de empresas, además de revisar cuentas y balances generales. En la mansión había que realizar cambios diversos, como construir edificios aledaños, muros más altos para una mayor discreción, cámaras de seguridad, alarmas y lo necesario para echar a andar el proyecto. Aparte de estas cuestiones, de orden material, tuve que regular la menstruación de las chicas a la primera noche de luna llena, para sincronizarlas con el Cosmos y después de tres ciclos dejarlas embarazadas. Ellas serán las Evas del nuevo mundo donde sus descendientes vivirán en paz, hijos con un mismo origen para generar una progresión genética que eliminará cualquier rastro de pureza racial, niños índigos que estarán en contacto, desde recién nacidos, con el Alma Universal. Ellos, más tarde, serán los encargados de modificar su propio genoma para llegar al *Homo concientis*.

Hay una especie de primates que viven al sur del río Congo, los bonobos (*Pan paniscus*), que son muy parecidos a los chimpancés (*Pan troglodytes*) pero más pacíficos, pues no son territoriales ni forman clanes ni se pelean entre ellos hasta llegar a matar como hacen los humanos y chimpancés, ambos muy distintos de los pacíficos bonobos que a diferencia de sus parientes son más comunitarios, tienen una actividad sexual considerable y morfológicamente son más estilizados. Comparando los ADN de los chimpancés y los

bonobos, se podrá determinar cuáles son los genes causantes de las conductas no solidarias y violentas, para modificar (dado que el noventa y ocho por ciento de su ADN es idéntico al del *Homo Sapiens*) la genética del humano hacia una versión más pacífica. Es cuestión de tiempo hacer progresar la ciencia para alcanzar nuestra meta, aunque no quedará más remedio, después de lograrlo, que exterminar paulatinamente a una especie tan peligrosa e incapaz de cuidar el Planeta Tierra, pues el origen de los males, de la depredación sin fin, de la violencia, está en el genoma humano, y no hay religiones de los falsos dioses que remedie su mentalidad, pues contribuyeron con sus falacias a lo contrario.

Yo le daré al mundo la religión verdadera, el culto a Abraxas, el Dios de la dualidad en armonía, algo que me remite a un cuadro de Mati Klarwein, fechado en 1961, cuyo título es *Annunciation*, que es portada del álbum *Abraxas* del grupo de rock Santana. En esta pintura aparece una Virgen negra desnuda, sentada de manera sensual, que recibe la visita de un ángel montado en una conga. La Anunciación es un tema ya tratado por la mitología católica, pero ahora sucede en un planeta psicodélico donde en el cielo azul claro, moteado de diminutas nubes, flota una luna naranja envuelta por atmósfera brumosa. El ángel es rojo y azulado de izquierda a derecha, así como el *yin* y el *yang*, como la dualidad, y con el dedo índice señala hacia arriba, a la primera letra del alfabeto hebreo, el Aleph, como símbolo del nacimiento de un nuevo mundo. Libertad sexual y armonía con el LSD, mensaje para una especie en crisis, en ese planeta lejano que es el mismo Planeta Tierra del futuro, ahí donde Abraxas será su Dios, una configuración metafórica de la existencia, de la felicidad cuando se consuma la armonía entre las partes, el logro de la Utopía, el fin último en la evolución. Así, por mi medio, el humano evolucionará hacia una especie superior que dignifique al Universo.

Qué decir de mi entusiasmo en aquellos días con el proyecto en su génesis, de ver cómo todo prosperaba sin complicaciones, con mis seis diosas para el amor, el sexo y la procreación, entonados en un mismo canal, pero siempre, eso sí, con la frecuencia y dosis de psicofármacos para no dañar la mente. Ahora practicábamos el sexo con MDMA (*3,4-metilendioxi metanfetamina*), una sustancia cuya fórmula es parecida a la mescalina, con muy leves efectos visuales pero con la capacidad de generar placer hasta llegar al Nirvana Tántrico, aumentar la empatía y decir: ¡La vida es maravillosa! Y después de esa sensación, por unos días, parece como si hubiese cambiado la música de fondo en la película de tu

vida, cuando en los fotogramas aparecen ellas en un sofá semicircular con las piernas abiertas, un muestrario de vaginas para degustar con la suavidad de las ostras, tan sabrosas como la mejor fruta. Ellas, a todas luces, superaban mi estudio de aquellos días en la universidad, pues ahora eran coños perfectos en cuerpos perfectos. Después la fiesta se desata y es necesario, por cuestión práctica, que ellas se penetren con los dedos, se besen o acaricien por donde les plazca, y así, bajo los efectos del MDMA, ingresamos en otra dimensión del placer. Esta sustancia, por supuesto, entró a formar parte de la terapia de superación mental, la misma que emplearía con mis hijos y descendientes, más la mescalina, el LSD, la psilocibina y la marihuana, sacramentos imprescindibles en la sociedad del futuro, sin desestimar, desde luego, otras de nueva generación con efectos beneficiosos. No hay superación si se cae en el uso indebido de cualquier psicodélico, pero mucho peor son el resto de las drogas. Esto, como psiquiatra, lo tenía muy claro, demasiado claro, aunque con mis hijos buscaría las variantes para que su sistema los admitiera sin efectos secundarios indeseables.

35.

El 13 de septiembre de 1970, Timothy Leary dejó una nota de despedida cuando se escapó de la cárcel. Para la huída contó con la ayuda de la *Weather Underground*, una organización terrorista de izquierdas que recibió 25.000 dólares de la Hermandad por trasladar a Leary, junto con su esposa, hasta Argelia. Así continuaban las andanzas del último gran gurú de la Psicodelia. Unos días más tarde, el 18, muere Jimi Hendrix en la suite de un hotel, en Londres, al ahogarse con su propio vómito como consecuencia de una mezcla de anfetaminas y barbitúricos. Él era el primero en aquella lista. Sentí una enorme tristeza y mucha rabia, por esa advertencia al oído que recibí como respuesta una mirada o gesto de incredulidad. Lloré, claro que lloré; era un artista genial y mucho mejor que cualquier trabajador de la CIA. Ya sólo quería alejarme para siempre de ellos, ni Martin se libraba. Me pregunté, entonces, qué habría sido de Josef Mengele, más ahora que echaba a andar mi proyecto, aunque la diferencia, entre él y yo, era abismal.

Mis seis diosas, una vez alineadas con el Cosmos, quedaron embarazadas. El proceso trascurrió con normalidad, supervisado por mí con la ayuda del médico japonés de planta,

pues la mansión, en pocos años, se convertiría en una pequeña ciudad amurallada provista de los servicios necesarios, como hospital, escuela, centro de deportes, parques y naturaleza diversa, más los edificios para albergar a los trabajadores y a nuestra inmensa familia. Los empleados orientales sólo trabajaban ocho horas diarias, con dos días de descanso a la semana y les pagábamos dignamente. Por lo general buenas personas si se los trataba bien, aunque con los defectos habituales en los humanos. Las diosas seguían consumiendo las sustancias prescritas (MDMA, mescalina, LSD o psilocibina) alternadas cada cuatro días, con esa frecuencia para que los fetos desde el inicio se acostumbraran a los nutrientes cerebrales que les permitieran estar conectados, nada más nacer, con el Alma Universal.

A los nueve meses, según lo previsto, nacieron los bebés: tres niños y tres niñas, todos perfectos, que, una vez estabilizados, estuvieron aptos para recibir la primera dosis de MDMA, calculada de acuerdo a su peso y con los protectores hepáticos y renales para continuar con la misma terapia que tuvieron sus madres durante los embarazos. Para no complicarnos con los nombres elegimos las letras del alfabeto griego, indistintamente para cada género. Así, el primero de ellos, el niño de Jane, se llamó Alfa; Beta la niña de Nubia; Gamma el niño de Roselin; Delta la niña de Margarita; Épsilon la niña de Naoko; y Dseta el niño de Daya. Las diosas estaban felices con sus hijos, que dieron a luz en el transcurso de tres días con partos programados. Yo continuaba con las sesiones de hipnosis como refuerzo, para que ninguna cambiara de opinión por efecto de la maternidad. Éramos más que una familia.

A los once meses los niños ya caminaban, casi siempre sonrientes y más despiertos que otros a su edad. En el vientre de sus madres los estimulamos con luces, música y hablándoles mucho, para una vez nacidos continuar con terapias específicas para el desarrollo de su inteligencia. Les vino muy bien, asimismo, estar juntos para reconocerse antes de desarrollar el raciocinio. Cuando era preciso las niñeras orientales se ocupaban de los niños, pues las diosas, de acuerdo a lo programado, deberían tener cuatro hijos cada una en el menor tiempo posible. Al año y medio los niños ya hablaban, manteniendo conversaciones a un nivel del doble de su edad, y así, con la certidumbre sobre los protocolos psicodélicos utilizados, volví a dejar embarazadas a las diosas. Varias camadas se hacían necesarias para generar la enorme familia que se multiplicaría por sí misma para poblar el nuevo mundo; y mis hijos, los veinticuatro que llegué a tener en cinco años,

crecieron sanos e inteligentes, especiales, distintos a los humanos, con capacidades por encima de lo normal, y recibieron la educación para disponer de los elementos intelectuales que les permitirán llevar a cabo la gran obra para la cual están predestinados: cuidar la nave, este Planeta Tierra, con la bandera del amor y la paz.

Ahora son mis hijos los depositarios del futuro, la dicha será grande e infinita: la salvación del planeta con sus especies animales y vegetales. Supondrá un gran triunfo la desaparición del *Homo sapiens* con su rastro de violencia. Por suerte, la armonía posthumana reinará a través de los siglos para honrar al Universo, con una civilización que alcanzará cotas inimaginables de progreso científico hasta llegar a comprender el sentido total de la existencia. Entonces, la misión estará cumplida: Amor y Paz en el mundo.

36.

Soy Alfa, el primogénito de Markus Linder y Jane Hudson. La historia de mi padre quedó contada por él mismo y la prueba de mi existencia son estas palabras que ahora escribo, aunque muchos me desearán la locura, impedido para llevar una vida considerada placentera y feliz, sin daños psicológicos por el uso, desde la infancia, de los sacramentos que me permiten llevar a Dios dentro, conectado a él desde el mismo instante de ser concebido. Un estado así es imposible para los humanos, el hecho de ser feliz. Ellos son una especie menos desarrollada, por no decir inferior, porque no pretendo sentirme mejor, aunque así sea. Los humanos continúan matándose entre ellos, roban, esclavizan y hacen lo posible para complicarle la vida al prójimo. Así son, no lo pueden evitar. Se mueven entre la dualidad de hacer cosas maravillosas y, a la vez, amenazar con la destrucción del planeta. Los humanos han sido capaces de progresar desde las cavernas hasta crear inteligencias artificiales, realidades virtuales para sumergirse en una red casi infinita y fractal, intercambiando información, adictos a una tecnología que ya es parte fundamental en la evolución de una especie capaz de avanzar, sin lograrlo, hacia un mundo más justo. Es imposible porque la genética lo impide, esa dualidad que se manifiesta como una lucha entre el bien y el mal, sin equilibrio porque las conductas depredadoras están insertas en lo más profundo de su ser, cuando en el humano habría que presumir, por tener capacidad de raciocinio, la habilidad para escapar de su propia inercia destructora. Se necesita una

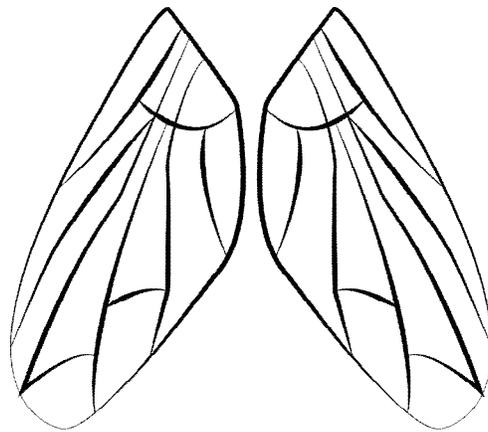
sociedad justa donde todos sean hermanos, así como nosotros los hijos de Markus Linder, nuestro Gran Padre, con un origen compartido, sin clases sociales, sin razas, hermanos dentro de la gran familia posthumana en cuyo centro está el culto a Abraxas, el Dios de la dualidad como representación, con un nombre reconocible aunque no una imagen, lo es el Universo, allí donde reina la paz y la armonía; el resto es la sombra, el “reverso tenebroso” que tanto adoran los humanos. ¡Pobres ignorantes! E instalados en la paradoja algunos agrandan su comprensión del mundo, mientras que la mayoría sucumbe ante las religiones de los falsos dioses, e incluso asesinan en su nombre. Los humanos son neuróticos por naturaleza, una falla que debe ser solucionada. Nosotros, los posthumanos, somos pacíficos pero no tontos. No es razonable que una especie inteligente actúe de manera parecida a los virus mortales, con su entorno y sus semejantes. El humano cuando asesina es capaz de hacerlo con saña, torturando para alargar el sufrimiento y satisfacerse con una euforia parecida al placer, e incluso llegan a violar a sus hembras y asesinarlas cruelmente, pulsión que llevan inserta en sus genes. Estas simples evidencias, más las guerras aniquiladoras que aún profesan como culto a la barbarie, cada vez con armamento más destructor, son razones suficientes para exterminar a los primitivos humanos, de otra forma dejarán el Planeta Tierra como un solar baldío. Nosotros no somos violentos, pero debemos ejecutar dicha medida para salvaguardar la atmósfera y los ecosistemas del planeta, sus especies animales y vegetales. Los posthumanos vivimos en armonía, sintonizados con las fuerzas positivas del Universo, que son las que predominan, y sabemos adaptarnos sin agredir a nuestro entorno. Por esta razón, el exterminio de la especie humana la realizaremos sin violencia, aunque sí mediante la acción de un virus, el HNR24, capaz de ocasionar fiebres e inflamar los genitales por tres o cuatro días, dejándolos estériles. Obtener la vacuna es de tal complejidad que no tendrán tiempo y quedarán infectados. Sólo dejaremos a un número reducido de ejemplares en reservas y zoológicos. Ya bastante daño hicieron. Su muerte será como acostumbran: de manera natural o por mano de la violencia, su violencia, pero ya no podrán reproducirse y en cien años desaparecerán. Cuando sepan que caminan hacia la extinción seguirán implorando a sus falsos dioses, a sus ídolos e imágenes, para que una nave gigantesca venga desde el espacio para salvar a los justos, y crearán nuevas religiones para tratar de evitar, por medio de la ignorancia, su irremediable destino. Al final nos dejarán toda su mierda, eso sí, sus cenizas y también, cómo no, sus logros. Entonces no

seremos muchos los posthumanos, pero pronto tendremos capacidad de reproducirnos en factorías para repoblar el planeta hasta su justa medida. Ya ocupamos cargos rectores en corporaciones industriales, ahí donde se asientan nuestros intereses para avanzar sin afanes depredadores. Nuestro Gran Padre murió hace tiempo y nuestras madres también, sus amadas diosas. Ya empezamos a crear posthumanos de segunda generación, con el ADN modificado, verdaderas joyas, chicos encantadores, algunos de los cuales ya tienen dieciséis años. Ahora son más de quinientos en total, pero las camadas aumentan con el implante de óvulos gestados para la comunidad, sin haber, por ello, una paternidad ni maternidad exclusivas, todos iguales como los demás posthumanos, hechos de la misma carne, del mismo verbo. Asimismo, ya nacen posthumanos de segunda generación de forma natural, sin implantes de óvulos, niños sin defectos, felices y avispados, que también reciben los sacramentos. Cada vez seremos más y conseguiremos alcanzar nuestro objetivo. Hoy es un día importante, trascendental, porque empezamos a diseminar el virus, sólo es cuestión de tiempo. El HNR24 tiene capacidad de permanencia, soporta tanto el frío como el calor, el ambiente seco y la humedad, y se transmite con eficacia por el aire y los fluidos. Llegaremos a todos los rincones del planeta, los humanos están condenados, mientras que nosotros, que físicamente no nos diferenciamos mucho de ellos, podremos soñar con un futuro de esperanza. Poner a la Humanidad de acuerdo para modificar su genoma hubiera sido imposible, con las restricciones de orden moral impuestas por sus religiones, con su legalidad absurda, incapaces de acordar lo esencial y mucho menos para organizarse con un sistema de gobierno planetario, pues aún se afanan en la pureza racial y los nacionalismos: son tribales, no evolucionan, el egoísmo se lo impide, el amor a la materia, su incomprensión sobre la existencia. Nosotros estamos vacunados contra el virus, pero muy pocos posthumanos lo saben: es una operación secreta. Los mayores, los que estuvimos junto al Gran Padre, continuamos con la misión de dirigir el destino de nuestra especie, yo a la cabeza por ser el primogénito. En el futuro nos regiremos por un sistema social igualitario, pero con humanoides pacíficos a nuestro servicio que tendrán las capacidades intelectuales limitadas e irán a escuelas para aprender lo básico y ser, algo así, como trabajadores para usos múltiples. Los humanos son violentos, ni siquiera sirven para eso, es una lástima. Pero evolucionaremos hasta crear androides y máquinas que se ocuparán de las labores más engorrosas; entonces, nos dedicaremos al disfrute de la vida en todas las

dimensiones posibles. ¡Qué no seremos capaces de crear, de descubrir! Llegaremos, incluso, a concretar la fórmula matemática de Dios, del Alma Universal, y así comprenderemos el sentido total de la existencia, tal como nos indicó nuestro Gran Padre.

Ahora sólo me queda advertir a los posthumanos del futuro, a nuestros descendientes, que se cuiden de mitificar al Gran Padre como sucedió con otros profetas, simples humanos poseedores de un mensaje de esperanza que luego la ignorancia les adjudicó poderes y paternidades no terrenales, pues Markus Linder, como ellos, sólo fue un profeta, un humano con la gracia del destino que supo mirar hacia el futuro.

Este libro es la piedra fundacional de la Civilización Posthumana, su Evangelio, ahí donde se narra nuestro origen: la vida de nuestro Gran Padre. Así es y así será por siempre.



**ALITA
DE MOSCA**